ALBERTO ESTELLÉS



LA ISLA DEL VIENTO

Un asesinato en Menorca
¿Te atreves?
Comienza el viaje

Alberto Estellés

La isla del viento

A las mujeres de mi vida

Marisa, Olga y Valeria

El viento que me empuja cada día

Comienza el viaje

Capítulo 1

Ciutadella luce como nunca. El sol ilumina cada rincón, como si del cañón d luz de un escenario se tratara, con la complicidad del fuerte viento d *tramuntana* que desde anoche golpea el norte de la isla y limpia de nubes e cielo, pintando un precioso azul mediterráneo. Cientos de barcos reposan e sus amarres esperando volver a surcar las paradisíacas y tranquilas playas de sur como en cada jornada hacen, especialmente en esta época del año. Per hoy no es día de navegación. Hoy, tanto menorquines como turistas venidos d cualquier parte del mundo, pugnan por cada pedazo de tierra disponible desd el que poder contemplar semejante espectáculo. La expectación, digna de la grandes obras teatrales, es máxima y ninguno está dispuesto a perdérselo.

En lo más alto y presidiendo de manera imperial, el edificio del ayuntamient aparece flotando por encima de la gran muralla que se encarga de dibujar l silueta del puerto. Banderas de Sant Joan salpican el pintoresco lienzo po todas partes, luciéndola su portador con rostro de orgullo y pertenencia.

Hoy es el día grande, la tarde del 24 de junio de 2024, y todo el público s organiza, gracias a la presencia de casi un centenar de personas entr seguridad y voluntarios, formando un enorme pasillo estrecho al final de embarcadero esperando el comienzo de los 'Jocs des Pla'. Estos juego medievales llevan celebrándose en la isla desde hace siglos y en ellos lo caballeros muestran sus habilidades montados en sus poderosos y elegante caballos, símbolo de las fiestas de Sant Joan y de la cultura menorquina.

El griterío y la expectación es máxima cuando el primero de los jinetes s dispone a arrancar su carrera con la mirada fijada en su objetivo. Está a punt de dar comienzo el juego de la *ensortilla* en la explanada de *des Pla*, donde e caballero debe acertar con su lanza en un eslabón que pende de un hil mientras galopa a toda velocidad montado en su caballo. Es el juego que má divierte tanto a niños como adultos. En sus orígenes, este eslabón er realmente el anillo que una dama lanzaba al suelo y eran los caballero montados en sus caballos los que debían recogerlo con ayuda de sus lanzas.

A lo lejos, un precioso caballo blanco con sus patas negras, como si parecier llevar medias de gala para la ocasión, comienza su carrera hacia el punt donde se encuentra el eslabón, en mitad del pasillo formado por miles d espectadores que no cesan en sus ánimos con aplausos y rostros de felicidad

El suelo parece temblar de la potencia con la que golpea sus fuertes pezuña
contra el suelo. El caballero coloca su enorme lanza en posición horizontal a l
altura de sus ojos, entornando uno de ellos como si fuera un francotirador y s
dispone a culminar su obra maestra, pero por un pequeño error de cálculo n
acierta a llevarse el pequeño aro en su lanza. Su rostro pasa rápidamente de u
estado de nervios a decepción, el cual no dura demasiado ya que toda la gent
comienza unánimemente a ovacionarle y enseguida una sonrisa se dibuja en s
cara. Acto seguido acaricia y golpea con un par de palmadas en el lomo de s
caballo en muestra de gratitud y felicitándole por su brillante comportamiento
Apenas han terminado los aplausos para el primero de los caballos cuand
aparece el segundo. Es un imponente caballo negro reluciente, que adorna s
frente con una estrella rosa y que completa con unas flores del mismo color
ambos lados de sus ojos. Su caballero es un hombre de mayor edad que e
anterior y parece a priori de menor preparación física, incluso algo pasado d
peso. Luce un impoluto traje negro, camisa blanca y pajarita negr
perfectamente colocada. Sus gafas oscuras y un frondoso bigote blanquecin
completan el conjunto. Son varios los espectadores que ya parecen reconoce
al tradicional jinete desde la lejanía. El resto no tarda en contagiarse de l
misma confianza en el caballero y comienzan a animarlo con todas su
fuerzas. El griterío y la euforia es tal que nadie parece escuchar ya a lo
responsables de seguridad que intentan mantener la formación del pasillo l
más regular posible, tarea que se les antoja prácticamente imposible y qu
simplemente esperan que los más osados se aparten cuando el caballo cruc
por delante de ellos a toda velocidad.
Arranca con un galope que irradia elegancia por los cuatro costados. Cada un
de los allí presentes aplaude con toda su energía y saltan al ritmo que marca
sus palmas. Muchos de ellos van uniformados con el equipaje preferido par
la ocasión, camiseta granate con la cruz blanca de Sant Joan bien visible. A
mitad de carrera el veterano caballero levanta su puntiaguda lanz
cuidadosamente preparada y engalanada para la ocasión. La posicion
colocando su brazo a la altura de su cabeza, dejando ver en su cara una muec
de dolor y esfuerzo que demuestra que el paso de los años ha mermado su
fuerzas, pero conocedor de que su destreza y habilidad permanecen intactas. A
medida que se aproxima a su presa va desapareciendo a su espalda el pasill
por el que él y su caballo acaban de pasar. Los más rápidos y curiosos ocupa
su estela y corren detrás de él para tener la mejor perspectiva del mágic

momento. Hace el último esfuerzo por levantar más su arma y mediante un movimiento sincronizado de su hombro y muñeca, proyecta hacia delante su lanza atacando el objetivo con decisión conectando perfectamente la punta de hierro con el pequeño aro, atravesándolo por completo hasta dejarlo totalmente encajado en la madera de su enorme herramienta.

Los más jóvenes corren detrás del victorioso caballero buscando recoger su trofeo, mientras el resto aguarda en sus privilegiadas localidades sabiendo que queda mucho espectáculo por disfrutar, sin esconder su júbilo y orgullo por su héroe local. Muchos son los que corean su nombre y aplauden generando un tremendo ruido que todavía parece retumbar más por la posición hundida y rodeada de murallas de la que el puerto de Ciutadella es característico.

De repente, un grito desgarrador y rebosante de pánico atraviesa todos y cada uno de los sonidos alegres y festivos que hasta ahora ambientaban la escena medieval, apagándolos de golpe y condenándolos al silencio más absoluto. Las miradas de felicidad se convierten rápidamente en preocupación y los aplausos y vítores en cortos y desorientados pasos que tratan de buscar sin rumbo el origen y la causa de tal terrible ruido que parece brotar de una garganta femenina.

Un par de agentes de la Policía Local de Ciutadella que se encuentran a escasos metros de la mujer horrorizada son los primeros en apresurarse en acudir a su lado.

—¿Qué pasa, qué ha ocurrido? —pregunta el agente Jordá con gran nerviosismo e intentando arrancar de la boca de la chica una respuesta rápida casi antes de terminar su pregunta.

La mujer, con el rostro totalmente desencajado y temblando desde la cabeza hasta los pies, es incapaz de articular palabra y simplemente señala detrás de ella donde ya hay un grupo de personas cerca de la rampa del embarcadero formando una barrera que apenas deja ver el agua ni lo que hay al otro lado. Jordá y su compañera, la agente Marín, corren hacia el lugar apartando como pueden a la multitud que allí se concentra.

—¡Policía! ¡Dejen paso, dejen paso! —repiten ambos agentes mientras van atravesando la maraña humana.

El primero en conseguir llegar a la primera fila de la rampa del embarcadero es Jordá. Segundos después llega Marín a su lado que, por un momento, parece haberse quedado petrificado en mitad de la rampa con el agua a la altura casi de las rodillas. Delante de ellos un cuerpo semidesnudo flota sobre

las tranquilas aguas del puerto. Una larga cabellera se posa en la superficie de agua balanceándose al ritmo de la corriente dejando intuir que se trata de una mujer que, por algún desgraciado suceso, ha aparecido flotando delante de *Café Balear*.

El agente Jordá parece recobrar su habitual energía y se lanza al agua desde la rampa. Nada a toda velocidad hacia donde se encuentra el cuerpo con la remota esperanza de poder darle la vuelta y salvarla. Un par de trabajadores que salen del restaurante para continuar entrando género desde un almacén anexo, ven al policía en el agua y no dudan en lanzarse desde su posición. Por último, un fornido turista, a juzgar por los bíceps que marcan su ajustada camiseta, corre y salta poderosamente desde el puente, sorteando la barandilla negra que lo delimita sin golpearla. Los cuatro hombres llegan casi a la vez al cuerpo y, conjurándose en un equipo de rescate improvisado, tratan de levantarla para que sus pulmones se llenen de oxígeno cuanto antes. Automáticamente la dirigen hacia la rampa y la consiguen tumbar en la orilla de la superficie del puerto lo más cuidadosamente posible.

Su piel está totalmente fría y pálida. Sus ojos y labios han tomado un tono macabro violáceo. Restos de algas se enredan entre un vestido oscuro medio rasgado que dejan al descubierto partes de su exánime torso. Jordá trata sin ninguna convicción de encontrar pulso en el frío cuello de la joven. No lo encuentra. Con un gesto espontáneo y compasivo retira el cabello que cubre parcialmente el rostro de la joven.

—¡Dios mío, es Eva! —grita aterrorizado Fermín, uno de los trabajadores de *Café Balear.*

Capítulo 2

Junio de 201.

—Eva, dormilona, ¿cuándo se va a levantar esta niñita de la cama? —l susurró al oído Pilar mientras introducía una de sus arrugadas pero suave manos por debajo de la sábana muy sigilosamente.

—¡No me hagas cosquillas! Y ya tengo casi 21 años, *àvia*, para que me siga llamando niñita —contestó Eva bostezando y tratando de adaptar sus pupila al rayo de sol que entraba directo por la ventana hasta su amplia cama.

—Para mi siempre serás mi niñita —apuntó a la vez que con su dedo índic daba toquecitos suaves en la nariz de Eva, remarcando cada una de la palabras de su frase—. Fíjate, cuando tú tengas mi edad yo te seguir llamando niñita.

Le arrancó una enorme y sonora sonrisa terminándola de despertar inmediatamente después se abalanzó sobre ella dándole un largo beso.

—Abuela, aunque no te conteste para hacerte rabiar siempre que me l preguntas... sabes que eres mi persona favorita, ¿verdad?

Pilar asintió y no pudo ni tampoco quiso evitar que sus pequeños per preciosos ojos azules brillantes, a Eva siempre le decía que antes los tení oscuros, pero que después de tantos años sin perderse un atardecer desde s casa en *Cala Morell* se habían mimetizado con el mar, se llenaran de lágrimas Pero eran lágrimas de orgullo y de felicidad. Ella sabía lo importante que er para Eva, había ejercido de madre prácticamente desde que nació, pero much más lo era su nieta para ella.

Los padres de Eva, Carlos y Sofía, desde hace muchos años vivieron por y para *Moll*, una de las empresas de calzado más importantes de la isla y de país, con diferentes sedes en España, Europa y el sur de América. Su abuel Pilar, la entonces accionista mayoritaria de la empresa por deseo expreso de s ya difunto marido, nunca se interesó en la vida llena de estrés y vértigo en l que se había convertido el gigante *Moll*. Ella contaba, siempre que podía viejas historias de lo bonita que era la pequeña zapatería *Moll*, de cóm fabricaba ella misma, junto a su inseparable marido Pepe Moll, la menorquinas en un pequeño taller que se encontraba en la misma tienda dond luego las vendían, justo al bajar al puerto de Ciutadella donde ahora s

encuentra un restaurante con langostas que desde dentro de una pecera lucha
cada día por no ser capturadas y cocinadas.
—¿Todavía echas tanto de menos al abuelo? —preguntó Eva sin dejar d
soltar las frías manos de su abuela que probablemente venía de sacar brillo
su vajilla de porcelana verde que tanto le gustaba.
—En cada minuto de mi vida me acuerdo y me acordaré de él. Hace casi och
años que se fue, pero yo todavía puedo sentirlo aquí a mi lado. Todas la
mañanas salgo a mi terraza y allí, nadando en nuestra cala, puedo verle feli
buscando peces mordedores para luego decírmelo y reír viendo mi cara d
miedo. Tu abuelo sentía devoción por ti, Eva. Me acuerdo perfectamente el dí
que tu padre vino aquí a casa a comer con nosotros y nos contó que esperaba
su primera hija. Tu abuelo lloró de emoción como un niño pequeño, jamás l
vi tan ilusionado —recordaba visiblemente conmovida como cada vez qu
relataba historias de su esposo.
Eva se había mudado definitivamente a vivir con su abuela hacía un par d
años, cansada de no tener un hogar definido ya que alternaba semanas en cas
de su padre con otras en la de su madre, desde que se separaron cuando ell
tenía quince años. La casa de su abuela era la más grande y bonita de todas, d
fachada blanca y ventanas perfectamente simétricas con unas característica
persianas verdes de madera. Parecía estar suspendida en el acantilado, lo qu
le confería unas preciosas vistas de toda la *Cala Morell* desde cualquie
estancia. Cuando soplaba viento del norte, la brisa del mar se colaba por la
ventanas inundando cada rincón de la casa de un olor a Mediterráneo tan pur
que a Eva le encantaba.
—Si existiera un perfume así seguro que todo el mundo querría ponérselo
Algún día lo meteré en un frasquito y seguro que me haré millonaria —
fantaseaba Eva a su abuela.
—Eso es imposible, Eva. Ni siquiera muchos menorquines pueden disfrutarlo
El viento de *tramuntana* es el único capaz de traerlo con su fuerza desde mu
adentro del mar. Verás a muchos turistas con sus barcos quejándose ahora e
verano del oleaje cuando sopla fuerte, pero no saben que somos lo que somo
gracias a todos los vientos que nos rodean y que van dando forma a nuestr
isla desde hace miles y miles de años —afirmaba Pilar replicando las palabra
que una y otra vez le repitió su marido y que ahora ella se sentía responsabl
de trasladar su mensaje y que, tras una pequeña pausa, se disponía a rematar:
—Somos la isla del viento.

Capítulo 3

El pintoresco puerto de Ciutadella, en pocos minutos, ha pasado de ser un escenario medieval a convertirse en la típica película donde aparecen decenas de policías y sanitarios trabajando y moviéndose de lado a lado dentro de un perímetro marcado por una cinta de plástico. Gran cantidad de agentes de la Policía Nacional se encuentran ocupando el puerto, tomando el mando de la situación desde apenas unos instantes después de dar la voz de alarma gracias a que la Comisaría se encuentra a pocos metros de allí, detrás del ayuntamiento.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta Román, subinspector de la Policía Nacional— Me comentan que tú, Jordá, has sido el primero en encontrarte el pastel.

Éste, todavía empapado y cubierto por una toalla que le han prestado de una tienda de recuerdos, asiente y le relata todo lo sucedido, todavía sobreexcitado por la adrenalina que corre como gasolina por sus venas.

—¿Sabemos quién es? ¿Sabemos qué ha podido ocurrir o si alguien vio algo? ¿Una turista borracha que se ha caído al agua? —continúa Román lanzando preguntas al aire con la esperanza de que alguno de los allí presentes arroje algo de luz con sus respuestas.

—Una de las personas que me ayudó a sacar el cuerpo ha reconocido a la chica. Es Eva, Eva Moll, señor.

La cara del subinspector cambia por completo. Enseguida se da cuenta de la magnitud que toma aquello. Los Moll son una familia muy conocida en la isla sobre todo en Ciutadella. Durante todos estos años han logrado crear una marca que ha contribuido a dar a conocer Menorca y Ciutadella por todos los rincones del mundo. Es por ello que aquí en la ciudad se les reconoce como los mejores embajadores de la isla y su modelo de negocio es admirado y estudiado por muchos.

Carlos Moll, hijo del fundador y por todos querido Pepe Moll, tuvo una única hija y futura heredera del imperio. Y ahora ha aparecido muerta flotando en el puerto en el que tantas veces se le veía luciendo una preciosa sonrisa por la que muchos pretendientes suspiraban.

—Es imposible que se haya caído y se haya ahogado. Eva desde bien pequeña aprendió a nadar muy bien y acostumbraba a bucear en cualquier remota cala

de la isla —comenta el agente Nacional Rodes visiblemente afectado—. La conozco desde que éramos muy pequeños. Sus padres son amigos de toda la vida de los míos. Nosotros no nos vemos mucho, pero siempre que lo hacemo ella me sonríe y me llama primo Nicolás. No puede ser que haya pasado algo tan terrible... —solloza mientras intenta no mirar hacia el cuerpo de Eva que ya se encuentra cubierto por unas sábanas al resguardo de las cámaras de lo primeros periodistas que allí comienzan a florecer.

—¿Hemos avisado ya a su familia? —continúa con su interrogatorio Román.

—Dejad que yo lo haga —se adelanta Rodes que parece haber conseguido sacar fuerzas para mantener la compostura.

Unos minutos después, una de las ambulancias con el cuerpo de Eva ya en su interior, conecta las sirenas y abandona el puerto en dirección al Instituto Forense, al lado de la comisaría de la Policía Nacional, para realizar una primera exploración del cuerpo con el fin de extraer alguna respuesta que hasta ahora nadie ha logrado obtener.

Tanto Policía Local como Protección Civil se encargan conjuntamente de desalojar por completo todo el puerto, cerrando los accesos desde la *Plaça de Born* y desde el *Carrer de sa Muradeta*. Mientras, el subinspector Román, un hombre de cuarenta y siete años de gran altura y genética privilegiada que no revela su verdadera edad excepto por una barba canosa pero perfectamente perfilada y cuidada, camina en solitario cerca de donde ha aparecido el cuerpo hasta dirigirse al tantas veces fotografiado, pero ahora solitario, puente de embarcadero, justo al lado del restaurante *S'Amarador*. Desde allí, observa hacia un lado y hacia el otro tratando de imaginar algún posible indicio que llevara el cuerpo de Eva hasta ese lugar. Totalmente desconcertado se apoya sobre la barandilla que disfruta de las mejores vistas y permanece un rato inmóvil contemplando las banderas, que ondean elegantes en el enorme edificio de piedra, y en el reloj de esfera blanca situada en el centro de la torre más alta. Por un momento logra abstraerse del caos en el que lleva inmerso desde hace apenas una hora y recuerda el día que, por primera vez, contempló la misma panorámica cuando estaba preparándose para entrar al Cuerpo y voló desde Madrid para disfrutar de unas vacaciones, hace casi veinte años. Fue allí, en ese mismo punto en el que ahora se encuentra, donde sintió una atracción tan poderosa y difícil de explicar que le empujó a querer hacer su vida en esta mágica isla. La menorquina que conoció, que posteriormente sería su mujer, contribuyó bastante en su decisión.

—Subinspector, los padres de Eva ya saben la noticia y se dirigen hacia aqu
—le informa Rodes despertándolo abruptamente de su viaje al pasado.
—Gracias. Mantén prevenido al equipo de psicólogos y sanitarios a su
llegada, va a ser muy duro para ellos. Tú los conoces bien, ofréceles todo e
apoyo que necesiten.
La tarde empieza a caer y las luces cálidas de las farolas se encienden, qu
junto a la luz tenue de los restaurantes todavía vacíos a la espera de pode
retomar su frenética actividad en esta época del año, dan un aspecto d
perfecta calma y armonía.
A lo lejos, el sonido de un motor de gran cilindrada se aproxima y baja a toda
velocidad desde *Quintana de Mar*. Es el *Mercedes GLE AMG* negro de Carlo
Moll que frena bruscamente justo antes de entrar al puente donde do
vehículos de la Policía Nacional bloquean el paso. De su interior, Carlos y
Sofía que vienen directos de la fábrica principal en Ferreríes, salen totalment
desencajados buscando desesperadamente a su hija. El subinspector Romá
junto con el agente Rodes se apresuran en llegar hasta ellos.
—¡Mi niña, dónde está mi niña! —grita Carlos desconsolado mientras corr
hacia los policías.

Capítulo 4

Un pasillo oscuro y tenebroso, alumbrado por un par de ruidosos tubo halógenos, reciben a la comitiva formada por los padres de Eva, Rodes y su compañera Font a la entrada del Instituto de Medicina Legal y Ciencia Forenses de Ciutadella. Carlos y Sofía jamás habían atravesado aquella puert ni tan siquiera sabían que semejante lugar estuviera allí tan cerca de ambientado y alegre centro de la ciudad. Continúan recorriendo pasillo guiados por los agentes que, desgraciadamente, sí frecuentan aquel edificio.

—Por Dios, esto tiene que ser una pesadilla, no puede ser, no puede ser... — repite Sofía continuamente mientras se asoma por las pequeñas ventanas d cada sala por las que pasan, aterrorizada por ver en alguna de ellas el cuerp de su hija Eva sin vida.

—Ya casi hemos llegado. No es necesario que los dos entréis en la sala únicamente necesitamos que uno de vosotros reconozca el cuerpo —coment Rodes con sutileza mientras apoya las manos en sus hombros intentand darles algo de energía.

Ambos se miran y, tras unos segundos en silencio, niegan con la cabez fundiéndose en un fuerte abrazo, probablemente el más intenso y real qu jamás se dieron, presos del miedo al abismo al que se van a enfrentar.

—Nicolás, entramos los dos. La vamos a acompañar juntos hasta donde hag falta —afirma Carlos mientras guarda, por enésima vez, un pañuelo de tela e su bolsillo con el que seca sus ojos.

Rodes toca con sus nudillos en la puerta y enseguida una mujer morena y co gafas pequeñas abre invitándoles a pasar. La sala es bastante más moderna qu todo lo que ya han recorrido antes, como si no perteneciera al mismo edificio De las paredes blancas cuelgan varias ilustraciones técnicas anatómicas y u calendario que todavía marca el mes de mayo. En el centro, una mesa grand metálica preside la sala. Allí se encuentra la otra compañera forense sentad en un taburete que no deja de girar de un lado a otro mostrando ciert nerviosismo e impaciencia por recibir la visita. Sobre la mesa un bult cubierto por una suave sábana verde como de hospital. Sofía no necesita qu nadie la retire, ya siente que su hija está ahí y, como si de un pode sobrenatural que solo una madre puede comprender, su cerebro borra la liger

tela y es capaz de ver y reconocer perfectamente el cuerpo de Eva all tumbado.
En ese mismo instante siente que un rayo atraviesa todo su cuerpo y la fulmin cayendo al suelo. Rápidamente Carlos y el agente Rodes van en su auxilio y consiguen levantarla y sentarla con la espalda apoyada en la pared. All permanece aturdida sin retirar ni un instante su mirada perdida de la fría mes de acero.
—Es ella —suspira Carlos mientras coloca sus manos sobre su cabez intentando controlar el pulso acelerado que retumba en sus sienes com profundos martillazos.
Sofía apoya sus manos sobre sus atléticos cuádriceps y consigue levantarse, n sin tambalearse por el efecto de los tranquilizantes que los sanitarios l tuvieron que administrar a su llegada al puerto. Se aproxima muy lentament hacia el centro de la sala y allí se queda inmóvil observando perpleja a su hij No hay duda, es ella. Cualquier atisbo de esperanza sostenido por el imperios deseo de que todo sea un error, acaba de esfumarse. No es capaz ni de llora Siente que ella también acaba de morir y que debe tumbarse allí con ella y acompañarla en su viaje. Eso es exactamente lo que quiere y ya nada más l importa, ni siquiera saber qué ha pasado.
Tras unos largos minutos de angustioso silencio, la forense se levanta de u pequeño escritorio del fondo de la habitación y se dirige con una carpeta azul donde se aprecia el logo de la institución y un folio manuscrito en la part superior, hacia el resto de presentes en la sala.
—Debo informarles que mi compañera y yo hemos logrado extraer algo d información del cuerpo de Eva. Todavía es muy pronto y necesitaremo contrastar con las pruebas que vamos a solicitar al laboratorio de Mahón.
—Por favor, ¿qué saben? Se ha ahogado buceando este mediodía, ¿verdad Ayer nos comentó que tenía intención de bucear hoy por Santandria, pero n demasiado temprano. Pensaba acostarse tarde celebrando Sant Joan con su amigas, primero en la playa y luego por los bares del puerto —interrumpe e alterado padre.
—Estoy prácticamente segura de que Eva falleció hace más de doce horas — afirma la forense mientras ojea sus anotaciones más bien por evitar cruzar s mirada con los abatidos padres que por leer algo que no supiera ya— Creemos que incluso nos quedamos cortos, fijaría la hora de la muerte entr las doce de la noche y las cinco de la mañana de la pasada madrugada.

Tanto los padres de Eva como los dos policías cruzan miradas desorientada entre sí. Comienza un murmullo con comentarios inconexos entre ello tratando de buscar alguna explicación.

—Hay algo más —replica la forense acallando el pequeño alboroto que se est formando—. Hemos encontrado un fuerte traumatismo en la región occipita de su cráneo. Estamos a la espera de los resultados de los análisis de fluidos y tejidos para elaborar el informe pericial definitivo.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Tuvo un accidente y cayó por algún acantilado? — pregunta el cada vez más nervioso padre.

—Es pronto todavía para determinar la causa de la muerte, pero todo parec indicar que perdió la vida fruto de un tremendo golpe que recibió en la part posterior de su cabeza, no por ahogamiento. Tampoco aparecen otro traumatismos y signos que encontramos en una típica caída. Únicamente u impacto aislado y tan contundente como para partir su hueso occipita provocando un irreparable traumatismo craneoencefálico —hace un incómoda pausa—. Lo siento muchísimo, pero debo informar a quie corresponda que no deben investigar un accidente. Eva, probablemente, h sido asesinada.

Capítulo 5

Mayo de 201.

—¿Cuándo me lo pensabas contar? Se supone que soy tu mejor amiga y, po tanto, la que debe saber la primera todos los detalles de tus conquistas — protestó Gemma con una sonrisa morbosa mientras abría la nevera portátil en busca de una nueva cerveza.

—¡Sabes que lo eres! Pero estaba esperando verte para contártelo en persona porque la historia lo merecía —replicó Eva abalanzándose sobre ella hasta acabar las dos tumbadas en la arena muertas de la risa.

—Este verano voy a ser yo la primera en elegir al turista más guapo, ya estoy harta que siempre te lo lleves tú.

—Gemma, no puedo prometerte nada —contestó Eva haciéndose la interesante mientras retiraba la arena blanca de *Son Saura* que cubría parte de sus siempre bronceados brazos—. Además este verano, en cuanto cumpla los veintitrés, por fin trabajaré en la discoteca del puerto y allí ya sabes lo que pasa.

—Te odio —respondió mientras fingía estar triste enseñando sus carnosos labios y cruzando sus brazos.

—Me dices eso porque estás borracha, pero yo sé que me quieres mucho. Oye ¿nos bañamos desnudas y nos quitamos la arena? En un par de meses estará llena de gente, pero ahora y a estas horas tenemos toda la playa para nosotras —dijo Eva mientras se levantaba ya despojándose de las prendas de su bikini y salía corriendo hacia las transparentes y poco profundas aguas del arenal de *Son Saura*.

Gemma siguió sus pasos aprobando enseguida el plan y se apresuró en llegar donde su amiga ya disfrutaba de un precioso baño con unas vistas inmejorables de toda la bahía, rodeada de frondosa vegetación y de una pasarela con cuerdas que flotaba por encima de la fina arena blanca. El sol de la media tarde permitía ver el fondo como si de una piscina se tratase dejando al descubierto los peces que nadaban esquivando sus cuerpos desnudos.

Eva sintió como su piel se erizaba con el agua todavía fresca en esta época del año y buscó arroparse en los brazos de Gemma que, gustosamente, abrazó apretando sus pechos contra los suyos. Eva se encontró con sus labios tocando el mojado cuello de su amiga y empezó a darle pequeños besos. Gemma se

estremeció por el cosquilleo que le provocaba, pero le animaba a continuar acercándole de nuevo el cuello a su boca. Ésta continuó dándole besos combinados con pequeños mordiscos de los que ya no huía. Los inocentes besos fueron aumentando de intensidad y salían de una boca que cada vez se abría más para abarcar mayor superficie de piel, dejando que el agua salada se deslizara entre sus labios y el cuello de Gemma.

La excitación fue mutua y les impulsó a continuar acariciándose desde el cuello hacia la espalda. Gemma colocó su dedo índice sobre la boca de Eva dirigiéndola hacia la suya hasta rozar sus labios húmedos y salados. Sus bocas permanecieron allí durante un instante, separadas por un delgado dedo que frenaba la salvaje tentación. Eva besó el dedo y con su lengua lo esquivó hasta llegar a introducirlo en su boca. Comenzaron a besarse muy lentamente mientras sus muslos se acariciaban bajo el agua. Gemma recorría con sus manos el atractivo cuerpo de su amiga acariciando sus pechos y bajando por su trabajado abdomen hasta llegar a su pequeña cintura. Eva, no conformándose con el final del recorrido, sujetó su mano y la dirigió directamente hasta su vagina, donde empezó a realizar movimientos circulares usando sus dedos.

Ya no sentía frío. Sentía mucho placer y libertad mientras flotaba a merced del mar abrazada de brazos y piernas. Continuó apretando su pelvis contra la mano y el cuerpo de Gemma, sintiendo como si la penetraran tan delicada pero placenteramente como nunca antes había experimentado. Colocó su cabeza en el cuello de Gemma y, mientras sujetaba con fuerza su ondulado cabello moreno, alcanzó un inolvidable orgasmo entre gemidos y fuertes exhalaciones.

Unos segundos después, ambas empezaron a reír y a mirar hacía a un lado y otro como si ahora, de repente, les importara que alguien hubiera presenciado su escena.

—Espero que yo lo haga mejor que ese chico de Mahón —bromeó Gemma mientras salían en busca de una toalla para cubrir sus ya fríos y desnudos cuerpos.

—Se llama Matías y todavía no he probado para comparar, aunque lo tiene difícil contigo —aseguraba Eva mientras se ponía un bikini seco y una sudadera gris con capucha—. La verdad es que estamos como una cabra, pero es que te juro que me has puesto súper cachonda, que lástima que no seas un tío.

—Si fuera un tío ya te habrías cansado de mi como te pasa con todos y ahora no nos hablaríamos, así que mejor lo dejamos así.
Continuaron bromeando entre risas y, cuando el sol terminó de ponerse y las cervezas se acabaron, abandonaron el maravilloso paisaje que había sido testigo del caluroso encuentro.

Capítulo 6

Octubre de 201.

Eva y Pilar, como cada sábado, se preparaban para salir temprano desde su casa en *Cala Morell* en dirección al *Mercat Municipal* de Ciutadella. Más que por necesidad se había convertido en un plan juntas al que ninguna estaba dispuesta a renunciar.

Siempre aparcaban en la *Plaça des Born* y desayunaban en el *Bar Imperi* un café con leche y un *llonguet*, sus famosos y deliciosos bocadillos. Pilar siempre buscaba la mesa en la terraza en la que solía sentarse cuando iba con su marido a comer. Él solía decir que desde esa mesa tenían las mejores vistas de la plaza y, juntos, curioseaban acerca de posibles rumores y cotilleos de todo aquél que por allí pasaba.

Una vez terminaban su almuerzo se dirigían, no sin antes despedirse de todos los camareros que tan bien conocían, hacia el *Mercat Municipal* en la *Plaça de la Llibertat,* callejeando por las laberínticas calles del centro de Ciutadella.

El Mercado era un pequeño pero coqueto edificio de hierro lleno de ventanas por sus cuatro costados y adornado con azulejos verdes y blancos en mosaico de ajedrez, combinando perfectamente con los arcos del mismo diseño que delimitaban la acogedora plaza. En su interior, pescado fresco de la isla aparecía por todas partes perfectamente expuesto en los mostradores de cada una de las pescaderías que allí se encontraban. Fuera de él, embutidos, carnes, quesos, verduras y frutas completaban la representación gastronómica tan rica de Menorca.

—El pescado más fresco de la isla lo tienen en Vila —le decía Pilar a su nieta mientras manejaba con destreza su carro por entre la gente, que ya empezaba a llenar el Mercado, en dirección a su pescadería favorita.

—¿Cómo está, señora Pilar? Qué bien acompañada la veo con su nieta —le saludaba siempre muy amablemente Arnau Vila, el dueño del puesto de la pescadería que llevaba su mismo apellido y que lucía en un rótulo grande junto a un dibujo de una barca llena de pescado que colgaba directamente del techo del edificio.

—Arnau lleva toda la vida trabajando aquí. Cuando tu abuelo y yo veníamos a comprar pescado, él ya correteaba por la plaza y ayudaba a su padre a limpiarlo y colocarlo desde bien pequeño. Ahora su hijo Ulises hace lo mismo

incluso ya sale a pescar con él antes del amanecer. Lo llevan en la sangre ellos el marisco y nosotros los zapatos —sonreía a su nieta mientras acariciaba sus mejillas para posteriormente colmarla de besos como hacía siempre que podía.

—Pero yo no he estado en la fábrica desde pequeña. Me gustaba cuando iba con el abuelo y jugábamos a diseñar menorquinas de los colores que a mi me gustaban. Aún tengo las que me regaló, todas rosas con estrellitas blancas y mi nombre bien grande en la suela —recordaba Eva con nostalgia y sin poder evitar que sus ojos, azules como los de su abuela aunque más grandes, se pusieran vidriosos—. Ya no me queda nada para terminar Empresariales en la uni de *Alaior* y luego ya tendré que dedicarme por completo a nuestra empresa. Creo que lo de trabajar en el *Jazzbah* como este verano ya no cuela ¿verdad, abuela? —sonreía mientras le ayudaba con el pesado carro ya repleto de una cuidada representación de productos frescos que a su abuela le servían para diseñar el menú para las dos de toda la semana, salvo que tuvieran alguna puntual visita.

—¿Vendrá a cenar algún día tu novio? Por comprarle el solomillo que tanto le gusta.

—No creo, *àvia*, pero no le llames ya así que suena demasiado formal, mejor Matías —bromeó Eva.

Era una tarde de principio de abril de ese mismo año cuando Eva fue a Mahón con las amigas de su misma promoción de la Universidad. Celebraban el cumpleaños de una de ellas, Raquel. Llevaban tiempo preparándole a escondidas una sorpresa para celebrar sus veintitrés. Cuando acabaron la última clase de Dirección Financiera y Raquel iba directa hacia su coche para coger la *Me-1* dirección hacia su casa en Mahón, consciente de que no faltaría un buen plato de comida en la mesa que a esas horas ya tanto apetecía y que bien seguro su madre ya tendría casi preparado, la abordaron todas que permanecían escondidas detrás de su *Fiat 500* blanco. Su idea de cumpleaños tranquilo junto a su familia cenando en su restaurante favorito del puerto de Mahón parecía que se esfumaba, lo que por un momento le hizo tener sentimientos divididos y fingir una sonrisa que, en un primer instante, no brotó de su cara de manera natural.

Eva y el resto de compañeras sabían que no era la más animada del grupo por lo que tuvieron claro que debían preparar un plan acorde a los gustos de la homenajeada. Fueron en varios coches hasta Mahón a comer una paella de

langosta en el restaurante que sabían que tanto le gustaba y, después, tenían contratado un paseo en un precioso velero de dos mástiles desde donde verían el atardecer.

Una vez remataron con café la tarta de chocolate en la que ya no se sujetaban ni las velas, salieron del restaurante camino del embarcadero que se encontraba a unos pocos metros de allí. Un chico, algo mayor que ellas, daba los últimos retoques al casco de un imponente velero de madera en el que una letras azules pintadas en su popa delataban su nombre:

'*La más bonita'*

—Bienvenidas a bordo chicas, mi nombre es Matías y esta tarde seré vuestro capitán en este maravilloso paseo. Las condiciones del mar son perfectas y en alta mar apenas soplará un ligero viento de levante —recitó casi por protocolo. Las fue ayudando de la mano a subir una a una al barco regalándoles una sonrisa de cortesía hasta que fue el turno de Eva. Él sujetó su mano casi de manera automática como había hecho con las anteriores, atento a la pequeña separación que quedaba entre el muelle y la pasarela de acceso para evitar cualquier tropiezo, hasta que levantó poco a poco su mirada y fue saboreando cada parte de su cuerpo hasta desembocar en sus hipnotizantes ojos azules. Ella no tuvo ningún problema en aguantar su mirada e incluso en mostrar otra de sus infalibles armas, su sonrisa.

—¿No vas a invitarme a subir a bordo, capitán? —bromeó al ver cómo se había quedado paralizado mirándole fijamente.

—Sí, sí, por supuesto —balbuceó Matías mientras intentaba mostrar su mejor cara y disimular sin éxito su descarado interés en Eva.

Navegaron por el puerto natural de Mahón dejando a un lado la *Isla del Rey* y la *Fortaleza de la Mola* hasta llegar a la altura de *Punta Prima* y la *Isla de Aire*, donde el capitán aminoró la marcha y el reportaje fotográfico de unas a otras, para colgar en sus redes, dio comienzo.

Eva iba sentada en la proa del velero saboreando el viento que le golpeaba directamente en la cara y que le traía tan buenos recuerdos de cuando, desde muy pequeña, salía en barco con toda su familia por el norte de la isla. De vez en cuando giraba su vista hacia la popa, donde se encontraba el puesto de mando con su timonel que permanecía allí concentrado en su tarea, y se quedaba un rato mirándolo mientras pensaba lo interesante que le parecía aquel chico.

Cuando el sol empezó a esconderse, pusieron rumbo de vuelta al puerto. La luces de todas las casas que bordeaban la costa ya brillaban y marcaban e límite de tierra a babor. El velero fue surcando a tres nudos las tranquila aguas del largo puerto hasta llegar de nuevo al embarcadero desde el qu partieron hacía ya varias horas.

Fueron bajando una a una siguiendo el mismo protocolo que antes hasta llega a la última de las pasajeras: Eva. Matías le ofreció una mano que ella n rechazó. Bajó del velero con su ayuda para inmediatamente después coge suavemente su otra mano. Eva notó que un papel doblado se quedaba atrapad entre sus dedos por lo que le miró y simplemente se sonrieron.

Eva lo llevó en su mano sin abrirlo hasta que se aseguró que él ya no podí verle. Lo fue desplegando con sumo cuidado hasta dejar al descubierto u mensaje:

‘*Por tu culpa voy a tener que cambiar el nombre de mi velero’*

Capítulo 7

—¿Se puede? —pregunta Rodes tras golpear tres veces la puerta con su nudillos.
—Adelante, Nicolás, te estábamos esperando —contesta el subinspecto Román sin levantarse de su sillón negro de cuero que preside un amplio despacho que combina sin mucho criterio objetos modernos con un mobiliario y arquitectura algo obsoletos.
El agente Rodes entra en la sala cerrando la puerta tras de sí y, sin espera ninguna cortesía innecesaria dada la situación, toma directamente asiento a lado de un hombre, algo mayor que él que viste una camisa amarillenta y una corbata marrón mal anudada, que ya se encuentra allí sentado enfrente de subinspector y al que no cree conocer.
—Te presento a Salinas, ayudante del Comisario de la Central en Palma Debido al enorme revuelo que se ha formado han decidido estar ellos también al corriente de la investigación —apunta Román forzándolos a estrechar su manos desde sus sillas—. Señores, debemos ser tremendamente cuidadoso con la información que aquí manejamos. Ahí fuera tenemos a cientos de periodistas ansiosos por escribir un titular y llevarse el premio. En un par de semanas saldrá otro caso mediático y ya nadie se acordará de nosotros, pero hasta entonces toda la información es estrictamente confidencial. Únicamente de las personas designadas para este caso y de absolutamente nadie más — sentencia el subinspector Román mientras sus dos oyentes asienten tras cada una de sus frases.
—Está claro, pero hasta ahora poco o nada sabemos, salvo el informe pericial definitivo de la forense —interrumpe un nervioso Rodes al que, por su aspecto, parece no haber dormido demasiado desde que el cuerpo de su amiga Eva apareció hace cinco días.
—Ya tenemos la certeza de que no fue un accidente ni de que tampoco Eva consumiera drogas esa noche voluntaria o involuntariamente. Ahora debemos seguir las líneas de investigación establecidas y continuar interrogando a todas las personas del entorno de la víctima. Entiendo que para ti es difícil por tu estrecha relación con la familia y con ella, pero es por ello que nos resultas tan importante en la investigación. De todas formas, estás en tu derecho de

abandonarla si crees que no vas a ser capaz de trabajar en ella objetivamente o que no tienes fuerzas para ello.
—Quiero estar en el caso, señor. Sé la confianza que tiene la familia Moll depositada en mi y estoy seguro que, en estos momentos tan duros para ellos, me darán toda la información que se requiera para avanzar en la investigación —asegura Rodes mientras se levanta de su asiento y se apoya en la mesa con sus fuertes brazos sin dejar de mirar al subinspector para mostrarle seguridad y entereza.
—¡Eso quería escuchar! —le felicita mientras se levanta para darle unos golpecitos en el hombro desde el otro lado de la mesa—. Han pasado ya unos días para superar el tremendo shock que sufrieron, por lo que necesito que entres ya de lleno en el interrogatorio a los padres. Visita primero a uno y luego al otro, quiero sus declaraciones por separado. Nos será muy útil su situación sentimental y que cada uno aporte su versión totalmente independiente. Quiero todos los entresijos de su empresa. Me da igual que defrauden a Hacienda o que tengan algún trabajador en situación irregular. Asegúrales que todo es para encontrar al asesino de su hija y que, cualquier dato que nos aporten, será totalmente confidencial y no vinculante.
—Perfecto, me pongo a ello de inmediato.
El agente Rodes se despide de Román y Salinas, en este orden, para después abandonar el despacho y bajar por las escaleras de la Comisaría de la Policía Nacional hasta salir a la calle. El asfixiante calor del mediodía y la poderosa luz del sol que golpea sobre sus pupilas todavía dilatadas le obligan a sacar sus *Rayban wayfarer* y colocárselas precipitadamente. Se cachea a sí mismo buscando por todo su cuerpo las llaves del coche policial hasta que, con algo de torpeza por la falta de sueño, las saca del bolsillo del pantalón de su uniforme y se monta para dirigirse hacia casa de Carlos Moll.
Abandona Ciutadella por la *Ronda* y coge la carretera de Mahón en dirección a Ferreríes. Por el camino va dando sorbos a un café largo que le mantiene despierto mientras va diseñando en su cabeza el esquema del interrogatorio que está a punto de llevar a cabo. Una vez llega a Ferreríes se desvía a la izquierda para coger Son Blanc y llegar finalmente a casa del padre de Eva. El acceso, una pequeña abertura en el muro de piedra que rodea toda la parcela con una puerta de madera típica menorquina, está abierto. Rodes lo atraviesa y se adentra por un camino de tierra y pequeñas piedras mientras recuerda la última vez que entró allí junto a sus padres respondiendo a la invitación que

Carlos les hizo para celebrar su cumpleaños hace un par de años, donde también se encontraba Eva. A su izquierda y detrás de un jardín con olivos muy bien cuidado puede ver la piscina con la barra de bar donde ella bailaba con su bikini de rayas azules y blancas mientras servía pomadas de gin Xoriguer. Recuerda, todavía con excitación, su cuerpo bronceado y sus movimientos de cabeza al ritmo de la música que mecían de un lado a otro su cabello castaño con algún reflejo dorado que el sol y el mar le otorgaba cada verano.

Aparca el *Peugeot 3008* oficial y se baja del coche a la vez que se recoloca el uniforme y se sube el pantalón. Llama al timbre y no tarda en abrirle una mujer delgada y rubia, de unos cuarenta y cinco años. Es Marta, la pareja de Carlos desde hace casi diez años con la que no ha entablado gran conversación en las pocas veces que han coincidido. Se mudó definitivamente a vivir con Carlos junto con su único hijo, de un matrimonio que se vio truncado por la muerte de su marido en un accidente de tráfico hace ya bastantes años.

—Hola, Nicolás, ¿hay alguna noticia nueva? —pregunta desconcertada por la visita inesperada del policía uniformado.

—No, venía buscando a Carlos para charlar con él, me dijo que hoy lo podría encontrar en casa, ¿no está? —pregunta más por cordialidad que por interés en una respuesta que ya conoce, puesto que ha visto aparcado el *Mercedes* negro bajo el techado a pocos metros de allí.

—Claro, pasa, no te quedes ahí que entre el uniforme y la que está cayendo te vas a asfixiar —le responde amablemente mientras le mira las gotas de sudor que bajan por su frente hasta quedarse pegadas en sus gafas de sol.

El recibidor es más luminoso y lujoso de lo que recordaba, con un techo alto de cristal por el que entra abundante luz natural que baña las paredes de piedra blanca adornadas con cuadros abstractos modernos y una lámpara que baja descolgándose varios metros. Camina, guiado por la orgullosa anfitriona hacia el amplio salón que sigue la estética y calidad arquitectónica del vestíbulo y se acomoda en un enorme sofá desde donde puede ver la piscina. Vuelve a imaginarse allí fuera con Eva disfrutando de un día de verano como el de hoy, entre risas, juegos y tentadores bailoteos. De repente, una voz masculina le despierta abruptamente de sus, seguramente inoportunos y enfermizos sueños.

—Nicolás, no te esperaba tan pronto —le saluda Carlos estrechando su mano y llevándolo hacía sí mismo para mostrarle mayor afecto.

—Perdona si no vengo en buen momento, mi superior me ha ordenado que debemos continuar recabando información. El tiempo es nuestro peor enemigo en estos casos.

—Claro, claro, si es que ya no sé ni en qué hora vivo. Desde que pasó todo esto me duermo a ratos casi sin darme cuenta —confiesa mientras ojea su *Rolex submariner* tratando de calcular el tiempo que ha logrado dormir esta vez—. ¿Sabemos algo nuevo? No es posible que ese hijo de la gran puta sea tan listo como para no dejar ni una prueba que nos revele su identidad.

—Pocas novedades hay, no te voy a mentir —le contesta con resignación— Necesitamos saber si crees que hay alguien del entorno de la empresa que pueda haber sido capaz de hacerte algo así. Algún enemigo reciente o alguna amenaza que hayas recibido de empleados vengativos por un despedido. No sé, Carlos, cualquier cosa de la que podamos tirar. Necesitamos nombres de sospechosos para poder investigarlos.

—Todos los empresarios importantes pueden darte esos nombres sin tener que pensarlo demasiado. La competencia siempre es voraz y de cada enfrentamiento siempre hay un perdedor, pero de ahí a asesinar a la hija de jefe hay un abismo. No se me ocurre nadie relacionado con la empresa que haya sido capaz de eso, estoy prácticamente seguro.

—¿Y que no sea de la empresa? ¿Alguien de tu entorno lo verías capaz? —le pregunta mientras ve como su expresión pasa de cansancio a asombro incluso antes de terminar de formularla.

—¿Cómo dices? ¿Te refieres a Marta? —formula las dos preguntas totalmente retóricas para ambos, a la vez que baja la voz hasta casi susurra para evitar que ella le escuche desde la cocina donde parece estar preparando algo de comer por el olor a verdura hervida que hasta allí llega—. Sé lo que mucha gente piensa desde que estamos juntos. Ella es quince años menor que yo, dejó su trabajo en el supermercado al poco tiempo de conocernos y desde entonces tiene un nivel de vida al que estoy seguro que ni ella misma esperaría, pero es una excelente mujer. Paso mucho tiempo fuera de casa incluso fuera del país y, cuando regreso, ahí está ella para darme la paz que necesito y curar mi estrés crónico o al menos aliviarlo.

—¿Tenéis pensado formalizar lo vuestro?

—¿Casarnos? —pregunta mientras sonríe por primera vez desde que hace cinco días su vida se convirtió en un infierno—. Que va, yo ya estoy mayor para esas cosas. Ya me casé una vez cuando era joven e impulsivo, ya no

necesito que mi compromiso con ella quede registrado en el papel de un archivo.
—Pero, ¿y ella? —insiste Rodes— ¿Te has parado a pensar en cómo sería su vida si un día decides no continuar la relación o llegado el caso en el que tu fallezcas? Se queda con una mano delante y otra detrás, sin contar el hijo a que tiene que mantener. Eva era tu única y legítima heredera, tendría motivo más que suficientes para querer quitársela del medio y, además, tengo entendido que no se llevaban precisamente bien.
Carlos se levanta del sofá con algo de dificultad, como si las palabras que acaba de escuchar le pesaran como losas sobre su espalda, y se acerca a menos de un metro de Rodes. Éste se levanta tras él y permanecen mirándose fijamente durante unos interminables segundos. Justo en ese momento y sin dejarle decir ni una palabra, probablemente no tenía claro ni qué decir, irrumpe en el salón enérgicamente Marta rompiendo en mil pedazos la muralla de cristal que apenas los separa unos centímetros tratando ambos de enmascarar, sin demasiado éxito, una tensión más que palpable.
—Nicolás, ¿te quieres quedar a comer? Voy a preparar mis raviolis de cigala con berenjena, famosos en toda la isla.
—No, ya se marchaba —contesta rotundamente Carlos mientras comienza a acompañarlo hacia la puerta—. Como bien dice el tiempo es su peor enemigo y tienen mucho trabajo por hacer. Por ahí sigue el asesino de mi hija tan tranquilo sin, ni si quiera, aparecer en la lista de sospechosos.
—Tiene razón, debo marcharme ya, me esperan en Comisaría —miente el agente.
Tras una fría despedida, se monta en su coche y abandona la casa. Carlos se queda un rato mirando desde su puerta hasta que deja de ver la luz de la sirena del coche patrulla y, más pensativo y desconfiado que nunca, entra a comer con su pareja.

Capítulo 8

Marzo de 201

Eva, como en cada jornada desde que entró de lleno a trabajar en su empresa hacía poco más de un año, terminó alrededor de las tres de la tarde y se disponía a regresar a casa. Su abuela Pilar ya casi tendría preparada alguna de sus deliciosas recetas caseras que a estas horas ya se le antojaban indispensables. Llegó hasta su coche, estacionado en una de las plazas reservadas para los directivos a pocos metros de la entrada principal, y buscó durante unos segundos las llaves entre una amalgama de objetos diversos que siempre coleccionaba en cualquiera de sus bolsos de marca. Volvió a levantar la vista tras encontrarlas y, antes de llegar a abrirlo, apareció por sorpresa Matías.

—¡Hola! ¿Qué haces a estas horas por aquí? —le preguntó Eva abalanzándose sobre él para darle un beso en la boca, ilusionada por la sorpresa.

—No, no quiero besos ahora —contestó arrebatándole la sonrisa de su cara de un plumazo—. ¿Dónde está el compañero ese tuyo con el que siempre está tonteando? ¿A ti te parece normal subir la foto que has subido con él? Estoy hasta las narices de que siempre hagas lo mismo —le gritó con cada vez más agresividad en cada una de las insolentes preguntas que le iba formulando.

—¿Me lo dices en serio? —continuó Eva con las retóricas mientras sus ojos comenzaban a rebosar lágrimas que ya llegaban hasta sus labios—. Siempre estás igual, te he dicho mil veces que no hay nadie más, que si estoy contigo es porque no quiero estar con nadie más. No soporto que me trates así, no es justo —rompió a llorar sentada en el bordillo en el que casi descansaba el capó de su *Audi Q3* plateado.

Matías era un celoso casi patológico. Desde que formalizaron su relación poco después del verano de 2013, empezó a mostrar sus inseguridades cada vez que Eva se relacionaba con cualquier hombre al que él siempre consideraba amenaza. Al principio lo camuflaba en un tono chistoso hasta que poco a poco, canalizaba su agresividad con gritos, insultos y demás gestos de ira. No le había puesto una mano encima, todavía, pero cada vez veía esta posibilidad más cerca y esto, a ella, le aterraba.

—Me voy a mi casa que me están esperando —le dijo cuando ya parecía haberse recuperado de la bofetada psicológica que acababa de recibir.

—No, espera, te invito a comer y lo hablamos —contestó con una voz mucho más afable tras darse cuenta que la había fastidiado, otra vez.
—No, ya hablaremos —negó rotundamente mientras se montaba en su coche con un deseo terrible de salir de allí cuanto antes—. Ya te he dicho que me esperan.
—Eva eres la persona más importante de mi vida, necesito tenerte siempre, no lo olvides.
No era la primera vez que Matías pronunciaba aquella frase prometiendo amor eterno ni, por supuesto, a la primera chica. Con apenas veinte años, y tras llevar una relación desde el instituto desde los dieciséis, fue detenido y condenado por un delito de malos tratos. En este caso no fue su mente perversa y conspiratoria la que le traicionó sino que un día, cuando regresaba borracho a su casa de Mahón después de salir de fiesta con sus amigos de toda la vida, se encontró con su hasta entonces inseparable novia dentro de un coche con un chico, también de Mahón, besándose acaloradamente. Para cuando pudo darse cuenta, su instinto animal y su potente físico ya había dejado dos cuerpos ensangrentados tumbados sobre la calzada. En pocos minutos, varios coches de la Policía Nacional rodeaban la escena y se los llevaban detenido, todavía agresivo y fuera de sí, mientras una ambulancia trasladaba al hospital a los dos amantes que coleccionaban numerosos traumatismos ocasionados por los puñetazos y patadas que éste les propinó. Pasó poco tiempo encerrado, pero el suficiente como para atormentar su mente con pensamientos negativos y llenarla de inseguridades.
Eva arrancó su *Audi* y salió de allí tan rápido como pudo. Limpiaba sus ojos con sus manos intentando eliminar los restos de lágrimas que todavía empañaban su visión. Cogió la rotonda de Ferreríes por la que tantas veces pasaba y salió en dirección Ciutadella. Puso en *Spotify* una lista que siempre la animaba en estos momentos, pero necesitaba hablar con alguien y pulsó en la pantalla el nombre de Gemma.
—¡Hola, guapa! ¿Cómo ha ido la jornada de trabajo? Espero que me llames para decirme que me invitas esta tarde a merendar en *Herbera* —respondió a la llamada con la simpatía con la que siempre le hablaba.
—Gemma, cariño, necesitaba hablar contigo... —le contestó rompiendo otra vez a llorar—. Lo ha vuelto a hacer. Se ha presentado en mi empresa como un animal llamándome de todo por subir una puta foto de coña con Álex. No puedo más, te lo prometo.

—Joder, Eva, te lo he dicho mil veces. Mándalo a la mierda. No te merece que nadie te trate así. Es un puto tóxico que no te va a dejar vivir en paz.
—Cada vez lo tengo más claro, pero si lo dejo te juro que se muere. Tiene una dependencia brutal conmigo. Igual si lo hablo con él cambia, ¿no? —le preguntó sin ninguna esperanza de recibir una respuesta afirmativa.
—No, tía. La gente como él nunca cambia. Cuanto más tiempo pase peor. Tienes que hacerlo ya, dile que necesitas un tiempo para pensar y ya está. ¿Quedamos esta tarde y lo hablamos?
—Pues tengo que acompañar a mi abuela al médico, ya sabes que lleva un tiempo algo pachucha la pobre, pero si acabamos pronto te llamo y vamos a merendar.
Ambas terminaron la llamada con la promesa de que Eva pondría fin a su tóxica relación cuanto antes. Al llegar a la primera rotonda, giró a la derecha en dirección a *Cala Morell* a la vez que sus tripas comenzaron a protestar con sonoros ruidos, como si supieran que estaban ya a pocos kilómetros de recibir el ansiado manjar.
—Abuela, ya estoy en casa —anunció con una sonrisa sin dejar que se notara el mal rato que acababa de pasar.
Dejó su bolso *Prada* en el mueble de la entrada y subió las escaleras para dirigirse a la cocina donde siempre estaba ella esperándola para darle un tierno abrazo como cada día. Atravesó el espacioso salón con fotos de la familia por todas partes, algunas recientes y otras bastante antiguas. Entre ellas, su foto favorita de cuando tenía nueve años posando muy sonriente en medio de sus dos abuelos en un viaje que hicieron a *Disneyland Paris* junto a sus padres. Fue el último viaje que hicieron todos juntos.
—Abuela, ¿me has escuchado? —preguntó a la vez que se quedaba unos segundos embobada mirando un velero que fondeaba en su cala y que, por un momento, le había parecido el de Matías pero que al poco tiempo descartó y continuó hasta llegar a la cocina.
Allí estaba Pilar, inconsciente en el suelo con un brazo cruzado por delante de su cara y el otro totalmente estirado apuntando hacia los pies. En la encimera una patata a medio pelar al lado de una cebolla cuidadosamente cortada descansaban sobre una tabla de madera. Eva sintió una puñalada en su pecho y, cuando consiguió procesar lo que sus ojos ya veían pero su cerebro se negaba a aceptar, corrió hacía ella tratando de despertarla y de socorrerla. Tenía los ojos entre abiertos, como si pudiera mirarle, y la respiración se le

escuchaba con dificultad. Eva corrió en busca de su móvil bajando la escaleras con un par de saltos y, de forma instintiva y sobrenatural, llegó volando hasta su bolso y avisó rápidamente a emergencias.

Al cabo de diez eternos minutos escuchó una ambulancia subiendo por su calle, por lo que volvió a bajar corriendo para abrirles e indicarles donde se encontraba el cuerpo inerte de su abuela. El doctor la atendió en la misma cocina y, tras una rápida exploración, ordenó bajarla para montarla en la camilla y llevársela de urgencia al hospital. Entre Eva, el enfermero y el médico la consiguieron bajar hasta colocarla en la camilla y subirla rápidamente a la ambulancia.

Volvió a arrancar el motor todavía caliente de su *Audi* y salió a toda velocidad persiguiendo a su abuela que, como si de la peor de sus pesadillas se tratara, viajaba en una furgoneta amarilla y roja que iba abriéndose paso entre el tráfico con su poderosa sirena. Mientras iban camino al *Hospital General Mateu Orfila* en Mahón, Eva llamó con el manos libres a su padre. Tras cada tono suplicaba que le contestara y no le saltara el buzón de voz como casi siempre le ocurría con él. No fue el caso, tras varios tonos interminables que retumbaban por todos los altavoces de su coche, finalmente contestó.

—Hola, Eva, ¿qué pasa? —preguntó, pensando que había tenido algún problema en las oficinas centrales como ya había ocurrido en otras ocasiones en las que recibía su llamada a estas horas del día.

—Papá, es la *àvia* —pronunció la frase como pudo sin poder controlar su nervioso llanto—. Me la encontré tirada en el suelo de la cocina y ahora vamos de camino al hospital de Mahón. Parece grave, papá.

—Por Dios, Eva, ¿qué ha pasado? ¿Qué dicen los médicos? En un par de horas tengo mi vuelo de vuelta de Madrid, en cuanto llegue voy directo desde el aeropuerto. Ves informándome, ten mucho cuidado con el coche, por Dios hija, por Dios... —siguió lamentándose hasta terminar la llamada.

En cuanto la ambulancia llegó a la entrada de urgencias, un equipo de sanitarios salió en busca del nuevo paciente que allí se les presentaba en aquella jornada. Eva aparcó donde pudo y corrió hacia la misma puerta por la que hacía escasos minutos entró su abuela Pilar inconsciente, ajena a todo el nerviosismo que a su alrededor se iba generando. Con el rostro desencajado preguntó a una chica joven que se refugiaba tras un mostrador con un montón de papeles por encima del teclado de un amarillento ordenador. Tras revisar durante unos instantes entre el caos de su escritorio, la guio hacia una sala, con

varias filas de sillas unidas entre sí, donde aguardaban ya varias persona angustiadas por la salud de los pacientes que también estaban siend intervenidos.

Eva permaneció allí casi una hora sentada, caminando sin rumbo, mirando su móvil y observando la única puerta por la que esperaba que alguien co uniforme de hospital entrara y le contara algo sobre su abuela. Tras espera una hora y media, y suplicar en varias ocasiones alguna noticia a una auxilia que por allí pasaba, apareció un hombre de verde y blanco con guantes, d edad similar a ella y acento cubano.

—Hemos ingresado a tu abuela en la unidad de cuidados intensivos. Presenta un cuadro hemorrágico severo seguramente tras un derrame cerebral. N creemos conveniente intervenirla ya debido a su avanzada edad, vamos esperar unas horas a que el edema disminuya y valoraremos hasta donde lleg el daño.

—Pero, doctor, ¿crees que se podrá recuperar? —le preguntó agarrando su manos que, a su juicio, debían salvarla fuera como fuera.

—No te voy a engañar, no pinta nada bien —contestó con un tono lo má suave y dulce posible—. Ahora mismo la tenemos sedada, está dormida tranquila. Solo Dios sabe si es su momento o todavía no —remató dándole un pequeña caricia en su hombro para después dar media vuelta y abandonar l sala de espera.

Era ya de noche cuando su padre entró corriendo en aquella inhóspita sal buscando a su hija Eva, que ya había perdido la noción de las horas qu llevaba allí, sola, desolada. Se fundieron en un abrazo tras el que las lágrima de ambos brotaron sin cesar. Ella le contó las palabras que el doctor le hab dicho hace ya unas cuantas horas y que, tras esto, no sabía nada más. Carlos que tenía a muchos conocidos por todas partes debido a su posició influyente, salió de la sala en busca de más información. Recorrió los pasillo del hospital con su móvil en mano haciendo llamadas a médicos y demá trabajadores del centro hasta que finalmente se topó con una enfermera qu conocía desde hacía años y que esa noche estaba de guardia.

—Necesito por favor que vayas a ver a mi madre. Ha entrado por urgencia hace seis horas y no sabemos nada de ella. Está en la UCI, pero no sabemo nada más, por favor.

Ella asintió y le propuso que le esperara en la sala hasta que fuera a buscarl con la información que le solicitaba, pero que no fuera deambulando por lo

pasillos ni menos que entrara a zonas restringidas porque lo expulsarían de inmediato. Carlos asintió mostrándole su gratitud y emprendió el camino de vuelta hacia la sala de espera donde se encontraba su desesperada hija.

Pasaron no más de veinte minutos cuando la enfermera entró en la sala. Se acercó a los dos, que de un salto se levantaron de las incómodas sillas grises de plástico y se aproximaron a ella con bastante temor por lo que pudieran escuchar, y les informó de todo lo que sabía.

—He estado hablando con el doctor de intensivos que está de guardia. La tienen intubada y sedada a la espera de evolución. No parece que habrá novedades hasta mañana y, de haberlas, os llamarán de inmediato. Deberíais iros a casa a descansar, seguro que ha sido un día durísimo y estaréis agotados —recomendó la enfermera a unos expectantes familiares hambrientos de información que, rápidamente, rechazaron la oferta y decidieron quedarse allí —. Dejadme al menos que os lleve a un lugar más cómodo y amable que éste.

Les acompañó hasta una sala amplia con ventanales que daban hacía un jardín lateral del hospital y con sillones bastante más cómodos que las rígidas sillas de la anterior.

—Mil gracias por todo, no te robamos más tiempo que seguro que tú también tendrás una larga noche —la abrazó Carlos mientras le daba las gracias una y otra vez.

Se quedaron toda la noche allí recostados en los sillones y tratando de dormir cuando el molesto ruido de un extractor les daba tregua. Eva se despertaba continuamente y revisaba si tenía alguna llamada del hospital que nunca apareció.

Al amanecer, Eva abrió sus ojos, creyendo haber dormido más de lo que pensaba que sería capaz, y vio a su padre sentado enfrente soplando un café de la máquina del pasillo. Fue hacia él y no tardó en aceptar su invitación al triste desayuno. No había tenido tiempo de terminarlo cuando reconoció al doctor cubano que la tarde anterior había sido el encargado de detallarle el informe de salud de su abuela.

—Buenos días, señores... —hizo una incómoda pausa en la que aprovechó para buscar las palabras idóneas que debiera pronunciar— debo informarles que la señora Pilar no ha podido superar las lesiones cerebrales que el derrame le provocó. Siento muchísimo tener que decirles que ha fallecido hace apenas unos minutos sin darnos opción a intervenirla quirúrgicamente. Les acompaño en el sentimiento.

Eva sintió que aquellas palabras le arrebataron cualquier energía que su cuerpo pudiera almacenar hasta doblar sus rodillas y caer como un muñeco sin vida al suelo. Su padre se sentó allí con ella y, mientras fuera amanecía bañando la isla de un precioso color que anunciaba el comienzo de un bonito día de primavera, ellos sentían que una luz en su interior se apagaba, la luz que Pila cada día se esforzaba por avivar con su generoso e infinito amor que les tenía.

Capítulo 9

Junio de 201

Eva pasó semanas encerrada en su casa, trabajando desde allí y sobreviviendo con latas de comida preparada que combinaba con pizzas congeladas. El delicioso aroma a comida casera que su casa emanaba cada día se acabó. Las confesiones, los juegos de cartas y las risas en la sobremesa, también. Pilar era una buena persona, la mejor abuela que jamás hubiera imaginado tener y ahora, ya no estaba llenando cada rincón de la casa con su alegría y sus canciones que le gustaba cantar aunque, en la mayoría de ocasiones, inventara las letras con divertida genialidad.

—Dime... —respondió a su móvil en el que se acumulaban las llamadas perdidas.

—¡Por fin! Me tenías súper preocupada, iba a ir a buscarte ya —suspiró Gemma al escuchar finalmente su voz.

—Perdona, tengo el móvil todo el día por ahí tirado y me paso el día leyendo en la terraza o viendo alguna serie —contestó mientras se levantaba del sofá en el que llevaba tumbada varias horas para, tras un amago de moverse, volver a sentarse en él.

—Oye, tienes que salir ya, no puedes quedarte toda la vida ahí encerrada. Este viernes es tu cumple y me niego a que no lo celebremos.

—No me apetece nada, si quieres vienes y vemos una peli juntas. Además solo me falta encontrarme con éste por ahí.

—Ostras es verdad, ¿cómo ha quedado la cosa?

—No muy allá... —imprecisó con una vaga respuesta que a Gemma no contentó nada obligándole a reformular su pregunta—. Vino un día a casa a pedirme explicaciones después de llamarme unas cuantas veces y no contestarle. Le conté lo que había pasado con mi abuela y que necesitaba estar un tiempo a solas para recuperarme. Desde entonces me ha escrito algún mensaje, pero que ni he contestado.

—Tu abuela ayudándote hasta desde el cielo, qué mujer... —bromeó tratando de sacarle una sonrisa que finalmente consiguió—. Mira, vamos a hacer una cosa: el viernes voy a ir a comer a tu casa, nos bañamos en la playa y después nos arreglamos para ir a cenar mano a mano a un sitio sorpresa por tu veinticinco. Ah, y no te estoy preguntando, te estoy diciendo lo que haremos.

—Vale, ya veremos... —dudó Eva de un plan que hasta ahora le parecía una montaña, pero que en el fondo necesitaba.

Pasó la semana sin mayor actividad que la que llevaba en las semanas anteriores hasta que llegó el viernes. Desde bien temprano, su móvil se fue llenando de mensajes de amigos y familiares que le deseaban un feliz cumpleaños y, entre ellos, uno de su novio o ex, nadie lo tenía muy claro a esas alturas, Matías:

'*Felicidades, mi amor, ojalá poder celebrar todos tus cumpleaños juntos. ¿Me dejas seguir haciéndolo? Te quiero'*

Eva lo leyó varias veces y no sintió nada. Ahí se dio cuenta definitivamente que, por el bien de los dos, debía poner punto final a aquella historia que fue bonita como todas en el comienzo, pero que fue tomando unos tintes oscuros y peligrosos que habían llevado a arrebatarle la ilusión por completo. Fue de los pocos mensajes que le escribió desde que le pidió algo de tiempo y que Matías, hubiera deseado no recibir:

'*Matías, quiero que dejemos de vernos. Necesito estar sola un tiempo. Espero que seas feliz y encuentres a la chica que necesitas, de verdad. Gracias por la felicitación, un beso'*

Fue enviar el mensaje y recibir una llamada suya. No contestó y le volvió a llamar insistentemente. Eva le bloqueó en su *iPhone* y en todas sus redes aferrándose a lo único capaz de curar su dependencia emocional en estos casos: el tiempo y otra mujer.

Tras contestar las llamadas de sus padres y familiares más cercanos, subió a su habitación y entró al vestidor. No recordaba cuando fue la última vez que estuvo allí desde que su abuela falleció, incluso le pareció encontrarlo diferente. Encendió las luces y, con un impulso de energía y vitalidad seguramente motivado por la cantidad de mensajes bonitos recibidos y por la liberación que sintió al zanjar su relación, se puso a buscar entre sus vestidos hasta encontrar el perfecto para esa noche.

Sonó el timbre de casa y bajó los dos pisos alegremente pensando que sería Gemma, aunque la posibilidad de un desesperado Matías siempre estaba, hasta llegar a la altura de la puerta. Se asomó por la mirilla antes de abrir, por si acaso, para inmediatamente abrir con una tremenda sonrisa.

—¡Gemma, mi vida! —la abrazó y besuqueó mientras ella intentaba mantener la bolsa de cartón que traía con comida lo más a salvo posible.

—¡Felicidades, mi niñita! Me encanta verte así de contenta.

—Así me llamaba mi abuela... —pasó de las risas al llanto en el mismo abrazo.
—Jo, qué poco te ha durado la felicidad, seguro que ella está con la sonrisa que siempre tenía mirándote desde el cielo y deseando verte feliz especialmente hoy. Además, yo nunca te he llamado así antes, ¿verdad? Seguro que esto es cosa de tu abuela que no se lo quiere perder.
Eva le sonrió, con sus ojos azules llenos de lágrimas que parecían dos pececillos sumergidos en el agua cristalina, volviéndola a abrazar una y otra vez. Pasaron a la cocina, donde Gemma sacó de la bolsa el sushi que traía y una botella de vino blanco para meterlo en la nevera. Charlaron un rato, se pusieron los bikinis, montaron su propio pícnic y bajaron a la *Cala Morell* donde varias parejas ya disfrutaban de un día soleado y tranquilo de playa.
—Algo tiene el agua de esta cala que me cura todos los males. ¿Te puede creer que todavía no había bajado a la playa desde que estoy aquí sola? —comentó sorprendiéndose a sí misma del dato, ya que hasta entonces raro era el día que no acudía a darse un baño o leer un buen libro con el sonido de las olas de fondo.
—Es normal, Eva. Pilar era como una madre para ti, me daba una envidia tremenda veros así de unidas. Mis abuelos murieron cuando yo era muy pequeña y casi no tengo recuerdos de ellos. Tienes que quedarte con lo feliz que habéis sido y de todo el tiempo que os han regalado. ¿Cuánto tiempo habéis vivido aquí juntas? ¿Cinco años? —preguntó mientras posicionaba una de las sillas plegables en dirección al sol para recibir de lleno los rayos sobre su piel mojada.
—Más, seis. Desde que se fue pienso muchas veces que no es justo que no pudiéramos ni despedirnos, aunque por otra parte no podría haberlo hecho. Creo que nunca estamos preparados para dejar de ver para siempre a alguien que tanto quieres —comentó a la vez que seguía los pasos de su amiga para colocarse a su lado y encender sus *AirPods* por donde comenzaron a sonar canciones al azar.
Continuaron en la tranquila, pero salvaje cala, hasta el atardecer y, cuando la temperatura fue bajando, recogieron sus pertenencias playeras y volvieron a casa. Eva fue la primera en entrar a la ducha, una enorme cabina abierta con paredes de piedra oscura y con una gran lluvia que caía directamente del techo. Con los ojos cerrados y la cara hacia arriba, dejando que cada una de las gotas de agua que golpeaban sobre su rostro resbalaran acariciando

lentamente todo su cuerpo, era capaz de saborear de sus propios labios lo restos de sal del mar que permanecían todavía impregnados en su piel. Hacía mucho tiempo que no sentía esa paz. Permaneció un buen rato disfrutando de la reconfortante ducha y de la maravillosa sensación de todos los preparativos previos a una buena cena de verano tras un intenso día de playa.

Subieron en el *Seat León* de Gemma, ambas arregladas y bien vestidas para la ocasión. Fueron hacia Ciutadella y dejaron el coche en su parking, cerca de la *Plaça d'Artrutx*, donde tomaron un par de cervezas en *Ses Persianes* para después pasear por las calles del centro hasta llegar al puerto. Cenaron en *Café Balear,* una deliciosa bandeja de langosta de la isla con patatas y coronada con huevos fritos que, al romper sus yemas por encima, le aportaban la insuperable salsa que bañaba todo el conjunto. De postre, una tarta de queso con una vela encendida que anunciaba a su paso el motivo de la cena o, más bien, la excusa. Terminaron la botella de vino blanco verdejo mientras reían y recordaban momentos o historias de las que ya habían hablado muchas veces, pero que ahora mismo repetir, poco les importaba.

Pasaron varias horas más en la terraza del *Jazzbah,* a escasos metros de restaurante, entre copas y bailes. Como era habitual, muchos chicos se acercaban a hablar con ellas con alguna invitación como soborno. Ellas poco caso les hicieron. Se tenían la una a la otra y, en ese momento, no les hacía falta nadie más. Para Gemma ese día fue inolvidable y muy especial, pero para Eva fue medicina para su destrozado corazón, el antídoto contra el veneno que su propia mente se encargaba cada día de fabricar.

Capítulo 10

Sería cerca del mediodía a juzgar por el hambre que estrujaba su estómago en busca de alimento. Un tremendo dolor, que recorría toda su cabeza de punta a punta, alteraba su equilibrio y movía en círculos todo a su alrededor como si acabara de bajar de la montaña rusa más alta del planeta. Acertó, no sin derramar alguna gota sobre la encimera blanca con vetas grises simulando ser mármol, a servirse un gran vaso de agua fría que no tardó demasiado en engullir. Sintió cómo resbalaba a lo largo de toda su árida garganta hasta depositarse en su vacío estómago y limpiaba a su paso los restos de copas y chupitos que todavía permanecían desde anoche en su cuerpo. Los excesos de la pasada velada con Gemma no empañaban, ni mucho menos, la liberación que sentía, coincidiendo con sus veinticinco años recién cumplidos. No significaba que ya no se entristeciera con la tremenda pérdida que sufrió poco meses atrás, sino que tenía la suficiente fuerza como para afrontarla de una manera diferente, a todos los efectos, de una forma más sana.

En la pasada noche y mientras pedían la enésima copa en una de las barras de la discoteca con la pared de roca y luces que retroiluminaban todas las botellas de alcohol haciéndolas todavía más apetecibles, se acercó el encargado a Eva. Quería ofrecerle un buen puesto de trabajo para toda esa temporada estival, no solo sirviendo copas donde sabía que era una gran vendedora, sino también como su mano derecha, controlando cajas y haciendo que todo aquello funcionara lo más eficiente y rentable posible. El resto de trabajadores que tenía disponibles eran más jóvenes e inexpertos y, ninguno de ellos, se acercaba ni de lejos a su carisma y popularidad. No necesitó demasiado tiempo para pensar su respuesta, el propio ambiente y su estado eufórico decidieron por sí solos. No lo hacía por dinero, si algo abundaba en su familia eran los dígitos en sus cuentas, sino por retomar su vida social con la que tanto disfrutaba y, de alguna manera, por obligarse a salir de casa en un verano en el que tampoco tenía demasiados planes.

Trató de recordar la conversación que mantuvieron, pero sus recuerdos viajaban bastante dispersos por su intoxicada mente. Comió algo allí mismo en la cocina asaltando su propia nevera de dos puertas y, una vez satisfecha su hambre voraz, se arrastró hasta el salón donde se dejó caer sobre el sofá

Encendió la tele y, al poco tiempo, su cuerpo volvió a dormirse tratando de superar lo mejor posible la terrible resaca.

Este ciclo se convirtió en rutina durante, prácticamente, todo el verano. Las jornadas de trabajo se alargaban voluntariamente varias horas tras despojarse del uniforme. El número de conquistas, o de al menos nuevas amistades, aumentaba exponencialmente cada noche. Desde detrás de la barra tenía una visión panorámica de todos los clientes que llegaban deseosos de un poco de fiesta y descontrol tras un día tranquilo y relajado en alguna de las más de cien playas y calas de Menorca. Eva tenía una habilidad especial para detectar rápidamente al hombre indicado, el cual siempre acababa cayendo en sus redes. Era un poder sobrenatural, como ella misma lo llamaba. Con la mayoría de ellos terminaba la noche besándose en alguna zona oscura de la discoteca y con otros, los que más le atraían o que coincidían con el momento adecuado, se los llevaba a su coche o a algún otro sitio escondido donde tenía sexo y ponía en práctica todas sus fantasías eróticas.

—Estoy disfrutando más que nunca del sexo este verano —le contaba a Gemma en una de tantas conversaciones telefónicas que tenían a la mañana siguiente, donde Eva le ponía siempre al corriente de sus morbosas historias que, por otra parte, a ella le encantaba escuchar—. Nunca me había sentido así, no sé, tan libre. Disfruto haciéndolo con la mente totalmente en blanco, sin preocupaciones, sin ataduras. Deberías probarlo.

—Calla, calla. Sabes que yo con darme un beso ya me enamoro —contesto dejando escapar una sonora carcajada—. Luego me pasa lo que me pasa, que todos salen corriendo en cuanto les pregunto si quedamos otro día.

Continuaron bastantes minutos más de conversación entre risas que, aunque nunca se decían demasiado ni trataban temas profundos, para ellas era necesario y, como se encargaban de recordar si pasaban días sin hacerlo, obligatorio.

Capítulo 11

Septiembre 201

Era otra mañana resacosa de casi final de ese verano de 2015. Ni la fresca brisa que entraba directa del mar por las numerosas ventanas del salón era capaz de secar su piel empapada en sudor. Tras varios intentos, consiguió abrir los ojos para inmediatamente taparlos con las palmas de sus manos, tratando de protegerlos de la punzante luz que recibían. Sentía la lengua acartonada incluso inflamada, como si le faltara espacio en su boca. Podía percibir como le dolía cada uno de sus músculos y una enorme fatiga le obligaba a quedarse allí postrada. No recordaba una resaca así entre todo el catálogo de las que ya coleccionaba.

Tras un tiempo de recuperación, consiguió incorporarse hasta quedar sentada con los codos en las rodillas y sus manos sujetando su cabeza desde la frente. No recordaba nada de la noche anterior ni de, incluso, cómo había acabado por primera vez durmiendo en el sofá, sin llegar a la cama. Llevaba todavía el vestido beige, ahora bastante sucio y arrugado, con el que salió por el puerto como tantas otras noches de verano. Iba descalza y, tras verlas tiradas en el suelo y comprobarlo con asombro, sin ropa interior. Enseguida tuvo claro que había mantenido relaciones sexuales, ¿pero allí? ¿Con quién? Nunca había llevado a nadie a su casa sin apenas conocer y menos tras una noche de fiesta. Su corazón comenzó a bombear con cada vez mayor fuerza y podía sentir cada latido retumbando en las sienes. Buscó por todas partes su móvil hasta que lo encontró en el sillón de piel marrón, donde le gustaba pasar largas horas devorando novelas de suspense y mirando el mar desde sus vistas privilegiadas. Estaba apagado, probablemente sin batería. Subió las escaleras recordando de nuevo el cansancio muscular y el dolor intermitente que irradiaba desde su abdomen con el que se había despertado, hasta conseguir llegar a la cama. Se sentó, alcanzó el cargador y encendió su móvil. Rápidamente vio que tenía suficiente batería como para haber permanecido encendido hasta ahora y, ella, seguro que no lo había apagado porque nunca lo hacía. Alguien tuvo que hacerlo. Revisó las llamadas, mensajes, fotos de aquella noche. Nada. Todo parecía normal. El último mensaje era para su jefe diciéndole que la noche iba bien, sin novedades, que se iba a quedar tomando una copa y que no tardaría en volver a casa. De nuevo, el mareo y la sensación

extraña recorrió su cuerpo hasta obligarle a tumbarse sobre la cama, intacta y bien hecha tal cual la dejó el día anterior. Se quedó un rato mirando la estrellas blancas de papel, que todavía lucían desde que era una niña aleatoriamente por todo el techo abuhardillado de madera, y que le transportaban a su feliz infancia cada vez que dormía allí. Recorrió con su mirada cada una de las vigas de madera que atravesaban toda su habitación de lado a lado, como intentando buscar por su memoria algún recuerdo que contestara alguna de las preguntas que ya empezaban a acumularse. Fue en vano. No recordaba nada, como si se hubiera borrado de su mente de un plumazo. Se sentía mal, sucia, sola, perdida, rota. Se quitó el vestido notando una mezcla de olores detestables. Lo tiró al suelo con desprecio. Caminó desnuda, física y psicológicamente, hasta llegar a la ducha. Abrió el grifo a máximo y allí, sentada bajo una gran lluvia de agua templada, lloró desconsoladamente.

Capítulo 12

Sofía, la madre de Eva, lleva varios días lidiando entre somníferos y pesadillas. Ya los consumía habitualmente, prácticamente desde que se divorció de Carlos, pero ahora, a raíz de la inesperada muerte de su hija, ha duplicado la posología a la que suma potentes ansiolíticos.

La ruptura de su estable matrimonio fue una sorpresa para todos. A finales de los noventa, eran muchos los que los admiraban y etiquetaban como la familia perfecta. Se dejaban ver por los mejores restaurantes de la isla como lo que eran, una familia exitosa muy unida y feliz: con Pepe, Pilar, Carlos, Sofía y, su pequeña y preciosa hija, Eva. Formaban un gran equipo tanto en lo profesional, donde todos estaban involucrados en la empresa, como en lo familiar. Tras la muerte de Pepe en el 2003, todo comenzó a tambalearse como si uno de los pilares más importantes que los sostenía se hubiera venido abajo y, de alguna manera, así era. Carlos se sintió obligado a tomar el mando de la empresa, que antes compartía con su padre, y se involucró de lleno en su desarrollo y crecimiento fuera de las fronteras españolas. Dedicó mucho tiempo a viajar, reunirse con inversores y a abrir nuevas delegaciones y fábricas por todo el mundo. Mientras, Sofía se las ingeniaba para compaginar la gestión de la sede central en Ferreríes con el intento de supervisión de una ya adolescente hija.

La empresa *Moll* fue incrementando su facturación de manera casi exponencial y, por tanto, también el volumen de trabajo que ella asumía. Fue dejando cada vez más noches seguidas a Eva en casa de su abuela y regresaba a casa a dormir sola bien entrada la noche. A pesar de estar todo el día entre cientos de trabajadores y atendiendo a gran cantidad de clientes tanto personal como telefónicamente, llegaba a casa y se sentía sola, tremendamente sola. Se preguntaba si aquello merecía la pena, si alguna vez tendrían tiempo de disfrutar del dinero que llenaba sus cuentas, pero que ahora les mantenía separados y esclavos de sí mismos.

Era un domingo de antes del verano de 2005, donde Sofía disfrutaba de su día de descanso sin demasiados planes que hacer, solo descansar. Carlos llevaba diez días por algún país de Sudamérica, ella ya ni preguntaba dónde, y Eva pasaba el día con sus amigas para terminar durmiendo en casa de su abuela Pilar.

Fue algo muy rápido e imprevisto, con una gran dosis de mala suerte. Sofía cogió su bici de montaña y salió a hacer deporte recorriendo el sur por el *Camí de Cavalls* como muchas otras veces hacía. Era un día soleado y bastante caluroso por lo que, a la altura de la *Cala de Trebalúger*, decidió hacer un descanso para darse un baño. El mar estaba completamente en calma cristalino y de color turquesa. No había nadie, por lo que dejó toda su ropa empapada en sudor colgada de unas rocas y, sin pensarlo dos veces, fue directa al agua. La fresca y pura agua del Mediterráneo acariciaba su cuidado cuerpo desnudo y la mecía suavemente mientras flotaba boca arriba disfrutando de sol que ahora recibía de buen agrado.

Pasados unos minutos, el ruido de un potente motor, que escuchaba cada vez más cerca, le despertó de su profunda calma y, rápidamente, se colocó de pie para dejar fuera su cabeza e intentar esconder, sin demasiado éxito por su transparencia, su cuerpo desnudo bajo el agua. Era un hombre de salvamento seguramente no alcanzaba los treinta, que iba a toda velocidad con una moto de agua vigilando que todo estuviera en orden y que no hubiera ningún barco fondeando en zonas prohibidas con fondos de posidonia. Le preguntó si estaba bien o si necesitaba algo mientras admiraba sin ningún disimulo su cuerpo desnudo desde su potente moto. Sofía necesitó varios segundos para contestar embobada como una quinceañera con los enormes bíceps que brillaban fruto del sudor y el agua que les salpicaban y que asomaban de su camiseta empapada de tirantes que llevaba pegada a su cuerpo, desvelando unos pectorales acordes a sus brazos. Ella ya no quiso esconder su cuerpo e incluso se lo mostró parcialmente mientras entablaban una relajada conversación.

—Pero no te quedes ahí con el calor que hace, métete al agua que está espectacular —le propuso sin pensar, impulsivamente y sintiéndose, ahora sin tapujos, como una quinceañera.

Él no se lo pensó demasiado y, tras apagar el motor y liberarse de su camiseta dejando al descubierto su esculpido cuerpo, se lanzó al agua. No tuvieron tiempo casi ni de hablar. Devoraron mutuamente sus bocas mientras se manoseaban sin límites bajo el agua. Ella lo llevó de la mano hasta la orilla, le arrebató el bañador surfero de rayas de colores que llevaba y, al ver que no era necesario ningún masaje preliminar, introdujo el pene en su boca saboreándolo como si fuera el primero y, en realidad, hacía tanto que no lo hacía que casi sentía la curiosidad de la primera vez. Él la tumbó en la arena y besó sus genitales mientras introducía sus dedos. El agua llegaba a mojarlo

levemente con el impulso de alguna ola, aportando algo de frescor a su calientes cuerpos. Ella lo cogió del pelo para acercarlo hasta su boca y susurrarle al oído: fóllame. Él, de buena gana, obedeció. Introdujo su pene sin demasiada dificultad hasta el fondo de su vagina y, con sus potentes brazos sujetándose en una flexión que duró varios minutos, comenzó a follarla con ritmo y fuerza constante, como ella le había pedido. Sofía se corrió primero enseñando una vena en su frente que por momentos parecía que iba a reventar. Él al poco rato hizo lo propio, sacando su pene justo a tiempo y dejando que su abundante semen cayera a discreción sobre sus bonitos pechos. Regresaron al agua y, tras intercambiarse los números de teléfono y sus nombres que todavía no conocían, él subió a su moto y, pintando una estela en círculo a su alrededor, salió a toda velocidad para continuar con su trabajo. Ella se vistió y cogió su bici para regresar a casa.

De camino, un sentimiento de arrepentimiento se mezclaba con una sonrisa todavía de quinceañera, mientras recorría los caminos de tierra entre la frondosa vegetación. Llegó a casa, en Ferreríes, y tras darse una ducha y comer, se sentó en el sofá, ahora sí, convencida de que había cometido un tremendo error. Durmió un rato y, cuando ya atardecía y se bañaba en la piscina con una copa de vino vacía apoyada en la orilla, salió del agua y le llamó para invitarle a cenar. Él no tardó en aceptar y acudió en hora y media. Pusieron música, bebieron un buen vino tinto y cocinaron juntos alrededor de la isla que presidía la amplia cocina con vistas al jardín. Con el fuego encendido y mientras un par de cebollas se doraban a fuego lento en la sartén con aceite, él la levantó hasta sentarla sobre la encimera de la isla. Volvieron a besarse y fueron dejando caer su ropa al suelo hasta quedar ambos desnudos. Volvió a follarla como le gustaba, mientras se sujetaba de sus marcados tríceps y jadeaba al ritmo de las profundas penetraciones.

—¡Hija de puta! —se escuchó el grito de un hombre que asustó a los fornicadores obligándoles a interrumpir, abruptamente, su placentero ejercicio —. ¿Cómo puedes ser capaz? ¿Quién cojones eres tú? —lanzaba preguntas desesperadas mientras hacía gestos para que el intruso saliera de allí pitando antes de que cometiera alguna locura.

Evidentemente era Carlos, que había regresado antes sin avisar o sin recordar si lo había hecho y que, al encontrar un coche desconocido en la puerta de su casa y escuchar música desde el jardín, había entrado con la esperanza de no encontrarse con la escena que, finalmente, fue peor de lo que podía imaginar

Discutieron y lloraron durante toda la noche. También se reprocharon todo lo que nunca antes se habían dicho, seguramente porque ni habían tenido tiempo de sentarse uno frente al otro para hablar sobre sus inquietudes o sus preocupaciones, si es que las había. Durmieron en habitaciones separadas y, al día siguiente y de mutuo acuerdo, intercambiaron papeles. Sofía cogió un vuelo a Madrid para pasar una temporada allí y encargarse, forzosamente, de las oficinas de la capital.

Estuvieron un par de meses separados y, prácticamente, sin hablar el uno con el otro hasta que Carlos le llamó para comunicarle que quería el divorcio. Intentó, durante todo ese tiempo, buscar la forma de perdonarle y retomar la estabilidad que hasta la fecha gozaba, pero no fue capaz. La lealtad era el primer mandamiento en su código ético, no entendía su entorno sin que ella la rigiera y ahora su mujer no solo la había vulnerado, sino que la había hecho añicos. Ella no pudo ni tuvo la posibilidad de cambiar la sólida e inevitable decisión por lo que, al cabo de unas semanas, firmaron su divorcio.

Capítulo 13

Suena el timbre una y otra vez sin obtener respuesta. El agente Rodes se asoma por una de las ventanas que tiene la casa de Sofía en la planta baja de *Carrer Major,* en el centro de Es Mercadal, donde se trasladó a vivir poco después de divorciarse. Es la antigua casa familiar que heredó tras fallecer su madre justo antes de nacer Eva. Una luz parece encenderse al final del pasillo y, al poco tiempo, una silueta femenina camina vagamente hacia él hasta abrir la puerta de madera verde, a juego con las ventanas de ambos pisos y de la buhardilla, uniformemente repartidas en parejas por cada altura.

—Buenas tardes, Nicolás —saluda con un aspecto que intenta disimular que se acaba de despertar sin demasiado éxito—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Perdona por molestar, no sé si te he pillado descansando —simula dudar de algo que tiene bastante claro solo con ver cómo le molesta la luz de media tarde que indirectamente ilumina su demacrado rostro—. ¿Podemos hablar?

—Con las nuevas pastillas me paso el día durmiendo por las esquinas y después estoy toda la noche en vela. Vamos, entra, no te quedes ahí.

Es la primera vez que Rodes entra en esa casa. Recorre el pasillo, con suelo de mosaico blanco y verde siguiendo la estética de la fachada, dejando a ambos lados diferentes estancias oscuras en las que se respira un ambiente añejo como si se conservara tal cual la dejaron sus padres hace ya muchos años. Llegan hasta la cocina, amplia y bien iluminada con varias ventanas y una puerta que da directamente al patio interior, donde se intuyen grandes plantas a juzgar por unas enormes hojas planas verdes que asoman por cada una de las cristaleras. Los azulejos marrones, que visten paredes y suelo, y la cortina amarilla, que recorre de lado a lado bajo la encimera ocultando seguramente utensilios de cocina y algún cubo de basura, confirman que aquella vivienda se mantiene intacta desde que sus propietarios la decoraron hace varias décadas.

—Siéntate, por favor, y déjame ofrecerte un café —le sugiere amablemente mientras ya enciende una moderna cafetera que destaca entre el ambiente vintage—. ¿Hay alguna novedad? —pregunta confirmando que ya se ha despertado tras dar los primeros sorbos de su café.

—Estamos en ello. Necesitamos recabar toda la información posible acerca de Eva y, en general, de todo el entorno de vuestra familia. Tratamos de busca

sospechosos capaces de cometer este crimen atroz. Dime, ¿tienes algún nombre que ronde por tu cabeza? —pregunta sin mayor rodeos y entrando ya directamente en materia.

—Si te digo la verdad ni lo he pensado. El dolor que siente una madre a perder a una hija y más, de esta manera, no te deja ni siquiera un gramo de fuerza para buscar más allá de algún motivo para seguir viviendo. No tengo fuerzas ni para buscar justicia ni, mucho menos, venganza.

El agente nota como sus ojos ya no son capaces ni de derramar lágrimas. Está agotada, derrotada, hundida. Puede incluso sentir su tristeza sin necesidad de mirarla y todo a su alrededor parece estar contaminado por su desolación.

—Yo te ayudo —afirma con seguridad mientras le coge su mano delgada y fría—. Cuéntame cómo funciona la empresa. Tengo entendido que cada año va mejor y que vuestra presencia se extiende cada vez más fuera de España. Es un orgullo para todos los que somos de aquí.

—Bueno… vosotros solo veis la parte bonita y lo que publican los diarios locales. Detrás hay mucho trabajo y no siempre todo es de color de rosa aunque, en eso de dar una buena imagen, Carlos es un genio.

—¿Qué quieres decir? ¿Habéis sufrido algún problema importante recientemente? —pregunta abriendo sus ojos al máximo y afinando sus oídos pero sin demostrar demasiado interés que alerte a la interrogada.

—¿Algún problema? —sonríe irónicamente—. Cuando mueves el volumen que movemos es raro el día que no tengas alguno. Los hemos tenido de todos los colores, incluso nos ha tocado salir por patas, como de Colombia.

—¿Qué pasó en Colombia? Creo recordar que tenéis una fábrica grande en Bogotá —afirma a la vez que repasa mentalmente la fotografía del mapa que el subinspector le envió con todas las sedes que la empresa tiene en el extranjero.

—Teníamos —corrige Sofía—. Fue una de las apuestas más importantes de Carlos para nuestra expansión por América. Tuvo que buscar inversores locales que apostaran fuerte por nuestro proyecto y así lo hicieron. Funcionaba cada vez mejor hasta que llegó la pandemia en 2020. Allí tuvimos que cerrar varios meses, a los que se sumó un posterior brote entre nuestros empleados y entre los cuales hubo alguna víctima mortal. Las autoridades sanitarias locales dificultaron enormemente nuestro trabajo y fuimos acumulando pérdidas y deudas insalvables. No tuvimos más remedio que cerrar, pero los inversores que apostaron por nosotros no tuvieron tiempo de recuperar su inversión que

sumado a los grandes intereses que sus bancos les seguían facturando, les hizo acumular unas deudas que consideraban que debíamos asumir nosotros. Carlos pasó largas temporadas allí tratando de buscar un acuerdo con ellos al que nunca llegó. Se celebró el juicio y nos dieron la razón. Le acusaron de haber comprado al juez, cosa que personalmente desconozco aunque tampoco me extrañaría. Le amenazaron de muerte y tuvo que abandonar el país escoltado por seguridad privada, la cual se vio obligado a contratar desde que comenzaron los incidentes. Desde entonces hemos seguido recibiendo alguna llamada de extorsión, pero nunca se ha materializado ninguna de las amenazas.

—Entiendo, conseguiremos el listado de todas las personas colombianas que han entrado y salido de la isla en las últimas semanas —habla en voz alta mientras lo anota en un pequeño cuaderno que saca de uno de los bolsillos laterales del pantalón para después volverlo a cerrar, dejando ver el escudo de la Policía Nacional—. Es curioso, Carlos no me contó nada de esto aunque yo le insistí.

—Ya te he dicho que la imagen de su empresa es lo más importante para él. Está convencido de que gran parte de nuestro éxito es por una imagen muy cuidada que atrae a clientes e inversores. Pero… ¿los colombianos? No creo no que supieran quién era nuestra hija. Siempre han tratado directamente con Carlos, a mí prácticamente ni me conocen, menos aún a Eva.

—No podemos descartar nada, lo investigaremos.

—¿Y la novia de Carlos? —pregunta atrayendo totalmente la atención de la policía, dejando claro que sí tenía fuerza para buscar sospechosos y, muy probablemente, de calmar su sed de venganza.

—¿Qué pasa con Marta? —pregunta pasando otra página del cuaderno ansioso por escribir la suculenta información que espera recibir.

—No, nada, simplemente saber si la estáis investigando.

—¿Deberíamos? Todo el entorno de Eva puede ser objeto de la investigación.

—Marta la odiaba y Eva, a ella, también. Es una cazafortunas, todo el mundo lo sabe. Desde el principio ha tratado de casarse con Carlos para heredar su riqueza y, en varias ocasiones, ha estado a punto de hacerlo. Eva siempre se lo ha impedido haciendo entrar a su padre en razón.

—Carlos me comentó que nunca había pensado casarse con ella ni que tampoco tenía intención de hacerlo.

—¿Eso te dijo? —suelta una enorme carcajada, en parte forzada—. Si fuera por él ya lo estarían, pero Eva ha sido la única capaz de convencerle de que no tenía ninguna necesidad, que estuviera con la persona que él quisiera, pero que por favor la dejara fuera legalmente de su patrimonio y así también podría ver si de verdad lo quería tanto como aparentaba. Está bastante claro que aquí la única que sale ganando con la muerte de mi hija es esa —comenta sin esconder el evidente odio que le tiene.

El agente se queda unos segundos observándola mientras analiza toda la información que, una agotada y deprimida madre en la cual no tenía depositadas grandes esperanzas de su interrogatorio, le ha ido regalando sin necesidad de incidir demasiado. Tras terminar el café y, a juzgar por el nombre en el papel que los envolvía, probar unos dulces del horno de *Sa plaça* en el que hace un rato había curioseado en el escaparate mientras esperaba que Sofía abriera la puerta, el agente se despide y sale por el mismo pasillo oscuro hasta llegar a la calle. De camino hacia el coche, saca su móvil y llama al subinspector Román.

—Subinspector, acabo de hablar con la madre de Eva y debo decirle que ha sido una declaración mucho más fructífera de lo esperado. Me ha costado bastante porque no ha dejado de llorar y lamentarse por la muerte de su hija pero poco a poco me la he ido ganando hasta darnos una información muy valiosa —miente, o maquilla la verdad, con el único objetivo de agradar a su mando superior y seguir sumando puntos para obtener un rango mayor, el cual ha ido cuidadosa y progresivamente en ascenso desde que entró en el cuerpo muy joven, hace ya más de diez años—. En veinte minutos estoy allí, pero puede ir iniciando los trámites para la detención de nuestra principal sospechosa: Marta Torres, la actual pareja de Carlos.

Capítulo 14

Octubre de 201

Hace mucho calor y unas gotas de sudor frío brotan de cada uno de los poro de su frente. Fuera de la jaula de cristal hay oscuridad, una oscurida estremecedora, espantosa. Solo la luz azul potente y cegadora de un far ilumina su cara, como si quisiera guiarle igual que a un barco en una noch cerrada, pero solo le deslumbra y le obliga a proteger sus ojos con sus manos De repente, una voz le habla. Es una mujer. Pronuncia palabras sin sentido casi de manera robótica, que no logra entender aunque se esfuerza e descifrarla. Es en vano. Cierra los ojos y está flotando en el mar. Hay much oleaje y deja su cuerpo inerte a merced del vaivén de las olas. Ya no está l mujer, no le habla o no puede oírla. Abre los ojos y hay un hombre que s acerca. Puede ver su sonrisa. Es una sonrisa perversa, malvada. Se acerca ella cada vez más. Intenta ver su cara, pero está totalmente borrada, como s fuera de cera y con el calor se estuviera derritiendo por completo. Va a besarle ella no quiere e intenta huir, pero no puede moverse. Está enterrada en un piscina de cemento y puede sentir como está endureciendo apresuradamente dejando sus músculos completamente petrificados. Cierra los ojos, los abre unos ojos demoníacos se clavan en su mirada que vuelan a toda velocida hasta atravesarla. Cae al vacío y, de repente, despierta.

Eva llevaba varias noches sufriendo la misma pesadilla, una pesadill recurrente que se reproducía en su mente una y otra vez. Siempre era igual en el mismo orden, pero cada vez la revivía con la misma angustia de l primera vez. Despertaba agitada, con el corazón acelerado y presa de u pánico que llevaba atormentándola desde aquella maldita noche de principi de septiembre. No se lo contó a nadie, no sabía tampoco muy bien qué conta ni cómo hacerlo. Tampoco recordaba nada, solo lo que veía en aquell repetitiva pesadilla que parecía tan real y que, seguramente, lo era.

Durante esas semanas trató de hacer vida normal. Iba cada día a su empres donde, con su habitual simpatía, desempeñaba su trabajo y se relacionaba co todos con naturalidad. También quedaba con Gemma y sus amigos para salir cenar o hacer algún plan de playa en los fines de semana que todaví replicaban los días calurosos del cada vez más largo verano. Prefería esto planes a los que también le proponían de madrugada y de los que ell hábilmente sorteaba. Le aterrorizaba salir de fiesta y revivir aquella noche. N

volvió a relacionarse con ningún chico, los rechazaba directamente sin da ninguna opción a conocerlos, no como antes siempre hacía. Tampoco s esforzaba en intentarlo, necesitaba un tiempo para superar aquel trauma que s mezclaba entre lo real y lo imaginario de aquella constante pesadilla que l atormentaba. Necesitaba curarse, pero lejos de hacerlo, empeoró.

La película de terror, que desgraciadamente veía cada noche, fue en aumento incluso la revivía varias veces en una misma noche, mostrando algún pequeñ detalle adicional que todavía enfatizaba más su pánico. Cada vez se despertab peor, agotada por no descansar y pasar cada una de las noches en tensión, co un tremendo dolor de cabeza que en varias ocasiones le hizo hasta inclus vomitar. Faltó al trabajo y rememoró aquella temporada depresiva cuando s abuela se fue. Nada de esto hubiera pasado si ella estuviera aquí, seguro qu no lo habría permitido. Pensaba en ella más que nunca. Desde su ventana l buscaba mientras alternaba su mirada entre el cielo y el mar. Lloraba cada día Lloraba sola, sin compartir su dolor con nadie. El cansancio se apoderaba cad vez más de su ligero cuerpo y las migrañas y vómitos la acompañaban cad mañana con mayor frecuencia.

—No, por favor, no puede ser, por favor... —suplicó a sí misma mientra aguardaba impacientemente a que a través de aquella minúscula pantalla s revelara la suerte que el destino, con bastante crueldad, le tenía preparado. Ev estaba embarazada.

Capítulo 15

Diciembre de 201

Eran casi las ocho de una tarde fría y lluviosa en la que la gran mayoría d vecinos de Es Mercadal se refugiaban en sus casas cerca de chimeneas o d estufas eléctricas. Solo unos pocos valientes o algún perro con su am paseaban por las resbaladizas aceras. Eva aparcó su coche en un parkin cercano a la plaza del pueblo y fue caminando bajo su paraguas, atravesand el puente que cruza el cauce del torrente por el que ya bajaba gran cantidad d agua a toda velocidad, hasta llegar a la plaza y, a pocos metros, la casa de s madre.

—Mamá, soy yo —anunció a su llegada, tras abrir con la copia de llaves qu siempre llevaba en el coche, a la vez que dejaba todas sus pertenencia empapadas en el aseo de la entrada.

—Hola, cariño, ¿qué haces por aquí? Estarás congelada con el día que est haciendo. Espera que te traigo ropa seca y una toalla. ¿Te vas a quedar cenar? —preguntó con cierta extrañeza ya que, muy a su pesar, la relació entre ambas no pasaba por su mejor momento, ni mucho menos.

Desde que se divorciaron, la estructura tan consistente que formaba la famili fue cada vez tornándose más frágil. En un primer momento Carlos y Sofí decidieron, por petición de ésta, consensuar una historia casi de ficción aunque en este caso como en la mayoría de veces la realidad la superaba, qu explicara el motivo de la separación. Fue la mañana de un sábado de final d verano de 2005. Sofía acababa de volver del exilio forzoso en Madrid y ambo padres se reunieron con su hija en el salón de la casa familiar en Ferreríes.

—Eva, queremos hablar contigo y contarte algo importante —comenz Carlos, haciendo gala de su gran dominio en el cuidado de la imagen y la formas, a pesar de ser la principal víctima del suceso o, en breve, la secundari —. Tienes ya quince años. Siempre has sido la mejor hija que hayamos podid tener y queremos que sepas que para nosotros eres lo más importante d nuestras vidas —vaciló formulando frases genéricas y sin demasiad contenido, revelando el nerviosismo que sus elevadas pulsaciones marcaban.

—No os iréis a separar, ¿verdad? —interrumpió contagiada de la inquietud de padre.

—Sí, cariño. El papá y la mamá llevan un tiempo en el que no están bien Hemos pasado mucho tiempo separados por trabajo y eso ha hecho que, poco a poco, nos distanciemos también entre nosotros. Lo hemos estado hablando y creemos que será lo mejor para todos. Nada cambiará, la mamá vivirá en la casa que tenían tus abuelos en Es Mercadal y yo me quedaré aquí. No seguiremos viendo porque la mamá continuará en la empresa e incluso seguro que alguna vez comeremos todos juntos, como siempre. De momento, estará una semana o quince días, como prefieras, con cada uno —empezó a detallar lo ya pactado con anterioridad, en lo que se incluía no revelar el verdadero motivo del divorcio.

Eva comenzó a llorar desconsoladamente mientras sus padres se afanaron en abrazarla formando una piña entre los tres, la cual estaba a punto de disolverse quizás para siempre.

Pasaron las semanas y los tres lograron encontrar cierta estabilidad ayudados por la vuelta a la rutina tras el verano, pero un día cualquiera de instituto todo se torció. El rumor, que ya corría como la pólvora desde hacía días entre las aulas tras la revelación del secreto por parte del hermano menor del acto principal de la historia, llegó a los oídos de Eva. Escuchó que su madre se tiró a un chico en la playa y después en su casa, donde su marido le pilló en pleno acto. Todo bien detallado y adornado por cada una de las mentes adolescentes por donde iba viajando el suculento chisme aunque, el fondo, era el mismo.

Ella lo recibió como una puñalada en el pecho que, tras verificar la historia con sus padres y después de muchos llantos y enfados, desembocó en un mayor acercamiento hacia su padre y en el comprensible distanciamiento de su madre. Durante mucho tiempo decidió dejar de hablar con ella y quedarse a vivir con su padre, alternando alojamiento con su abuela Pilar cuando ésta viajaba constantemente fuera de la isla. A Sofía esto la terminó de hundir en una fuerte depresión tras ver como su inconsciente acto le separó de las personas que más quería. Ya no tuvo ninguna otra relación, aceptando la soledad como un castigo que consideraba merecer. Pasados los años, y conforme Eva también iba madurando, ambas se fueron acercando, pero nunca mucho más allá de una relación cordial, sin demasiadas complicidades.

Pero ahora todo había cambiado. Eva ya sentía la inseparable conexión que tiene una madre con su hija, la que notó desde el mismo día que decidió tener a la suya, a pesar de saber que era fruto de una violación y no, como siempre debiera, del amor. Aquella desgracia, después convertida en bendición, le

acercó a su madre sintiendo su dolor y sabiendo que lo mínimo que podía hacer por ella era regalarle su perdón.

—Mamá, ¿me das un abrazo? —preguntó con su mirada ya empapada de lágrimas.

Sofía corrió llorando hasta llegar a ella y la abrazó mientras repetía lo mucho que la quería. Llevaba soñando con aquel momento cada día desde que su vida se apagó.

—No quiero que nunca más me mientas, mamá. Te necesito siempre conmigo —le dijo sin poder soltarse de sus brazos.

—Jamás, mi vida, jamás. No eres consciente del regalo que me acabas de hacer. Hoy es el mejor día de mi vida —aseguraba mientras no podía parar de tocar y acariciar la cara de Eva, como cerciorándose de que era real y no uno de los tantos sueños que había tenido antes.

—Pues no es el único regalo que te traigo, parece que se te adelantan la navidades este año —bromeó a la vez que cogía su mano y la llevaba hasta su ya incipiente barriga de embarazada.

Sus ojos, incesantes de lágrimas, se abrieron hasta parecer que iban a salir disparados de sus cuencas. Una felicidad enorme apareció en un rostro al que parecía habérsele olvidado sonreír. Volvieron a brotar lágrimas, formando una miscelánea de gestos en su cara irrepetibles. La volvió a abrazar, con más cuidado ahora, y lloraron juntas, pero por fin ahora para ambas de felicidad.

Capítulo 16

El subinspector Román y el agente Rodes se suben al coche policial y partei desde la Comisaría de Ciutadella en dirección a Ferreríes.

—Espero que no nos estemos precipitando y la vayamos a liar. Esto no le va a hacer ni puta gracia a Carlos —asegura Román, sin tener todavía demasiado claro si el argumento, tan sólido que su subordinado le acaba de exponer, lo e realmente.

El agente no contesta ni rebate su opinión, simplemente guarda silencio asumiendo que es una posibilidad, pero tampoco tienen mucho más a lo que agarrarse por lo que continúa conduciendo por la carretera principal de la isla Ambos viajan pensativos mientras fijan sus miradas en unas cuantas vacas que pugnan por una pequeña parcela con sombra que un par de árboles les ofrece Llegan a la rotonda y, tras descartar el desvío hacia *Cala Galdana*, toman la salida de Ferreríes. En pocos minutos se encuentran delante de la entrada a la propiedad de Carlos Moll, la cual atraviesan hasta llegar a la altura de la puerta de la bonita casa. Román muestra sorpresa y admiración por la dimensiones del conjunto y del lujo que allí se respira, más de lo que podía imaginar, a pesar de conocer quién es el propietario.

—Buenos días, Carlos. ¿Está Marta en casa? —le pregunta Rodes con un tono lo más conciliador posible a sabiendas que la visita no va a ser de su agrado tras salir al instante éste a recibirlos al escuchar el ruido de los neumático sobre el camino de tierra.

—Claro que está. Sabía que vendríais a interrogarla a ella también, pero podrías haberlo hecho ayer cuando viniste y te ahorrabas un viaje —contesta sin demasiada cordialidad hacia el agente, mostrando que su enfado con él todavía dura desde la jornada anterior—. Pasad, podéis hablar con ella en m despacho. Solo espero que no os propaséis con inoportunas insinuaciones — mira directamente a Rodes por si todavía no se ha dado por aludido de la causa de su enfado.

—Señor, siento y comprendo su malestar, y como ya le dije en el puerto, todo lamentamos profundamente la muerte de su hija —toma el mando de la conversación el subinspector viendo que, irremediablemente, irá a peor— Como bien dice, necesitamos hablar con Marta, pero no aquí. Debe acompañarnos para prestar declaración en dependencias policiales.

—¿Qué? ¿Y en calidad de qué? —pregunta en tono imperativo.
—En calidad de sospechosa por el asesinato de su hija Eva —afirma con rotundidad, agudizando en su rostro todavía un mayor enfado, pero con ciertos tintes de inseguridad, la misma que lleva persiguiéndole desde que Rodes abandonó su casa hace menos de veinticuatro horas.
Carlos entra en casa sin invitar a que ambos policías pasen y, tras unos minutos de espera en los que ambos agentes no se dicen demasiado por si son escuchados, sale junto a su pareja, Marta, visiblemente afectada al conocer la etiqueta de sospechosa que los investigadores le acaban de colocar. La invitan a subir a la parte trasera del vehículo de la Policía Nacional, a la vez que Carlos entra corriendo en casa indicando que esperen a que salga y coja su coche para ir tras ellos. Los policías acceden, advirtiéndole que no podrá estar presente en el interrogatorio, a lo que él asume con resignación. Tras unos escasos minutos, Carlos aparece por la puerta junto a una preciosa niña que con un vestido verde y un lazo a juego que disimula una improvisada coleta sujeta su mano con fuerza y mira a los policías con miedo y tristeza, la misma mirada que predomina en sus pequeños ojos azules que no ven a su madre desde hace ya una semana.
Sale el coche policial y, tras él, el *Mercedes GLE* negro de Carlos con su nieta que, obligada por estar hoy a su cargo, debe acompañarle con el inocente propósito de ir al parque al que tanto le gusta ir en la *Plaça dels Pins*. Desde la fatal aparición del cadáver de Eva, han ido alternando el cuidado de la pequeña Valeria entre familiares y amigos, tratando de provocarle el mínimo sufrimiento al que una niña de ocho años es difícil de evitar o maquillar.
Llegan Rodes, Román y Marta a la puerta de la Comisaría mientras, Carlos y Valeria, tratan de evadirse entre un tobogán de colores por el que la niña no para de subir y bajar. Su abuelo permanece embobado con su inocente sonrisa calcada a la de su madre y que le transporta veinticinco años atrás, cuando pasaba innumerables horas junto a Eva jugando en el mismo parque.
—Adelante, Marta. No se preocupe, simplemente queremos hacerle unas preguntas. Todo esto forma parte de la investigación y debe entender que cualquier persona del entorno de Eva o que pueda darnos una información relevante para el caso, puede ser llamada a declarar. Intente tranquilizarse y contestar con el mayor detalle posible a todas las preguntas que le formulemos con sinceridad. En un momento habremos terminado —le prepara el subinspector para el interrogatorio que está a punto de comenzar una vez que

ya se encuentran en una sala pequeña, diáfana, con una mesa y un par de sillas, microfoneada y vigilada por un par de cámaras que no pretenden esconder, e incluso anuncian, su presencia.

—Vale, pero es que todavía no entiendo qué hago yo aquí. Nunca he tenido demasiada relación con Eva y poco puedo decir de ella —asegura tras sentarse en la silla que le indican sin lograr controlar los nervios que agitan incesantemente sus manos.

—Marta Torres, ¿puede decirnos que hizo usted la tarde y noche del día 23 de junio? —comienza el subinspector.

—Pues estuve en casa. Por la mañana fui a comprar al supermercado y luego ya me quedé en casa, esperando que Carlos volviera de viaje. Cuando llegó preparé la cena y estuvimos en nuestro jardín celebrando, como cada año, la noche de Sant Joan.

—¿A qué hora llegó Carlos? ¿Estaba su hijo en casa?

—Él llegó poco antes de las nueve de la noche. Me dijo que su vuelo desde Barcelona se retrasó casi dos horas. Estuve sola hasta entonces. Dejé a mi hijo en casa de un amigo por la mañana, antes de ir a comprar.

—¿No durmió en casa su hijo en una noche con tanto bullicio como la que hubo aquí en Ciutadella la noche de Sant Joan? Creo recordar que tiene apenas quince años, ¿verdad?

—Sí, acaba de cumplir quince. Y si me está también acusando de ser una madre irresponsable se equivoca de nuevo —replica mostrando un enfado que ya tapa su nerviosismo—. Es el primer año que sale a cenar con sus amigos en Sant Joan. Quedé con él que lo recogería a la una de la madrugada en la puerta del *Molí des Comte* y así fue.

—Ah, entonces salió de casa de madrugada. ¿Por qué no me lo ha contado? ¿Carlos le acompañó? —pregunta Román incorporándose sobre su silla tras detectar que, a su juicio, le está ocultando algo.

—Te lo estoy contando. Fui a recogerlo yo sola porque Carlos ya se había quedado dormido en el sofá. Pusimos una película y se durmió casi al principio, llegó muy cansado del viaje.

—Necesito que me diga, con la mayor exactitud posible, la hora en la que salió de su casa en Ferreríes, la hora en la que llegó al punto de recogida y a la que llegó de nuevo a casa.

—Salí sobre las 00:30h y llegué unos diez minutos antes de la una a la puerta del restaurante. Mi hijo no tardó en llegar y luego cogimos el mismo camino

de vuelta. Sobre la una y media estábamos ya los dos en casa.
—¿Carlos les escuchó llegar? ¿Se despertó?
—Creo que no, seguía en el sofá durmiendo y nosotros subimos a nuestra habitaciones a dormir. A la mañana siguiente, cuando desperté, lo vi allí a m lado, pero no lo escuché acostarse.
—Antes me ha dicho que no tenía una relación estrecha con Eva, ¿se llevaba mal? ¿Solían discutir? —pregunta Román mientras ahora pasea por la sala intentando estirar un poco las piernas que ya comienza a sentir algo entumecidas.
—No teníamos muy buena relación, pero supongo que es normal siendo yo la novia de su padre. Durante un tiempo intenté acercarme a ella, más por él que por ella, pero no ponía nada de su parte, más bien todo lo contrario.
—¿A qué te refieres?
—No, nada en especial. Ella no soportaba que otra mujer ocupara el hueco de su madre, supongo. Yo tampoco iba a permitir que me tratara como lo hacía cuando su padre no nos escuchaba. Ambas decidimos hacer nuestra vida sin molestarnos la una a la otra, aunque esto ella parece que no siempre lo cumplía. Yo sé que, en cuanto podía, le hablaba mal de mi a Carlos e intentaba darle motivos para separarnos.
—¿Si no fuera por ella crees que estaríais ahora casados?
—Sin ninguna duda —afirma tras sorprenderle que el subinspector conozca este hecho, el cual había sido motivo recurrente de discusión entre la pareja.
—Bien, hemos terminado. Gracias por su sinceridad y su predisposición Necesito pedirle, al igual que al resto de familiares e investigados, que no abandone la isla y esté localizable.
El subinspector abandona la sala acompañando a su interrogada y, por el camino, cruza su mirada con el agente Rodes que lleva toda la entrevista sentado en una esquina de la sala escuchando atentamente el interrogatorio.
Marta sale de la Comisaría y camina por el *Passeig de Sant Nicolau* hasta llegar a la *Plaça dels Pins*, donde sabe que Carlos le espera.
—Por fin, ¿cómo ha ido? —pregunta Carlos tras acercarse a ella al verla venir a la vez que vigila a Valeria que sigue jugando en el parque.
—Bueno, bien. Creo que lo he hecho bien. Les he contado todo tal cual me dijiste.
—Bien, Marta, bien hecho. Anda, vámonos a casa que estoy muerto de hambre.

Capítulo 17

Enero de 201

Comenzó un nuevo año en el que Eva tenía depositada mucha ilusión, quizá tan solo por el hecho de dejar por fin atrás el 2015 por el que había pasado po tantos traumas. Sentía un agotamiento profundo, como si en ese año hubier vivido muchos años más, encajando tremendos golpes a cada cual más duro pero que de uno de ellos había brotado una pequeña flor en el desierto. N tenía planificado ser madre a los veinticinco, pero quien sabe si por obra de destino o por equilibrar fortunas, recibió su embarazo como una gran alegrí que consiguió tapar, o al menos aliviar, todas las desgracias previas.

Era una fría tarde de después de navidades cuando Eva por fin logró queda con Gemma, que llevaba casi todas las fiestas en Barcelona como hacía cad año para celebrar con su familia la Navidad. Ella llegó a Ciutadella cuando er prácticamente un bebé. Sus padres, ambos catalanes, vivieron toda la vida e la ciudad condal donde él ejerció como farmacéutico adjunto en una rebotic en el barrio de *Les Corts* durante casi quince años. Su madre, odontóloga trabajó en diferentes clínicas de la ciudad e incluso impartió alguna clase en l Universidad. Ambos viajaban mucho a Menorca de vacaciones y, en algun ocasión, fantasearon con ir a vivir allí. Fue en uno de estos viajes estivale cuando, por casualidad o destino, descubrieron que se traspasaba una farmaci en Ciutadella por jubilación del titular a un precio bastante tentador. Pasaro la semana entre despachos en lugar de entre sombrillas, con el vértigo d tomar o no una decisión de tal calibre. A ambos les entusiasmaba la idea por l que, tras un par de meses, aceptaron el reto y se trasladaron a vivir allí junto la pequeña Gemma.

Eva vivió hasta los diez años en Ciutadella donde coincidieron en la mism clase desde infantil y ya se convirtieron en amigas inseparables. Tanto fue as que, incluso cuando los Moll se mudaron a Ferreríes, ella continuó en e colegio e instituto de Ciutadella donde estaban todos sus amigos, muy a pesa de sus padres.

—¿Qué es lo que me tenías que contar? Me tienes dos semanas en vilo y n me has dado ninguna pista —saludó con una pregunta al encontrarse amba bajo el reloj blanco retroiluminado y coronado por cinco farolillos qu bañaban con una acogedora luz cálida la *Plaça d'Alfons III.*

—¿Solo quieres verme para eso? ¡Feliz año guapa! —la abrazó escondiendo su ya notable embarazo bajo un plumífero amarillo—. Vamos al *Herbera* a merendar algo calentito y te lo cuento.

Caminaron los escasos cincuenta metros que separaban la plaza de la puerta del obrador, la cual abrieron dejando que un delicioso aroma a bollería recién horneada golpeara sus caras, avivando todavía más sus golosas gulas. Tomaron asiento en una de las mesitas y, al poco tiempo, una ensaimada y un par de croissants acompañaron sendos cafés con leche.

—¿Y bien? —insistió Gemma, haciendo saber que ni mucho menos había perdido interés en conocer la historia.

—Vale, voy. ¿Estás preparada? —vaciló tras sentir como los nervios se apoderaban de ella, viéndose incapaz de continuar hablando mientras miraba su café y lo removía constantemente con una cucharilla hasta que, casi sin darse cuenta, comenzó a llorar.

—Eva... ¿Qué pasa? Sabes de sobra que puedes confiar en mi, sea lo que sea —se levantó para abrazarla mientras ésta permanecía sentada.

—Estoy embarazada —acertó a pronunciar, sin rodeos.

—¿Cómo? ¿De quién? Bueno... ¿qué más da? —se preguntaba y contestaba ella misma, presa de la gran sorpresa que acababa de recibir y que en ningún caso esperaba—. ¡Me alegro muchísimo! Tú estás bien, ¿verdad? Cuenta cuenta, corre, va, va —se inquietaba, haciéndola reír entre lágrimas.

—Sí, sí, yo estoy genial. No sé ni por qué lloro, supongo que una mezcla de hormonas revueltas y felicidad, pero sí, estoy muy feliz. También me hacía mucha ilusión contártelo —confesó devolviéndole el abrazo—. Verás, fue con un chico de fuera. Lo conocí en el *Jazzbah* y al día siguiente estuvo en mi casa. Usamos protección como siempre, pero parece que empezamos a usarla un poco tarde y aquí está el regalo. Él, al parecer, está casado y tiene un hijo por lo que no quiere saber nada e intenta autoconvencerse de que no es suyo, bueno, suya.

—¿Una niña? ¡Qué ilusión! —contestó, como si toda la historia de ficción que acababa de escuchar le importara más bien poco—. Y déjame adivinar, ¿se llamará Gemma?

—No... —sonrió— Se llama Valeria, Gemma solo hay una.

—Me encanta y, por lo del padre, ni falta que le hace. Con su preciosa mami y con su tía preferida, que por supuesto soy yo, ya tiene suficiente —aseguró sin parar de darle besos y colocando su silla definitivamente a su lado.

Pasaron la tarde allí sentadas, impregnándose del exquisito perfume que e horno emanaba sin pausa, hablando incansablemente entre cómplices risas y visualizando como serían sus vidas desde el momento en el que Valeri aterrizara en ellas.

Capítulo 18

Junio de 201

No le gustaba la noche, odiaba la oscuridad. Hacía casi un año que vivió la peor experiencia de su vida de la que estaba convencida que, por suerte, no recordaba nada. Solo aquella pesadilla que continuaba atormentándola, noche tras noche. Fueron tantas veces en las que volvía a ella que, en alguna ocasiones, fue capaz de ser consciente de estar soñando y, entonces, aunaba todos sus esfuerzos en visualizar nuevos detalles que le revelaran más información sobre aquella fatídica noche. No lo consiguió, salvo alguna imágenes sin importancia o sin sentido que pasaban por su mente como recuerdos aleatorios de incluso otros días. A pesar de estos momentos de consciencia, siempre se despertaba aterrada tras sentir como aquellos ojos demoníacos la atravesaban y la empujaban hacia el abismo. Intentó pasar página y olvidar lo sucedido para centrarse en su hija que estaba a punto de nacer, pero su propio embarazo ejercía de contador de semanas que coincidían plenamente con el día de la deleznable agresión.

Fue un miércoles que, tras ir un rato a su empresa para cerrar unos asuntos pendientes, comió en casa de su padre. Solía hacerlo en la suya propia, pero empujada por su enésima invitación rechazada y coincidiendo con que la faena se había demorado más de la cuenta, cambió de planes. Estaban disfrutando de un jugoso rodaballo a la brasa en el porche, donde siempre corría una agradable brisa que mecía las hojas de los olivos del jardín, cuando Eva sintió que algo no iba bien. Notó cómo se mojaban sus piernas de un líquido pálido que, tras levantarse para comprobar qué estaba pasando comenzó a fluir con mayor intensidad.

—Papá, nos vamos al hospital. Creo que ya está aquí —le avisó mientras él apuraba su copa de vino blanco.

—¿De verdad? ¡Voy corriendo a cambiarme y a coger las llaves de mi coche —entró disparado en casa mostrando el nerviosismo propio de un abuelo primerizo, casi mayor que el de la madre, también primeriza.

Eva sacó de su maletero una bolsa que en el último mes siempre le acompañaba y que, ahora por fin, iba a servirle de gran utilidad. Subieron en el *BMW X6* azul de Carlos y salieron de la casa para coger la *Me-1* dirección a Mahón. De camino, Eva llamó a su madre para avisarle de que el momento

había llegado y que acudiera al hospital de Mahón para encontrarse con ellos
Ésta acogió la noticia con gran alegría y, seguramente, con mayor tranquilida
por su condición de experimentada madre.
—Ya estamos otra vez los dos aquí —dijo Carlos al ver el edificio y recorda
el mal momento por el que pasaron ambos allí, hace poco más de un año.
Eva no contestó. Se esforzaba por respirar profundo tal cual había visto e
tantas películas, pero de las que ahora no se sentía capaz de protagonizar
Entraron por la puerta de urgencias y, mientras Carlos sujetaba con un brazo
su hija y con el otro portaba la maleta que ella le pidió coger, solicitó al prime
sanitario que se encontró que la atendieran. La ayudaron a sentarse en una sill
de la sala de espera y, a los pocos minutos, llegó un celador con una silla d
ruedas para llevársela dentro. Eva cruzó por varios pasillos, muerta de miedo
con el pensamiento continuo de que ya era la hora de ese momento que tanta
veces había imaginado y que ahora le parecía que estaba pasando a un
velocidad de vértigo, como si no fuera real. Sentía cada vez má
contracciones, de las cuales ella se encargaba de informar a todo aquel qu
veía con bata blanca.
—Relájate, Eva, esto no es algo inmediato. Ahora te ayudaremos a tumbarte
te quedarás en una habitación donde estaremos todos a tu lado durante todo e
tiempo que haga falta —le dijo la matrona con una tranquilizadora voz que, e
parte, logró su objetivo—. Debes decirnos si quieres que una persona de t
entorno te acompañe.
—Avisad a mi madre, por favor —contestó después de valorar, tras uno
segundos, entre sus dos opciones.
Sofía entró llorando a la sala donde se encontraba su hija, de hecho, llevab
haciéndolo desde que una enfermera fue a buscarla para darle la noticia. Sinti
el gran amor que Eva le tenía, del cual dudó si había perdido desde que s
maldita historia infiel salió a la luz. La abrazó, casi tumbándose en la mism
cama que ella, y agarró su mano que ya no soltó en todas las interminable
horas que duró el parto.
Por fin el bebé asomó su diminuta cabeza entre fuertes gritos de la exhaust
madre, que sudaba y apretaba constantemente sin ya saber muy bien cómo n
por dónde. Eva siguió, respirando y empujando, como ella misma se repetí
mientras cerraba sus ojos en busca de mayor concentración.
—Ya está, cariño —escuchó aquella frase de su madre que llegó a sus oído
como una bendición. Abrió los ojos y rompió a llorar cuando, por fin, sintió

su preciosa niña sobre su pecho.
—Valeria, mi amor, ya estás con mamá.

Capítulo 19

Pasó un par de noches ingresada en el *Hospital General Mateu Orfila* hasta que recibió el alta y pudo volver a casa con su bebé. Llevaba solo unos días en el hospital, pero al regresar y cruzar la puerta de madera con su hija en brazos la encontró totalmente diferente. Estaba distinta a como la dejó, como si quisiera mostrar a la nueva inquilina la mejor de sus caras. Las paredes blancas del recibidor lucían con gran esplendor, reflejando toda la luz que les golpeaba directamente desde los grandes ventanales que acompañaban la escalera. Eva dejó su maleta al lado de un mueble con un espejo en el que, por primera vez, aparecían madre e hija retratadas. Se paró un rato a disfrutar de la mágica estampa con una sonrisa que rebosaba felicidad y orgullo por todas partes.

—Valeria, cariño, ya estamos en casa. Es toda para nosotras. ¡Mira qué bonita es! —le hablaba dando pequeños toquecitos a su diminuta nariz, a la vez que le iba enseñando cada una de las estancias y la asomaba por las ventanas del salón desde donde podía ver el mar y a gran cantidad de turistas disfrutando de un soleado día en la *Cala Morell*—. Todavía me falta por enseñarte la parte más chula, te va a encantar —aseguró mientras la portaba en brazos y subía al piso más alto donde se encontraban las habitaciones y, en concreto, la nueva habitación del bebé, perfectamente acondicionada para su llegada.

Abrió la puerta, en la que se podía leer su nombre en unas letras turquesas, y entró con la emoción de la primera vez que lo hacía junto a ella. El techo de madera blanco, a más de tres metros de altura, le confería un gran espacio diáfano a la estancia, inundado por abundante luz natural que entraba por una gran ventana desde la que se intuía el mar a través de una suave y ligera cortina gris. En uno de los lados, un armario de doble puerta blanco con tiradores en forma de estrella formaba pareja con una cómoda del mismo diseño que descansaban sobre el suelo de madera gris ceniza. Al otro lado de la ventana, una cuna lacada en blanco con barrotes del mismo color configuraban su primera cama, la cual ya estaba totalmente vestida y preparada para arropar a la pequeña Valeria. Un sillón mecedora verde de madera abedul, una lámpara de pie a su lado y una alfombra circular en tonos claros acorde a todo el conjunto, completaban la decoración principal. Eva sentía una enorme serenidad y calma cada vez que entraba allí desde que la

fue decorando desde hacía un par de meses atrás, incluso ya había dormido en la mecedora en las últimas semanas del embarazo soñando como sería el momento en el que ahora mismo se encontraba.

La niña se había quedado totalmente dormida en sus brazos mientras la manejaba con gran soltura, como si lo hubiera hecho toda la vida, en su primer recorrido por su nueva casa. Eva, con sumo cuidado, la colocó en su cuna y se sentó allí al lado para observarla con detenimiento. Sintió pequeños pinchazos y bastante fatiga, recordándole que no hacía mucho que acababa de dar a luz y su cuerpo también pedía un merecido descanso. La observó entre el silencio casi total que únicamente rompía el sonido del viento que golpeaba fuerte contra las ventanas y agitaba las persianas de madera verde. Cerró los ojos y pensó en todo, incluso casi de manera abstracta y filosófica. Se sintió muy culpable por haber castigado durante tanto tiempo a su madre por su aventura extramarital. Podía sentir su dolor y su pena, ahora más que nunca. Se prometió que nunca mentiría a su hija, pero ello conllevaba revelar el secreto de su mayor desgracia aunque, paradójicamente, le otorgó el mejor regalo de su vida. Lo había pensado ya muchas veces, si llegado el momento debería contarle por qué no había conocido a su padre o si debería mantener la versión oficial que todos conocían y de la que nadie parecía dudar. Abrió los ojos y la volvió a mirar. Sintió que ya la estaba engañando en sus apenas tres días de vida y comenzó a llorar. Dudó si sería capaz de soportar toda su vida un secreto tan pesado y oscuro, incluso cada vez que la niña buscara respuesta sobre su padre. Se apoyó sobre la cuna y acarició su cara sintiendo su templada piel, ahora más suave y blanca que en el hospital. Sintió amor mucho amor. Con sus manos secó sus lágrimas que le impedían verla con total nitidez. Sonrió mientras la admiraba con detalle. Valeria dormía. Su mente todavía no era capaz de elaborar los complejos pensamientos que en tantas ocasiones atormentan a los adultos y que les priva de disfrutar de las cosas verdaderamente importantes. Era su suerte y quizás también su salvación, pero esto no duraría eternamente ya que, tarde o temprano, las dudas inundarían su curioso cerebro de preguntas sin respuesta o, quién sabe si alguna vez obtendría alguna de ellas condenándole, al igual que a su madre, a la incertidumbre y al odio eterno hacia una persona a la que no conocen, o quizá sí.

Capítulo 20

—Subinspector, ¿le pido lo de siempre? —pregunta el agente Rodes a su superior que ya se ha sentado en la terraza en una de las sillas de madera con tela verde y con unas letras mayúsculas blancas donde se puede leer el nombre de la cafetería: *Tritón*.

—Nicolás, yo creo que ya puedes tutearme después de una semana en la que he pasado más tiempo contigo que con mi mujer. Y lo que nos queda —bromea y se frota los ojos tratando de recobrar la energía que le caracteriza y que a estas horas de la mañana todavía no parece tener—. Pídeme el bocata de sobrasada y un café con leche bien cargado, que todavía tenemos mucha horas por delante.

Román hace un repaso en su móvil de los mensajes y correos pendientes que todavía no ha podido leer. Es lunes, pero ninguno de ellos ha tenido un día de descanso desde que saltó por los aires la tranquilidad que suele predominar en su Comisaría y, en general, en toda la isla desde que apareció el cuerpo de Eva hace justo una semana.

—Me encanta este puerto. Cuando me jubile me voy a comprar un velero de estos, pero que esté cerca del *Tritón* para poder subirme mi bocata de sobrasada a bordo —fantasea Román a la vez que da pequeños sorbos a su café que, a juzgar por su color marrón oscuro, está bastante fuerte como solicitaba.

—A mi me quedan muchos años todavía para pensar en jubilaciones, aunque tampoco creo que pueda permitirme uno de estos. Además, me da pánico el mar.

—¿En serio? Llevas aquí desde que eras un crío, ¿verdad?

—Claro, nací aquí. Vivo en una isla y me da pánico el mar, así es —sonríe mostrando unos dientes blancos bastante cuidados—. Me encanta Menorca, no cambio vivir aquí por nada del mundo, pero en tierra. Voy a la playa, pero me baño siempre donde haga pie. Mi padre dice que de pequeño me caí de un barco cuando íbamos navegando cerca de *Turqueta* y que, desde entonces lloraba cada vez que me metían al mar.

—No podré entonces invitarte a dar un paseo en mi velero, aunque bueno de aquí a entonces igual has superado tu trauma —ambos sonríen—. Bueno vamos al lío. ¿Qué tenemos hasta ahora? —aparta su plato con algún descarte

de pan y restos de migas y apoya el cuaderno que siempre lleva a todas parte —. La primera línea de investigación es la de Marta. ¿Qué sensación te dio ayer?

—Creo que tenemos claro que tuvo tiempo de cometer el crimen y que también existe un móvil bastante sólido —afirma Rodes—. No tiene coartada y parecía que nos ocultaba cosas.

—Ya, a mi tampoco me dio muy buena espina. Quiero que busques su coche en alguna cámara que le pueda haber cazado en el recorrido que hizo esa noche, tanto a la ida como a la vuelta. Quiero ver si las horas coinciden con lo que nos dijo y si viajaba sola antes de recoger a su hijo. Voy a solicitar al juez el permiso para pinchar su teléfono, creo que tenemos indicios lo suficientemente sólidos como para hacerlo —anota a gran velocidad todas las directrices en su cuaderno, dejando patente que la alta dosis de cafeína ya corre por sus venas—. Segundo, los colombianos. ¿Qué tenemos?

—Ya tengo el listado de todos los que han volado a la isla con nacionalidad colombiana durante todo el mes de junio. Apenas hay una docena de personas en las que coincida que llegaran a Menorca el mes pasado y salieran pocos días después del asesinato. Estuve repasando los nombres y ninguno de ellos responde con un perfil sospechoso, son todo familias sin antecedentes importantes. Además, Sofía prácticamente lo descartó. Me dijo que allí no sabían ni que Carlos tenía familia.

—Bueno, pudieron averiguarlo. Quiero ver las amenazas que han recibido durante todo este tiempo. Tampoco podemos descartarlos, pero me temo que es la línea de investigación más compleja de todas y en la que dudo que no autoricen a utilizar todos los recursos necesarios. Según nos han confirmado los forenses, Eva murió del impacto contundente que recibió en la base del cráneo. No parece demasiado profesional para un asesino a sueldo. ¿Qué más? ¿El ex?

—Sí, Matías. Es una persona muy agresiva y en varias ocasiones se lo han llevado detenido nuestros compañeros de Mahón por altercados en discotecas fundamentalmente. Eva nunca lo denunció, pero a mi ella me contó en más de una ocasión que todavía seguía molestándola. Alguna vez se la ha montado por aquí por el puerto si se la ha encontrado hablando con algún chico.

—¿Has hablado ya con él?

—Negativo. He ido un par de veces a buscarlo al puerto de Mahón, pero siempre lo he pillado navegando —asegura Rodes.

—Pues necesitamos localizarlo ya. Quiero saber donde estaba la noche de lo hechos. No le llames, ves directamente a hablar con él. Muchas veces su primera reacción dice muchas más cosas que sus propias palabras.
—Así lo haré. Esta misma tarde voy y, si no está, me esperaré en el muell hasta que regrese.
—Perfecto. Un ex celoso y encima agresivo, la tormenta perfecta.
—Román, hay gente que comenta que pudo ser un suicidio y que se golpear en alguna roca al caer al mar. ¿Y si estamos perdiendo el tiempo buscand culpables?
—¿Suicidarse siendo la más rica de la isla y con una niña de ocho años a su cargo? Lo dudo mucho. Dejaremos esa opción como la última hasta agota todas las líneas de investigación que tenemos en marcha. Bueno, de momento ya está todo, ¿verdad? —pregunta levantándose de la silla de la terraza del ba que ya se ha llenado, sobre todo de turistas que quieren desayunar disfrutand de las vistas.
—Hay alguien que creo que puede ser importante y con el que todavía n hemos hablado —sugiere mientras sigue sus pasos y caminan juntos por e paseo de piedras planas que separa la carretera de los barcos amarrados a puerto.
—¿Quién? —pregunta sorprendido.
—Ulises Vila, el novio de Eva.

Capítulo 21

Julio 201

Todavía faltaban un par de horas para el amanecer, pero el barco pesquero ya llevaba a sus tripulantes, perfectamente equipados con sus prenda impermeables color mostaza y una buena dosis de café, en sus puesto preparados para una nueva jornada de trabajo. En la embarcación, una *Beneteau* de unos ocho metros de eslora y con una pequeña grúa con red en la popa, siempre viajaban Arnau, su hermano Francesc y, desde hacía tres años y con los dieciocho recién cumplidos, su hijo Ulises. Arnau era el dueño de la embarcación y el que mejor conocía, tras décadas en el oficio, los mejore lugares de pesca. Su piel prácticamente había mutado y engrosado hasta adaptarse al entorno tan hostil en el que se manejaba cada día, desde el ma entre cabos y poleas oxidadas hasta posteriormente en la pescadería con el frío y la humedad constante de las cajas llenas de género con hielo. Él se esforzó durante mucho tiempo en convencer a su hijo Ulises de que no siguiera su pasos, pero cada vez le recordaba más a él cuando tenía su edad y, en cierta medida, sentía orgullo aunque no se lo mostrara.

Ulises, desde bien pequeño, pasó innumerables tardes en la pescadería familia jugando por cada uno de los rincones del mercado de Ciutadella mientras su padres y su tío se turnaban para hacerle compañía. Su madre, Eugenia, era la encargada de colocar el género de la forma más apetecible posible en e mostrador. También se encargaba de su venta y de la importante labor de cas relaciones públicas entre todos los recurrentes clientes que la visitaban cada semana. En eso era la mejor, formando el perfecto tándem junto a su marido lo que les llevó a ser uno de los negocios más rentables y concurridos de mercado.

Ulises tenía lo mejor de cada uno de sus padres. Era capaz de completar una dura jornada de pesca satisfactoriamente y luego se mostraba como un gran vendedor, tanto en el trato directo con los clientes como en la visión empresarial del negocio. No tardó demasiado en encontrar nuevas vías y oportunidades que aumentaran la facturación de la empresa. Al poco tiempo de dedicarse al negocio familiar, creó una web muy sencilla desde donde cualquier particular o restaurante de la isla pudiera hacerle pedidos a domicilio

del mismo género que ya vendían en la pescadería física. En pocos meses, cas duplicó las ventas y la marca Vila fue aumentando su prestigio cada vez más.
Eugenia siempre presumía de su niño a todas las mujeres que casi cada día d mercado acudían a charlar con ella mientras hacían la compra. Pero n siempre fue así. Hubo una época adolescente donde el insomnio se apoderab de las noches y los episodios negativos de su hijo acumulaban preocupacione en su cabeza.
Desde bien pequeño mostró su falta de interés por todo lo relacionado con e colegio o, más bien, con todo aquello que implicara realizar esfuerzos e tareas que, a su modo de ver, no iban a servirle para nada en la vida. Repiti un curso y contaba los días para poder abandonar el instituto legalmente. S padre intentó convencerle muchas veces de lo importante que era estudiar par tener un futuro, pero tampoco eran el mejor ejemplo porque ambo progenitores tenían una formación elemental y, a pesar de ello, disfrutaban d una vida acomodada aunque no exenta de gran sacrificio.
En el instituto, Ulises fue acercándose cada vez más a los círculos en los qu se sentía más identificado o, más bien, se alejaron de él los que vieron que n empezaba a ser buena influencia. Empezó a coquetear con el tabaco y e alcohol desde los catorce años, al igual que hacía el resto de sus amigos. Poc después ya fumaba marihuana. Sus padres no tardaron en descubrirlo y fuero muchas las charlas y reprimendas que recibió, pero todas en vano. Com castigo le suprimieron la paga semanal que tenía asignada y, desde es instante, comenzó a desarrollar su visión empresarial y su afán por hace dinero. Se dio cuenta que había algo mucho mejor y, sobretodo, más rentabl que pasar las tardes fumando porros con sus amigos en cualquier parqu escondido de la ciudad: ser quien los vendiera.
Consiguió el contacto de la persona que les solía suministrar a ellos y posteriormente, de quien se la vendía a éste. Poco a poco terminó por ganars la confianza de toda esta red local de traficantes de poca monta y pasó formar parte de la cadena. Era tan fácil como mover pequeñas cantidades entr sus propios amigos y obtener un rápido beneficio sin apenas esfuerzo. Cad vez recibía más llamadas de conocidos o amigos de sus amigos que querían hacer uso de sus servicios, por lo que fue aumentando el número de ventas y por tanto, sus ingresos. De una manera sencilla fue llenando sobres de billete de cinco y diez euros que escondía en el conducto de ventilación de s

habitación. Todo funcionaba a la perfección hasta que un día un golpe de realidad, o más bien de autoridad, mandó todo al traste.

Era una tarde de febrero de 2011 cuando, con dieciséis años recién cumplidos lo pararon en un control rutinario de la Policía Nacional en el polígono industrial de Ciutadella. Iba en su moto, una *Yamaha Aerox* azul y negra de 49cc, con un casco con la visera oscura y bien abrigado con un plumas guantes y bufanda.

—Buenas tardes, caballero, ¿me permite su documentación y los papeles de la moto? —indicó un joven agente de la Nacional.

—Claro, no hay problema, aquí los tiene —los entregó tras buscar su cartera con nerviosismo en un bolsillo interior de su chaqueta.

—Le noto algo agitado, ¿está usted bien? —preguntó mientras alternaba su mirada entre los papeles y el joven.

—Sí, agente, es la primera vez que me paran desde que tengo la moto y me he puesto un poco nervioso —mintió sin demasiada seguridad y con un temblo en las manos que le delataba.

—Voy a proceder a cachearle, ¿tiene algo que pueda comprometerle? —preguntó colocándose unos guantes negros que sacó del bolsillo de su uniforme.

—No, nada. Tengo algo de prisa porque iba a hacer un recado urgente a mi padres, pero adelante —intentó a la desesperada un farol que desgraciadamente para él, no funcionó.

El agente procedió al registro y no tardó en encontrar una bolsa de plástico de supermercado escondida en uno de los bolsillos de su chaqueta. Dentro, uno cuantos gramos de marihuana preparados para la ya truncada venta a varios de sus clientes. Ulises alegó que era para su propio consumo, pero nadie de lo allí presentes le creyó por la manera minuciosa en los que estaban repartidos y empaquetados en pequeñas dosis.

—Le vamos a tener que llevar a Comisaría para prestarle declaración y presentarle la correspondiente denuncia. Deje la moto estacionada y acompáñeme al coche, yo mismo le llevaré —hizo lo propio el policía y de camino llamó por su radio a la Central—. Aquí el agente Rodes, vamos con un menor detenido con posesión de sustancias ilegales y posible delito contra la Salud Pública.

—Recibido, quedamos a la espera —devolvió la radio.

Capítulo 22

Abril *201*

—Vamos, hijo, ya tienes el pedido de *Smoix* preparado para entregar —indicó Arnau mientras apilaba y aseguraba con una cuerda varias cajas de corcho blanco con las letras azules donde se podía leer su apellido en mitad de un círculo formado por las palabras '*Marisc i Peix'*.

—Perfecto, estoy de vuelta en menos de diez minutos. Prepárame el siguiente —afirmó con gran energía, sin reparar en las horas que acumulaba desde que comenzó la jornada al alba.

Cargó el género en una carretilla, con un buen puñado de kilómetros en sus pequeñas pero resistentes ruedas, y salió del almacén que tenían en la misma plaza del mercado. Caminó a paso ligero por el *Carrer Sant Onofre*, giró a la izquierda por la *Avinguda de Jaume I* y, en unos pocos metros, llegó al restaurante *Smoix*.

—Adelante, Ulises. ¿Te acordaste de las tres cajas extra de cigala? —preguntó Miquel, el chef, acompañándole desde la recepción donde una pared repleta de botellas de vino anunciaba al comensal la calidad del restaurante— No hay cigala como la vuestra y no hay mejor chef que les dé más cariño que yo ¿verdad? —sonrió.

—Tienes toda la razón, a ver si me das la receta de los raviolis o, mejor aún me invitas a comer.

—Eso está hecho. Tú pones la cigala y yo me encargo del resto, ¿te parece? —ofreció a la vez que descargaban la última caja sobre una encimera de acero.

Ulises aceptó la propuesta y se despidió del chef con calidez y celeridad para regresar a por el siguiente encargo. Salió por la puerta y, tras cruzar al otro lado de la avenida con la misma o mayor velocidad con la que había pasado hacía escasos cinco minutos, notó una mano sobre su hombro que le obligó a detener su marcha.

—¿Qué tal, Ulises? ¿Dónde vas con tanta prisa? Espero que no andes metido en alguno de tus turbios negocios —escuchó de una voz masculina que, muy a su pesar, le resultaba familiar.

—Nicolás, te he dicho mil veces que me dejes en paz. Estoy trabajando, ¿por qué no haces tú lo mismo? —contestó muy molesto por una situación que se llevaba años repitiendo desde su complicado pasado.

—Pensé que te alegrarías de verme. No olvides que debes hablarme con respeto. A la mínima que líes te vas para dentro.
—Sé que te encantaría ser tú quien lo hiciera, pero mucho me temo que te va a quedar con las ganas —replicó en un tono desafiante sin dejar de mirarle a los ojos a poca distancia, aprovechando la altura pareja de ambos.
—Ten cuidado, Ulises, sabes que siempre te estaré vigilando —susurró su amenaza al oído para que su compañera de patrulla no le escuchara.
—Déjame en paz.
Volvió a coger su carretilla y continuó su marcha. Sentía como palpitaba su corazón con gran virulencia y una buena dosis de adrenalina circulaba por sus venas. Le hubiera encantado destrozarle la cara allí mismo, delante de todos. Sabía de sobra que le bastaba con uno de sus fuertes brazos para tumbarlo de un solo golpe, pero tocaba respirar profundo y huir. Las consecuencias de un acto así serían terribles. Ambos lo sabían y, seguramente por eso, siempre lo provocaba tratando de encontrar el lado salvaje que sabía que tenía.
Ulises y Nicolás se conocieron, de manera accidental, aquella tarde de registro en 2011. De camino a la Comisaría, el adolescente Ulises, muerto de miedo, lloraba sin parar mientras le suplicaba que no le contaran nada a sus padres y que no lo volvería a hacer más. En aquel momento, un poco empático agente Nicolás Rodes y con muchas ganas de demostrar a sus superiores su valía, lejos de tranquilizar al niño que llevaba detenido se dedicó a atormentarlo con un futuro oscuro que le iba a deparar tras los delitos que había cometido. Tampoco tardó en avisar a sus padres en cuanto ambos pisaron la Comisaría, donde no escatimó en enfatizar la gravedad de la situación.
Aquel día fue el principio de un trauma que quedó grabado en su mente adolescente para siempre y, tras una sentencia bastante benévola para el infractor por la pequeña cantidad incautada y su condición de menor de edad, Ulises aprendió la lección y huyó de las drogas. Las odiaba y le repugnaba todo aquel que viera consumiendo. Odiaba también a aquel policía que, a su juicio, había utilizado su condición para machacarle de la forma más cruel posible. Lo miraba con aversión cada vez que lo veía por cualquier calle de Ciutadella. El odio, como tantas otras veces, venía acompañado de necesidad de venganza y, poco tiempo después, encontró la ocasión perfecta.
Estaba anocheciendo en una templada tarde de Semana Santa del 2012 cuando Ulises estaba junto a su grupo de amigos charlando en las escaleras del *Bastio*

de sa Font, un enorme baluarte perteneciente al conjunto amurallado de la ciudad. Tomaban algún refresco y mascaban pipas con voracidad. De repente y sin darse apenas cuenta, otro grupo de jóvenes irrumpió en la plaza por el *Carrer de sa Muradeta* desde donde ellos no podían verlos. Uno de ellos se adelantó al grupo y se abalanzó sobre uno de los amigos de Ulises propinándole un puñetazo en la cara sin mediar palabra. Todos se levantaron de golpe y acudieron a defenderle mientras el agresor le gritaba, entre insultos y amenazas, acusaciones sobre un encuentro carnal con su novia. Las palabras continuaron subiendo de tono y, en un instante, aquello se convirtió en una batalla campal entre ambos grupos. Ulises, junto a alguno más, trató de separarlos y calmar los ánimos, pero sin ningún éxito.

Una sirena de policía no tardó en escucharse cerca de allí, avisados por los vecinos y transeúntes de la zona. Seis agentes de la Policía Nacional entraron en escena para tratar de disolver un conflicto que parecía estar muy lejos todavía de resolverse. Los jóvenes, obnubilados por la ira, ignoraron por completo la presencia policial y continuaron con su particular reyerta. Uno de los policías reconoció a uno de los chicos y fue directo a por él pensando que era el origen del problema. Trató de golpearle en un costado con su porra para reducirlo, pero con tal mala suerte que el chico se giró al sentir su presencia y le dio directamente en la nariz, fracturándola de inmediato.

—Pero... ¡qué haces, animal! —exclamó uno de los policías desplazado hasta el lugar llevándose las manos a la cabeza.

El chico se quedó tumbado en el suelo, tapando con sus manos su rostro totalmente cubierto de sangre y gritando del tremendo dolor. Sus amigos e incluso sus hasta ahora enemigos, acudieron de inmediato hasta su posición para tratar de socorrerle.

—Ulises, déjame ver que tienes, tío. ¡Llamad a una ambulancia! ¡Rápido! ¿Qué coño te pasa a ti? Él no estaba haciendo nada.

Al cabo de unos diez minutos, acudió la ambulancia para certificar la fractura total del tabique nasal y trasladarlo de urgencia al Hospital de Mahón. Cuatro policías siguieron allí mientras que el causante de tal agresión y otro de ellos abandonaron el lugar antes de llegar la asistencia sanitaria.

—Esto no va a quedar así. Quiero saber su número de identificación porque lo vamos a denunciar —dijo uno de los mejores amigos de Ulises al ver como los sanitarios lo subían a una camilla totalmente manchada de sangre, la cual no

dejaba de brotar y dejaba un espeluznante reguero rojo intenso desde el luga del golpe.
—Yo sé quién ha sido. El hijo de puta de Nicolás Rodes, otra vez él —asegur Ulises con una fatigada voz que no paraba de escupir sangre entre el puñad de gasas que cubrían casi su rostro por completo, pero que todos los all presentes entendieron a la perfección.
Desde el mismo Hospital y tras una complicada cirugía, Ulises interpuso un denuncia sobre su agresor. Tenía mucho dolor y apenas podía respirar n comer, pero su mente estaba intacta y sentía que el destino le había servido s venganza, con la que tantas veces había soñado, en bandeja de plata. Rodes asesorado por sus superiores, se declaró culpable de un abuso de la autorida por el exceso de fuerza con el que actuó y que derivó en lesiones grave aunque siempre defendió que fue de manera accidental. Lo apartaron de Cuerpo por un período de quince meses sin sueldo, más la correspondient indemnización económica a la víctima. Esto lo marcó de por vida y probablemente, limitaría sus aspiraciones de tener algún día un puesto d mando con el que llevaba soñando desde niño.
Pasó cada uno de los días de su condena maldiciendo sobre aquel jove delincuente que había truncado su vida. Contaba cuánto le faltaba para volve a recuperar su uniforme y, con ello, la autoridad que ahora le faltaba. Durant este tiempo descuidó su dieta y dejó de hacer ejercicio. Pasó largas hora matando su ansiedad pegando tiros en un juego de la *Playstation* dond visualizaba a Ulises en cada uno de los soldados que abatía. Lo fu convirtiendo en algo personal y se sentía totalmente decidido a ir a por él e cuanto regresara a la Policía Nacional. Le daba igual lo que hiciera, sabía qu era un delincuente y que en cualquier momento volvería a delinquir y, cuand eso pasara, allí estaría él para hacer justicia, sobre todo consigo mismo.
—Menos mal que iban a ser solo diez minutos, Ulises.
—Ya, papá, me han entretenido a la vuelta.
— ¿Quién?
—Nadie que merezca la pena.

Capítulo 23

El agente Rodes conduce su coche oficial por la *Me-1* sorteando todos lo vehículos con pegatina de alquiler que, a duras penas, consiguen salvar lo desniveles de la carretera debido a su escaso motor y al estrés que les provoca el aire acondicionado que sus ocupantes programan al máximo para tratar de rebajar las altas temperaturas que alcanzan en los aparcamientos de tierra de alguna de las playas donde han pasado toda la mañana. En la radio, suenan lo primeros acordes de una canción de *Dorian* y se afana en subir el volumen para cantar la letra que conoce a la perfección. Recuerda cuando los vio en directo hace un par de veranos en un festival en Valencia, junto a la que fue su novia hasta finales de ese año. No estuvieron juntos demasiado tiempo, poco más de año y medio, pero todavía guarda una grato recuerdo de ella. Se conocieron por casualidad en el verano de 2021, cuando ella viajó a Menorca con dos amigas y él patrullaba por las calles de Ciutadella sin demasiados altercados, como era habitual. Ellas alquilaron unas bicicletas y, al entrar en una calle adoquinada, una de ellas resbaló con su rueda trasera y cayó al suelo. Rodes, que se encontraba parado en uno de los semáforos de la calle perpendicular, presenció el incidente y bajó del coche para socorrerla. La ayudó a levantarse agarrando su mano y, tras un prolongado cruce de miradas junto con sendas ganas de encontrar el amor, mantuvieron una larga conversación que desembocó en el intercambio de teléfonos. Quedaron al día siguiente, aprovechando su día libre, a tomar algo en la *Cova d'en Xoroi*. Nicolás le enseñó las preciosas vistas del mar con la puesta de sol, sin mencionar en ningún momento el pánico que sentía solo de pensar en caer desde allí al agua por no arruinar la imagen de policía viril que trataba de aparentar. Le invitó a un mojito y, mientras disfrutaban de sus bebidas, un pequeño fragmento de hoja de hierbabuena se quedó pegado en su maquillados labios rosa pastel y Nicolás, con la simple misión de retirárselo cortésmente, puso su mano sobre su mejilla y deslizó el pulgar por sus labios hasta retirar el resto que fortuitamente había terminado allí. Ella, lejos de conformarse con agradecer su gesto, sujetó su mano para evitar que dejara de tocar su cara y le besó. Ya no dejaron de hacerlo en toda la noche y en los días posteriores hasta que, a la semana siguiente, ella regresó a Valencia. Continuaron hablando cada día y aprovecharon cualquier momento para estar

pegados al teléfono hablando sobre cómo les iba la jornada o de cuántas gana se tenían el uno al otro. Decidieron formalizar su relación a pesar de las cas trescientas millas náuticas que les separaban. Inventaron puentes que no existían con fines de semana que se alargaban más de lo establecido y viajaron para verse lo más a menudo posible. Raro era el mes que no lo hacían durante la primera etapa de la relación, pero a partir de ahí se habituaron a esta alejados y la frecuencia de visitas disminuyó hasta que, en el invierno de 2022, ambos decidieron que lo mejor era etiquetar su relación como una bonita amistad de la que quién sabe si algún día el destino los volvería a juntar.

Tras unos minutos en los que conduce de manera automática y cas inconsciente, despierta de sus recuerdos al ver como una furgoneta de reparto se salta una línea continua para tomar temerariamente una salida que ya había sobrepasado. Le hace luces y gestos desde su coche para que detenga su vehículo, pero enseguida se acuerda de que su trabajo hoy no es ese y decide continuar su marcha. Continúa por la carretera principal de la isla hasta llega a Mahón. Se desvía por la Ronda para llegar, tras cuarenta minutos de viaje, a la entrada del puerto. Lo recorre hasta el final, dejando los barcos a la izquierda amarrados en sus muelles. Observa mientras circula a baja velocidad lo bonito y amplio que es el puerto, pero confirma que el de Ciutadella sigue siendo su favorito por el encanto que desprende desde cualquier perspectiva que lo observe.

Llega al muelle de Levante, donde sabe que se encuentra el barco en el que trabaja Matías, con la esperanza de encontrarlo en tierra y no tener que espera a que regrese de una de sus excursiones turísticas. Ya no hay opción de regresar a casa sin la declaración del ex de Eva. Es uno de los sospechosos que los investigadores tienen señalado y sobre el que su superior, el subinspecto Román, deposita gran parte de sus esperanzas en obtener alguna prueba incriminatoria que le permita cerrar el caso. Aparca detrás de uno contenedores para mantener el efecto sorpresa que pretende y camina hacia e barco que ya puede ver desde su posición. No tarda en ver a Matía descargando cajas con botellines de cerveza vacíos de los clientes que han disfrutado de una de sus excursiones.

—Buenas tardes, Matías. No te las habrás bebido tú todas, ¿verdad?

—Hombre, ¿qué haces por aquí? No me hagas soplar que al menos un par s me he tomado —bromea al verlo con el uniforme de la Nacional.

—Que va, me manda mi jefe por todo el follón que se ha montado con la muerte de Eva. Necesita tu declaración y le he convencido que vendría yo a hablar contigo. Escucha, ni se te ocurra decir que somos amigos porque me empapelan.
—Tranquilo, a ninguno nos interesa en esta situación irnos mucho de la lengua. ¿Nos tomamos algo por ahí?
—No, no, y menos con el uniforme. Mejor aquí.
—Vale, pasa dentro y charlamos —le invita a subir al velero y le acompaña por unas escaleras con estrechos peldaños de madera que crujen a cada paso hasta bajar a una pequeña estancia donde hay una mesa anclada al suelo y un par de sillas—. ¿Una cerveza?
—Vale, que estoy seco —acepta tomando asiento desde donde observa una pequeña cocina bastante equipada y mucho más ordenada que la suya.
—¿Cómo va la investigación? Cuando me enteré me quedé flipando. Ya sabe que estuve enamoradísimo de esa tía, pero luego te juro que la odié como nunca he odiado a nadie. Seguro que me puso los cuernos a saber cuánta veces.
—Poco te puedo contar de la investigación, somos muy pocos los que estamos al corriente —pega varios sorbos a su *Alhambra* verde bien fría y que saborea placenteramente—. Ya te lo pregunté, pero tengo que hacerlo de manera oficial. ¿Tuviste algo que ver con su muerte? Antes de que me respondas tengo que advertirte que si me dices que sí tendré que detenerte, y no sabes cuánto me jodería ser yo el que tuviera que hacerlo después de todo.
Nicolás y Matías coincidieron hace bastantes años en el equipo de fútbol de Mahón. Compartieron vestuario durante cinco temporadas donde forjaron una buena amistad, pero al vivir el primero en Ciutadella y en Mahón el segundo no se han visto muy a menudo, aunque mantienen el contacto y rara es la noche en la que faltan a su cita en partidas online de la *Playstation*.
—Pues entonces lo dejamos, de manera oficial, en que yo no tuve nada que ver con su asesinato. Así los dos ganamos —levanta su botellín para brindar con su amigo.
—¿Cómo sabes que la asesinaron? Tío, tienes una cara de sospechoso que prefiero no volver a preguntártelo más. Aún no me explico que vio Eva en ti —se ríe airadamente aceptando el brindis—. Búscate una buena coartada y no te metas en líos estas semanas porque te estarán vigilando.

—Igual ni ella misma lo sabía. Pocas veces me decía que me quería, pero luego en la cama sí me lo demostraba —sonríe con una mirada enfermiza sin mostrar ni un ápice de respeto por la fallecida—. ¿Qué coartada quieres que diga? Esa noche salí de fiesta como todo el mundo y terminamos en el puerto de Ciutadella. A ella ni la vi o ni me acuerdo, iba puestísimo de alcohol y de lo que no es alcohol. Ya me entiendes.
—¿Con quién estuviste esa noche?
—Fui con estos de aquí, pero a mitad noche ya íbamos algo desperdigados, ya sabes, cada uno a su guerra. Yo me lié con una en el *Jazzbah* y ya me quedé con ella por ahí. Cuando todo acabó me quedé dormido en el coche y por la mañana me volví a Mahón.
—Lo que me temía, una coartada de mierda. Igual te llaman para declarar en Comisaría. Procura mantener siempre la misma versión y no hagas tonterías. Si sabes de alguien al que le podamos cargar el marrón me lo dices a mi.
—Tío, yo paso de perder más tiempo con esa tía. Diles que yo no tengo nada que ver para que me dejen en paz. Ella pasó de mí como de la mierda, pues yo ahora igual. El destino siempre pone a cada uno en su lugar.
—Bueno, el destino que haga lo que quiera, pero nosotros tenemos que hacer nuestro trabajo —sentencia apurando el último trago de la cerveza que ya no tiene el sabor y la temperatura perfecta del primero—. Me voy a casa que últimamente hago más horas que un tonto. ¿Te conectas luego?
—Sí, sí. Luego pegamos unos tiros y te enseño cómo se mata. En la vida real aún es más fácil...
—Matías, no me toques los huevos que aún te irás para dentro.
Ambos se despiden y Rodes sale del barco de camino hacia su coche. Antes de llegar, llama a Román para darle el parte como le había pedido.
—Subinspector, acabo de estar con el ex de Eva —anuncia tras escuchar su voz después de varios tonos de llamada.
—¿Y bien? ¿Qué te ha dicho?
—Estuvo la noche de los hechos de fiesta en el puerto de Ciutadella. No está seguro de ver allí a Eva, al parecer iba bien servido de copas y drogas.
—Joder, menudo pieza. ¿Crees que pudo tener algo que ver?
—No lo sé. Lo que si sé es que no ha mostrado ninguna pena por su muerte, más bien lo contrario.
—¿Qué quieres decir? —pregunta Román con bastante sorpresa.

—No ha superado todavía su ruptura con Eva, estoy seguro, pero de ahí a matarla...
—Bueno, eso es trabajo del juez, nosotros ya tenemos bastante con lo nuestro Si no tardas te espero aquí en Comisaría y me cuentas todo.
—No, en media hora estoy ahí —cuelga el teléfono y se sube resignado a coche tras comprobar que su jornada todavía no ha terminado.

Capítulo 24

Agosto 201

Fue el segundo verano que Eva y Valeria pasaron juntas, en el que tení depositadas muchas esperanzas de mejorar al anterior y no defraudó. En 2016 cambió los días de playa con sus noches de verano por el puerto por larga horas encerrada en casa entre pañales y llantos a cualquier hora de l madrugada. Fue un enorme cambio en su vida, pero que no cambiaba por nad del mundo o al menos es lo que se repetía constantemente tras cada dur noche de los primeros meses de su bebé. Con ya un año y dos meses, se le veía muy a menudo jugando en la orilla de *Cala Morell* o paseand tranquilamente por las calles de Ciutadella.

Ella misma le comentaba a sus familiares y amigos que su cerebro hab hecho un 'click' y, de repente, sus prioridades habían cambiado. Le apetecí quedar con Gemma y sus amigas, arreglarse y salir a cenar, pero ya veía mu lejos aquellos planes salvajes donde todo podía pasar, incluso como ella bie sabía, lo peor. No había estado con ningún chico desde que nació Valeria tampoco sentía ninguna necesidad. Con ella conoció el verdadero amor, e amor de su vida. Probablemente también lo hacía por protegerla, no quería qu ningún extraño entrara en sus vidas y les hiciera daño, como ya le pasó con s ex y, poco después, con el hombre que la drogó para violarla.

Valeria, una preciosa niña calcada a su madre, observaba con gran atenció todo lo que veía desde su silla *Bugaboo*, sonriendo a cada persona con la qu se cruzaban para llamar su atención.

—Tiene los mismos ojos de tu abuela. Qué pena, le hubiera encantado pasea con ella y presumir de bisnieta, al igual que nos hacía siempre contigo —l cuenta una amiga de su abuela con la que solían pasar un buen rato habland cada vez que se cruzaban y de la que Eva siempre trataba de esquivar par impedirlo.

Mucha gente le preguntaba directamente por el padre, sin tapujos. Todo querían tener la información de primera mano o, si no la tenían, creía cualquiera de las historias que aterrizaba en sus oídos. Desde que era de su e con el que había cortado poco antes de quedarse embarazada hasta que fue d un encuentro sexual esporádico con algún desconocido. Todo historias de la que Eva pretendía mantenerse al margen, ignorándolas. Tampoco sabía s

alguna de ellas sería cierta. Seguía sin recordar qué pasó aquella noche. La pesadilla era cada vez menos recurrente y se diluía en su cerebro entre confusos recuerdos de los que casi ya no podía distinguir qué era real. Decidió olvidar y mirar hacia delante, pero del pasado venía demasiada oscuridad como un ejército de nubes negras que avanza sin oposición y que, tarde o temprano, termina descargando toda su furia y devastando todo lo que encuentra en su camino.

Capítulo 25

Febrero 201

—¿Ya sabes dónde nos invitarás a cenar para celebrar tu cumple? —preguntaba Eric, uno de los mejores amigos de Ulises, que fue a verlo a la pescadería como solía hacer cuando se escapaba del trabajo para almorzar po allí cerca.

—Me tenéis que invitar vosotros, yo estoy tieso de pasta.

—Siempre igual, vas a ser el más rico de la isla, el que más trabaja y el que menos gasta.

—Es lo que toca ahora. Necesito ahorrar para luego poder montarme algo. No quiero estar toda la vida levantándome a las cinco de la mañana. Va, ¿reservo en el *Molí* para el sábado?

—Perfecto. Me vuelvo al curro que llego tarde —se despidió de su amigo chocando sus puños para evitar mayor contacto que impregnara su camisa de persistente aroma a pescado que le acompañaba a diario en su ropa de trabajo.

Ulises aprovechó la tarde libre del sábado para salir a correr por la carretera que bordea el litoral desde Ciutadella hacia el sur. El aire frío le golpeaba directo del mar en su cara, enrojeciendo su achatada nariz y sus orejas. Llegó hasta *Cala Blanca*, donde aprovechó para coger aire pasando entre las piedras hasta llegar al borde de la costa. Desde allí observó el horizonte y al fondo gracias a la buena visibilidad de la tarde, la silueta de la isla de Mallorca. Tras varios minutos de desconexión física y mental, tomó el mismo camino de vuelta hacia su casa, cerca de la *Rotonda des Cavall* a la entrada de la ciudad donde vivía con sus padres desde que era pequeño.

Se dio una reconfortante ducha mientras cantaba las canciones que sonaban aleatoriamente en *Spotify*. Se puso unos chinos azul marino y una camisa Oxford de *Silbon.* Se empapó de su perfume *Aqua di Gio* y moldeó su pelo con sus manos hacia detrás como siempre solía hacer. Su madre siempre le decía que, como empezó a salir en barco desde tan pequeño, el viento del mar había dado forma a su pelo.

—Mamá, me voy ya con éstos a cenar al *Molí*. Luego tomaremos algo por ahí

—Vale, cariño, disfruta de tu cumple. Tened cuidado.

Se despidieron con un fuerte abrazo e infinidad de besos, como si no fueran a verse en unas horas. Ulises era siempre muy cariñoso con sus padres. Lo fue

desde pequeño. Tenía un hermano, seis años mayor que él, que vivía ahora en Ibiza. Estuvo varios veranos viajando a la Isla Blanca para trabajar en diversas discotecas hasta que conoció a su actual mujer y decidió mudarse definitivamente.

Caminó por el *Carrer de Maó* los apenas diez minutos que le separaban del restaurante *Molí des Comte*, un emblemático edificio de la ciudad donde un enorme molino emergía desde la parte más alta. Uno de los camareros le invitó a pasar a la sala principal, donde una cubierta dividida en dieciocho bóvedas de cuatro aristas construida de piedra de marés le otorgaba una calidad exquisita al espacio. Pasó por delante del antiguo molino y, al girar a la izquierda, vio su mesa con todos sus amigos que, en cuanto lo vieron llegar, comenzaron a cantarle el Cumpleaños feliz. De la cocina, su amigo Martí y trabajador del restaurante desde hacía varios años, se afanó en salir para unirse a la calurosa y sonrojante recepción del anfitrión de la noche.

—Martí, dile a tu jefe que te deje sentarte a cenar con nosotros —le sugirió Ulises dándole un abrazo al verlo.

—No puedo, tío, pero hoy seguro que acabamos pronto y me uno a las copas.

—Ya sabes cómo se arregla esto. Tú y yo montaremos algo grande, acuérdate de lo que te digo.

—Va, no me vuelvas a llenar la cabeza de fantasías que tenemos mucho curro y seguro que vosotros querréis que os prepare una buena cena. Me voy para dentro y ahora nos vemos.

—Venga va, cúrratelo y haznos algo rico —bromeó Ulises volviendo a la mesa con el resto del grupo de amigos que ya apuraban de sus copas la primera ronda de cervezas.

Capítulo 26

Septiembre 201

Finalizó el verano de 2019. La isla de Menorca, como en cada final d temporada alta, trataba de recuperar el aliento tras la vuelta de miles d turistas a sus hogares con sus móviles repletos de retratos que no hacían má que llenar de melancolía sus recuerdos y el amor hacia la isla a la que, má pronto que tarde, regresarían sin dudarlo.

Ulises apuraba, ya despierto, los minutos previos a que sonara el despertado repasando cómo fueron estos últimos meses en los que prácticamente n descansó ni un día. Se sentía agotado. Calculaba la diferencia de años qu tenía con su padre y le salía que tenía que seguir a ese ritmo al menos sei veces lo que ya llevaba trabajando para igualarle. No se veía capaz o al meno no era lo que su inquieta mentalidad emprendedora le pedía.

—Martí, nos vemos esta tarde a las 17:30h en *Sa Gelateria* de la Catedral. T invito a un helado y hablamos —escribió en un mensaje tras sentir que habí llegado el momento de dar un giro a su vida.

Se levantó de la cama sin dejar que sonara el despertador y fue hasta la cocina donde su padre ya preparaba el desayuno de ambos bajo una luz tenue, per que destacaba frente a la oscuridad que se vivía todavía en el resto de la casa Tomaron ambos un café con leche y un bocadillo que siempre compartían y salieron hacia el embarcadero, como cada mañana.

—Papá, ¿tú cómo haces para aguantar este ritmo todos los días? —pregunt de camino en el coche.

—Cenando bien, acostándome pronto y sin probar el alcohol desde hac muchos años. Vamos, todo lo que tú no haces —sonrió dándole una palmaditas en su pierna con una mano mientras con la otra sujetaba el volante.

—Me gusta lo que hacemos y nos va muy bien, pero creo que me gustarí montar otro negocio más de mi estilo.

—Querrás decir en el que no te toque pegar estos madrugones, ¿verdad? — bromeó—. Ulises, sabes que yo siempre te he dicho que crearas tu propi futuro, nadie te obligó a trabajar con nosotros. Nos has ayudado muchísimo y desde que entraste hemos facturado más cada año. No te voy a negar que m costaría mucho encontrar a alguien que aporte la mitad de lo que tú haces

pero los papás siempre te vamos a apoyar. Sabemos de sobra lo que vales —trató de esconder su emoción que ya delataban sus humedecidos ojos.
—Lo sé, papá. Piensa que si me va bien me iré de casa y por fin podrás usa mi habitación para montar el cine que querías.
—Creo que la dejaré como está por si te toca volver.
Continuaron su habitual trayecto entre numerosas risas cómplices dejando tra de sí las calles de una desértica ciudad que todavía dormía, salvo contada ventanas en las que se atisbaba luz entre los más madrugadores.
Corrían las cinco de la tarde cuando, Ulises, limpiaba el mostrador de resto del poco pescado que quedó sin vender y del deshielo que ya se acumulaba a final del día. Colgó su delantal y el resto de la ropa de trabajo en un pequeñ armario del almacén y salió del Mercado para acudir a la cita que llevaba tod el día esperando.
—Martí, ¿qué tal, tío?
—Muy bien, disfrutando del día libre, pero con pocas ganas de volve mañana. Yo quiero el helado de pistacho, sin duda —señaló su favorito en l vitrina de *Sa Gelateria*.
—Sí, que sean dos. El mío con una bola también de avellana.
Tomaron asiento en una de las sillas que la heladería ofrecía en la puerta y desde allí, disfrutaron de sus helados con la *Catedral de Santa María* frente a ellos, un majestuoso edificio gótico enclavado en el centro de Ciutadella.
—Oye, ha llegado nuestro momento —sentenció Ulises antes de dejar que s vaciaran sus vasitos de cartón rosa con el nombre de la heladería en blanco.
—Cuéntame, ¿cuál es esa brillante idea que nos va a hacer millonarios?
—Tío, lo vamos a petar. Llevo mucho tiempo observando la cantidad de past que se dejan todos los turistas que nos visitan cada año. Confeccionan su rutas gastronómicas y planifican donde cenarán cada noche con sus parejas su familia. Todos quieren cenar bien y estar en un sitio chulo.
—Eso lo veo cada noche en el *Molí*.
—Exacto, pero restaurantes tradicionales ya hay muchos y muy consolidados Hay que darles algo diferente y también más barato, pero con una gra rentabilidad para nosotros. ¿Estás preparado? —dio una pausa para avivar l expectación que veía que estaba despertando en él.
—¡Venga! ¡Arranca! —exclamó con ansiedad.
—Vamos a montar un espacio al aire libre que sea espectacular, en el qu todos quieran hacerse fotos y subirlas a sus redes. Con música y un ambient

en el que se desprenda un rollazo increíble por todas partes. Y te preguntará qué daremos de comer —hace una pausa mirándole con una sonrisa repleta de emoción—. Pues las mejores hamburguesas gourmet de vaca madurada menorquina que jamás hayan probado. Eso combinado con unos atractivos entrantes y una buena carta de coctelería y cervezas. Vamos a convertirlo en el local de moda para todas las edades. Solo necesitamos encontrar el lugar perfecto, entre el centro y el puerto.

—Lo veo. Totalmente, lo veo.

Los ojos de Ulises se abrieron por completo, mostrando una mirada voraz y enérgica por comenzar con su proyecto.

Se reunieron casi cada semana para ir dando forma a su plan empresarial y el intercambio de mensajes de voz con ideas que iban surgiendo fue una constante. Visitaron los pocos locales disponibles dentro de los parámetros que se habían propuesto, pero ninguno de ellos parecía convencerles por completo. Pasaron varios meses así, entre reuniones y momentos en los que parecían no avanzar, pero que Ulises se encargaba de avivar la motivación de su socio y amigo.

Llegó marzo de 2020, donde una situación totalmente anómala se apoderó de la vida de cualquiera. Una tremenda pandemia de coronavirus azotó al mundo entero y lo paralizó estrepitosamente. La gran mayoría de comercios se vieron obligados a cerrar temporalmente. Ulises y Martí no se podían creer que aquello estuviera pasando. Tampoco sabían hasta cuando iba a durar y si alguna vez la isla recuperaría la frenética vida de cada verano. Fue un verano raro, muy raro. Solo unos pocos atrevidos visitaron la ciudad en los momentos en los que se permitió viajar. Paseaban por las calles del centro tapando sus rostros con mascarillas, por encima de las cuales asomaban unos ojos con cierta esperanza de recuperar la normalidad que se les había arrebatado.

Muchos comercios, entre ellos restaurantes, cerraron definitivamente por no poder hacer frente a los gastos que ya ni podían cubrir tras la enorme caída en su facturación. Las calles comenzaron a llenarse de carteles que anunciaban locales en venta tras los que se escondía una triste historia que terminó fulminando el negocio que hasta entonces allí habitaba. Rápidamente Ulises entendió que, tras la terrible crisis sanitaria, había emergido otra económica de la que afloraban grandes oportunidades de futuro.

Fue una mañana de octubre de 2020 cuando, tras ver un local disponible en la *Plaça dels Pins* y quedar con un agente inmobiliario para visitarlo, encontró el

lugar perfecto. La entrada, directa desde la concurrida y céntrica plaza, dab
paso a un espacio interior alargado y bien iluminado en el que pudo visualiza
la posición de la barra y las mesas del salón interior. Al fondo, tras una puert
de cristal que iba de lado a lado de la pared, se intuía la zona exterior en la qu
Ulises tenía depositadas muchas esperanzas. El agente le acompañó hasta est
puerta de aluminio y cristal que, tras probar sin éxito con varias de las llave
que portaba en su mano, acertó a abrirla dejando al descubierto un enorm
patio interior al aire libre al que se accedía bajando unas escaleras y desd
donde ya podía esbozarse el ambiente que crearían para disfrutar de la
preciosas veladas en las maravillosas noches de verano de la isla. Ulises s
esforzó en no mostrar la tremenda sonrisa que estaba deseando exhibir por n
interferir en la negociación que ya deseaba comenzar. Le dio igual.
—Me encanta lo que veo, es tal cual lo que necesito —aseguró sin rodeos—
Organiza una reunión cuanto antes con tu cliente porque lo queremos.
El agente estrechó su mano y salieron ambos del inmueble satisfechos con l
fructífera visita. Ulises no tardó en llamar a su socio para informarle de
importante hallazgo.
—Martí, lo tenemos. Es perfecto. Prepárate porque vamos a hacer historia.

Capítulo 27

Mayo 202.

Eran las 20:30h de la tarde de un viernes y Eva notaba como su estómago ya reclamaba una buena cena que estaba a escasos minutos de degustar. Valeria como siempre hacía cada vez que cenaban fuera de casa, rebosaba emoción y no cesaba en preguntas acerca de dónde iban a ir y con quién desde prácticamente el comienzo del día.

—¿Cuándo viene Gemma, mamá?

—Enseguida está aquí, me ha dicho que ya estaba de camino —respondió Eva a la vez que se esforzaba en recolocarle el vestido rosa con topitos blanco bajo una mini chaqueta vaquera.

Pasearon cogidas de la mano por las callejuelas del centro de Ciutadella hasta llegar al restaurante *Pizzeria Roma*, que se anunciaba por su característico olor a horno de leña desde un par de calles atrás. Ambas se sentaron en una mesa de la acogedora y tranquila terraza. A los cinco minutos, Gemma apareció con una tremenda sonrisa tras divisar a las dos preciosas chicas que le esperaban en su mesa.

—¿Cómo está la niña más bonita del mundo? —la abrazó y besuqueó tratando de hacerle cosquillas y de sacarle una sonora risa que, casi al instante consiguió.

—Muy bien, tía Gemma.

—¿Qué pasa, guapa? ¡Qué ganas tenía de veros! —aseguró Gemma dándole un fuerte abrazo a su amiga Eva.

—Y nosotras a ti, ¿verdad, Valeria? —asintió—. Estaba mirando la carta porque estamos muertas de hambre. Nos tomamos un vinito que es viernes ¿no?

Pidieron una botella de *José Pariente*, un carpaccio de ternera menorquina y un par de pizzas. Valeria se bebió un zumo de melocotón, su preferido, y comió de todo lo que iban poniendo en su plato mientras veía un capítulo de dibujos en el móvil de su madre.

—Bueno, ¿tú qué tal? ¿Cómo has quedado con éste? —preguntó Eva.

—Pues mal, tía. Para uno que me cuadraba bastante... Coge y me suelta que no tiene las cosas claras y mejor que lo dejemos —confesaba sin soltar la copa de vino que ya había rellenado con anterioridad.

—Bueno, ya vendrá otro. Eso es porque no era el ideal para ti, ya llegará.
—No lo tengo yo tan claro. Míranos, las dos con treinta y un años, bueno tu casi, y aquí solteras.
—Ni falta que nos hace. Así es como mejor estamos.
—Si tú lo dices... Oye, deberíamos ser nosotras pareja. Seríamos la familia perfecta y seguro que a Valeria le parece una idea genial, ¿verdad?
—Ya somos familia, tú eres mi tía —comentaba sin levantar la mirada de emocionante capítulo infantil que le abstraía por completo del mundo real.
—Voy a terminar pensando que estás enamorada de mi después de tanta proposiciones que me haces —sonreía apurando el vino de la botella en senda copas.
—Piensa mal y acertarás —comentó entre risas dando a entender que bromeaba, o quizás no—. Oye, luego he quedado con éstas para ir a la inauguración de la nueva hamburguesería. Nos han invitado y tiene pinta de estar muy guay. Os animáis, ¿verdad?
—¡Sí! Vamos con la tía, ¿vale, mamá? Que mañana no hay cole y nos vamo con ella a tomar algo.
—¡Qué morro tienes! Tú con tal de no ir a casa lo que sea... Vale, vamos un ratito.
Terminaron de cenar con un par de cafés y fueron caminando hasta llegar a la *Plaça dels Pins*, a escasos cinco minutos. Valeria se subió rápidamente a todo los columpios del parque y se puso a jugar con los niños de todas las edade que ya se encontraban allí. Al poco rato, el resto del grupo de amigas llegó y fueron hacia el nuevo local que se encontraba repleto de globos negros y dorados en su exterior, anunciando la fiesta de inauguración. Entraron por una gran puerta de cristal, dejando por encima de sus cabezas un gran letrero con luz blanca que brillaba con fuerza anunciando el nombre del local. En e interior, una bonita decoración con estilo surfero y una acertada combinación de detalles con cierto aire neoyorquino en led rojo, daban la bienvenida a todo aquel que decidiera visitarles. Pasaron entre la gente que ya se agolpaba en la barra buscando alguna bebida hasta que consiguieron llegar a una puerta abierta de cristal con el marco de madera, al fondo de la sala, desde donde se escuchaba música y se intuía una apetecible terraza. No defraudó, incluso superó con creces sus expectativas. Era una preciosa y amplia terraza interio con paredes blancas y unas tiras de bombillas que la atravesaban por lo alto de lado a lado. La mayoría de gente se encontraba allí bailando con la música que

una chica rubia con el pelo suelto mezclaba a la vez que jugaba con una combinación de luces propia de cualquier discoteca. Valeria no tardó en quedarse dormida entre dos sillas que muy amablemente una de las trabajadoras preparó al ver como luchaba por hacerlo en brazos de su madre. Eva fue a la barra de la terraza a pedir unos mojitos, desde donde ojeaba cada pocos segundos el rincón donde se encontraba Valeria durmiendo plácidamente con el fantástico e hipnótico ruido de fondo. Mientras esperaba que una de las chicas preparara su bebida, comenzó a sonar una de sus canciones preferidas de *Supersubmarina* y no dudó en cantarla con los ojos cerrados, sintiendo cada una de las frases de *Viento de cara*. De repente, sintió una mano en su brazo que le hizo abrir los ojos.

—Perdona, no quería asustarte. Veo que te gusta la música. ¿Qué te parece el local?

—Hola, no, tranquilo. Sí, me encanta esta canción y el local también está muy guay. Por cierto, me llamo Eva —se adelantó en presentarse con un par de besos con su habitual carácter extrovertido.

—Yo soy Ulises, Ulises Vila. Soy el que ha montado todo este lío. ¡Por fin hemos conseguido abrir!

—¿Nos conocíamos ya? Me suena mucho tu nombre —le observaba con atención tratando de recordar algo que le resultaba muy familiar en él.

—Creo que no. Aunque puede ser que me hayas visto alguna vez por la ciudad o trabajando en el Mercado.

—¡Claro, eso es! Una vez alguien me habló de ti.

—Espero que fuera para bien —sonrió mostrando una bonita sonrisa que a Eva le despertó un interés del cual Ulises ya andaba sobrado desde que la vio balanceándose delicadamente al ritmo de los acordes de *Supersubmarina*.

—Me hablaron muy bien de ti y de tu familia. Además, te aseguro que quien me lo dijo fue alguien muy especial, la persona más importante de mi vida. Solo con eso ya tienes ganada mi confianza —sonrió con unos ojos que se ponían vidriosos siempre que recordaba a su abuela Pilar.

—Que cada vez que te vuelva a mirar, me resulte más fácil morir que obligarme a decir la verdad... —le cantó directamente al oído con una valentía que ni él mismo se explicaba cuando se vio inmerso en mitad del estribillo y del que ya no había opción a retirarse, por lo que decidió terminarlo por completo, empujado también por la mezcla de nervios, adrenalina y un par de cervezas del gran día de la inauguración.

Eva sintió su perfume y el aire que salía de su boca muy cerca de su cuello Cerró los ojos y dejó que aquel inesperado, pero súper especial momento fluyera de manera natural.

—Rayo que no cesa, mar en calma. Faro entre la niebla, viento de cara —l devolvió ella el resto del estribillo en su oído y, mirándose a escaso centímetros, cantaron juntos los últimos versos que remataron, tras vario viento de cara, con un apasionado beso que duró hasta que terminó la canción.

Capítulo 28

Diciembre 202

El golpe de las olas contra las rocas se podía escuchar desde su cama. Era e día de Navidad y Eva se levantó, obligada por la siempre madrugador Valeria, bien temprano y caminó en pijama y descalza desde su habitació hasta la cocina, en el piso inferior. Encendió su cafetera automática par preparar su habitual café recién molido con una buena cantidad de leche e espuma. Valeria acudió corriendo reclamando su desayuno con uno de lo regalos que en la noche anterior Papá Noel le había dejado en casa de s abuela Sofía, en Es Mercadal.

—Valeria, cariño, ¿ni el 25 de diciembre me dejas dormir un ratito más? — suplicó frotando sus ojos tras devolver la botella de leche a la nevera.

—Mamá, es que quiero jugar con los juguetes nuevos y el abuelo me dijo qu hoy tendría más.

—Sí, pero Papá Noel los habrá dejado en su casa. Luego iremos a comer allí y veremos si nos han dejado algún regalo. A mi seguro porque he sido súpe buena, pero no estoy segura si tú también lo has sido... —terminó la fras agarrándola de la cintura y cogiéndola en brazos para hacerle cosquillas por l tripa como solía hacer.

—¡Yo soy muy buena! ¿A que sí, mamá? —sonrió forzando una inocente car que había aprendido a hacer y que a su madre le hacía mucha gracia.

—La más buena del mundo mundial. ¡Y la más guapa! —la besuqueó d arriba a bajo y la dejó en su silla cuando las tostadas saltaron como un resort de la tostadora.

—Mamá, ¿por qué los abuelos no viven en la misma casa?

—Porque hace muchos años decidieron que iban a estar mejor cada uno e una casa. Así Papá Noel puede dejarte más regalos, ¿no es guay? —contest tras dudar unos segundos de la respuesta a una pregunta que le cogi totalmente desprevenida.

—Sí, no sé, supongo. ¿Y por qué yo no tengo papá? Mis amigas tienen papá Si es también por los regalos ya no quiero más regalos, mamá.

Eva soltó de golpe una de las tostadas que con sumo cuidado untaba tratand de no quemarse, cayendo sobre la encimera. Se quedó unos segundos mirand al infinito por la ventana de la cocina, tratando de elegir entre alguna de la

respuestas que llevaba años preparando para una pregunta que jamás quiso recibir.
—Mira, Valeria, hay niños que no tienen papá, niños que no tienen mamá o que no tienen abuelos. Lo importante no es tener cuantos más mejor. Tú no tienes papá, pero tienes una mamá que te quiere mucho más de lo que podrían quererte cualquier mamá y papá juntos.
De repente sonó el timbre de casa y Eva, sin saber quién sería, se sintió aliviada por salvarle de una tensa respuesta de la que Valeria no parecía conformarse ni entender demasiado. Bajó hasta la planta baja, se asomó por la mirilla y abrió la puerta con una sonrisa.
—¡Hola! ¿Qué haces por aquí tan pronto?
—Quería felicitaros la Navidad y traeros unos regalos, ¿no me vas a dar un beso?
—Pues claro que sí, tonto. Menuda forma de recibirte en pijama —se abalanzó sobre Ulises y lo llenó de besos sin soltarlo.
—Tú siempre estás preciosa, te pongas lo que te pongas.
—Ya, claro. Sube que te invitamos a desayunar con nosotras —le invitó a pasar de la mano y juntos llegaron hasta la cocina, donde Valeria jugaba con su nueva muñeca mientras desayunaba sus cereales preferidos de chocolate.
—Hola, Valeria. ¿Sabes que ayer Papá Noel se equivocó de casa y me dejó un regalo que era para ti? ¿Lo quieres ver?
Valeria se levantó de su silla y fue corriendo hacia él para darle un beso y un gracias que su madre le invitó a pronunciar.
—¿Has desayunado? ¿Qué te apetece?
—No, me he levantado y he venido directamente. Ahora me preparo yo algo tranquila, ya me conozco tu cocina bastante bien —bromeó.
—Mucho conoces tú ya en solo dos meses...
—¿Te parece mal? Si prefieres que no siga conociendo me dices...
—¿Y qué harás? ¿Dejarás de verme? Si no puedes estar ni tres días sin verme ni tocarme... —susurró Eva en su oído para que Valeria no le escuchara mientras se entretenía con el nuevo regalo y, además, para aumentar un deseo sexual que no dejó de estar presente desde la noche en la que se conocieron.
—Jamás, ya sabes que no podría. Mira, creo que es el momento perfecto para darte tu regalo —buscó en su chaqueta y sacó un pequeño paquete envuelto en el mismo papel infantil que el regalo de Valeria— Ven tú también y ayudas a la mamá a abrirlo porque, en parte, es para las dos.

Valeria sonrió y acudió rápidamente al ver otro regalo para ella. Lo abrieron cuidadosamente hasta descubrir una caja pequeña de color rojo burdeos de la que ninguna adivinó qué había en su interior.
—Mamá, ¿qué es? Ábrelo, corre.
—Déjame a mi, Valeria —indicó Ulises.
Cogió la misteriosa caja y la abrió primero hacia él con el fin de cerciorarse que estaba dentro el regalo perfectamente colocado y la volvió a cerrar, no sin antes tomar aire profundamente. A continuación, hincó una de sus rodillas y delante de ellas lo abrió, dejando ver un bonito y sencillo anillo de oro blanco. Eva, sin entender absolutamente nada de lo que estaba pasando, intentó ocultar una sonrisa nerviosa tras sus manos.
—Eva, Valeria... ¿me dejáis ser vuestro chico? Nada me gustaría más que estar para siempre con vosotras y cuidaros cada día.
—¿Qué hace? —sonreía Valeria sin entender nada de lo que estaba pasando.
—Pues claro que queremos, tonto. Eres nuestro chico preferido —lo cogió de la mano para levantarlo y le dio un beso.
—¿Somos novios oficiales entonces? —preguntó todavía nervioso para asegurarse que había funcionado el plan.
—Sí, novios oficiales.
—Entonces... ¿Ulises es mi papá?
—Como si lo fuera —sonrió Eva a otra de las preguntas curiosas y ocurrentes de su hija—. Seguro que te va a cuidar y te va a querer tanto como un papá.
Sonrieron los tres y continuaron con el accidentado e interrumpido desayuno de la mañana de Navidad. La primera Navidad que, sin planearlo como en las mejores ocasiones, pasaron juntos.

Capítulo 29

Ulises lleva inmerso en una terrible desolación desde que Eva, el amor de su
vida como siempre acostumbraba a etiquetar a cualquiera que se interesara po
su relación, apareció flotando sin vida en el concurrido puerto de Ciutadella
Cada día trata de sacar fuerzas para ayudar a superar el trauma por el que
Valeria, una niña de ocho años recién cumplidos, se ha visto obligada a
atravesar. Durante los últimos tres años, habían ido construyendo los
cimientos de una familia que ya sentían totalmente consolidada, pero ahora el
pilar fundamental y el nexo que los unía ha desaparecido. Para siempre. Ulises
trata de protegerla y pasa prácticamente las veinticuatro horas con ella desde
que Eva no está. Fue la promesa que les hizo y no piensa renunciar ni un
instante a ella. Con Eva no pudo cumplirla. No fue capaz de cuidarla cuando
más lo necesitó. No estuvo allí y es algo que le atormenta en cada segundo de
terrible duelo que inesperadamente ha aterrizado en él para destrozar su
ilusionante vida juntos.

De repente, suena su móvil. Es un número oculto y cuelga, no tiene ni la más
mínima energía para atender una llamada comercial. Vuelven a llamar y, tras
tres intentos, responde.

—¿No pensabas atender la llamada de un viejo conocido? Pensaba que me
echabas de menos... —suena una irónica voz al otro lado de la línea que le
resulta tremendamente familiar, pero que no logra identificar por el ruido que
provoca el tubo de escape manipulado de una moto que pasa a escasos metros.

—Perdona, ¿quién eres?

—Soy yo, Nicolás Rodes. He ido a buscarte a tu casa, pero no había nadie.

—Estoy en la calle con Valeria, ¿qué quieres? —contesta en un tono que ha
perdido toda la cortesía inicial.

—Lo que siempre he querido, detenerte. Estoy seguro que has tenido algo que
ver con la muerte de Eva. La gente no cambia. Fuiste un delincuente y siempre
lo serás. Te doy quince minutos para que vengas por las buenas a Comisaría.
Si prefieres por las malas, yo mismo iré a por ti.

—¿Qué cojones estás diciendo? ¡Tú no estás bien de la cabeza! Eva era lo que
más quería del mundo. Nunca le habría hecho daño —contesta entre gritos y
llantos—. Estoy con la niña, no tengo con quién dejarla ahora.

—Te quedan catorce minutos. No te preocupes por la niña, nosotros no
encargamos.
Ulises cuelga con rabia el teléfono y camina resignado hacia la Comisaría qu
se encuentra a no más de diez minutos andando de allí. De camino no cruza n
una palabra con Valeria. En su cabeza, miles de pensamientos atraviesan de u
lado a otro buscando alguna explicación a la llamada que acaba de recibir. N
tiene ningún sentido. Tampoco le extraña si la idea viene de Rodes, que se l
tiene jurada desde hace tiempo. Llega por fin a la Comisaría y su corazón s
acelera todavía más al ver quién le espera. Allí está Rodes, con una orgullos
sonrisa, disfrutando de la escena.
—¡Cuánto tiempo! ¿No te alegras de verme? —trata de provocarle, sin éxito.
—Quiero hablar con tu superior. Contigo no tengo nada que hablar, y la niñ
se viene conmigo.
—Creo que no me he explicado bien por teléfono. Estás siendo investigad
por la muerte de Eva —le confiesa al oído para que Valeria no escuche su
palabras—. Te están esperando para realizar una declaración. Mis compañero
te llevarán hasta la sala. Valeria puede quedarse aquí bajo conmigo hasta qu
salgas, si es que sales...
—Por favor, solo te pido que cuides de ella y no le digas ninguna tontería. E
solo una niña.
—Valeria, ¿vienes conmigo a por un zumo de la máquina? Vamos y te enseñ
cosas súper chulas de la policía —asiente y se va con él sonriendo con l
curiosidad propia de una niña.
Ulises sube unas escaleras, guiado por una agente vestida de paisano, y
camina por un laberinto de pasillos hasta llegar a una sala diáfana donde l
invita a entrar. Es una habitación que se asemeja demasiado a las típicas sala
de interrogatorios que aparecen en tantas películas, lo que le agudiza s
angustia. Se sienta en la silla que la joven y simpática policía le indica y
espera impacientemente a que alguien acuda. Tras casi diez minutos, entra u
hombre con vaqueros azules y camisa blanca impoluta por dentro.
—Disculpe la espera, estamos teniendo en una semana toda la faena que n
hemos tenido en años —comenta arremangándose la camisa y desabrochand
otro botón más que ya deja intuir un cuerpo atlético—. Soy el subinspecto
Román y estoy a cargo de la investigación en el caso de Eva Moll.
—No se preocupe, entiendo que no estarán siendo días fáciles. Para nadie lo
están siendo.

—¿Por qué no nos conocíamos? No recuerdo verle en el puerto el 24 de junio Tampoco en los días posteriores, donde los familiares de Eva no paraban de venir a verme buscando respuestas a infinidad de preguntas.
—He estado con su hija. Lucho cada día por abstraerla de todo este infierno por el que estamos pasando. Estaban muy unidas y no sé si será capaz de superarlo. Yo desde luego que no.
—¿Dónde estuvo la noche del 23 de junio?
—¿De verdad piensan que he tenido algo que ver con su muerte?
—Debemos tomarle declaración, igual que a todos.
—Estuve trabajando en mi restaurante. Luego pensaba acudir al puerto con Eva, pero estaba muy cansado y le dije que me iría a casa cuando cerrara. Ella estaba con unas amigas de fiesta.
—¿Y la niña?
—En casa de su abuela. Eva la dejó allí antes de ir a la playa por la tarde y pensaba recogerla a la mañana siguiente.
—¿Habló con Eva esa noche?
—No mucho, la verdad. Nosotros estábamos hasta arriba en el restaurante entre pedidos a domicilio y las comandas en el propio local, no tuvimos ni una mesa libre en los dos turnos. Le llamé al salir y me dijo que estaba en una de las terrazas del puerto tomando algo. Me animó a ir, pero le dije que no, que estaba cansado. Soy un imbécil. Le dije que nos veríamos en casa, pero ya nunca más volví a hacerlo —rompe a llorar desconsoladamente.
—Lo siento mucho, Ulises. ¿Cuándo se dio cuenta que Eva no llegó a casa? Porque entiendo que vivían juntos, ¿cierto?
—Sí, vivíamos en su casa en *Cala Morell*. Llegué, me duché y me fui a dormir. No me desperté hasta la mañana siguiente y ahí es cuando vi que no había vuelto. La llamé, pero tenía el móvil apagado. Después llamé a sus amigas y no sabían nada. Me dijeron que tampoco se fueron muy tarde, sobre las tres y media. Se despidieron de Eva y se fue a por su coche.
—¿Bebieron mucho?
—Me dijeron que no. Eva tenía que coger el coche para volver a casa, estoy seguro que un rato antes de irse dejó de beber, solía hacerlo así. Además, ella me dijo que no quería pegarse mucha fiesta, teníamos planes para ir al día siguiente con Valeria para ver los caballos, se lo habíamos prometido... —comenta sin dejar de sollozar.
—¿Cómo era su relación con ella? ¿Tenían planes de futuro?

—Nuestra relación era perfecta, simplemente perfecta. Nos queríamo muchísimo. Estoy convencido que así habría sido para siempre. Para siempre...
—Trate de tranquilizarse, ya casi hemos terminado. Siento tener que hacerle pasar por esto. Le prometo que cogeremos al responsable. Tarde o temprano caerá. Se lo prometo —le extiende una mano cómplice que Ulises no duda en aceptar—. ¿Quién crees que pudo hacerle daño?
—No lo sé, de verdad que no lo sé. Lo he pensado mil veces. Eva era una persona extraordinaria. Todo el mundo la quería. Jamás la vi discutir con nadie.
—Si se acuerda de algo más no dude en llamarme. Procure estar localizable por si le necesitamos.
Ambos se despiden con un cordial saludo y Román le invita a volver por el mismo recorrido de antes. Baja por las escaleras y desde arriba ve a Valeria jugando con Rodes. Acelera el paso hasta llegar a ellos.
—Valeria, nos vamos a casa.
—Adiós, Valeria. Cuando quieras puedes venir a vernos. Espero que te lo hayas pasado bien —se despide frotando cariñosamente su cabeza.
—Vale, señor policía. ¿Volveremos, papá?
—Ya veremos, Valeria, ya veremos.

Capítulo 30

—¿Subinspector? Soy Salinas, de Mahón —anuncia desde la Central— ¿Qué tenemos?

—Salinas, ¿qué tal? —responde recordando a aquel individuo con escasas pintas de policía que le visitó hace unas semanas, enviado directamente por el Comisario que, casualmente, es su tío.

—Por aquí bien, pero me temo que ustedes no pueden decir lo mismo.

—Seguimos trabajando día y noche en la investigación, pero no voy a negarle que no está siendo nada sencilla. El cuerpo de Eva pasó muchas horas a merced del mar. Es prácticamente imposible extraer algún dato más de él. Bastante suerte tuvimos ya con que apareciera ante nosotros como por arte de magia y no acabara sumergido para siempre en el fondo del mar.

—Román, ese es el problema.

—¿Cómo dice? —pregunta sorprendido.

—Que ese es el problema —repite con cierta arrogancia—. Si no tuviéramos cuerpo hablaríamos de una desaparición como tantas otras, pero tenemos el cuerpo. Tenemos la certeza de que fue asesinada. No podemos dejar un fiambre sobre la mesa del forense y dejar el caso sin resolver, y menos cuando el cadáver lleva el apellido Moll. ¿Entiende lo que le quiero decir? —hace una pausa sin encontrar respuesta—. Si eso ocurre, Eva no será la única víctima del caso, ¿me explico?

—Sí, perfectamente —contiene una respuesta mucho más visceral que desea escupir por su teléfono, pero que solo le traería innecesarios problemas.

—Si no hay avances se cerrará el caso. Bueno, el juez nos dirá que quedará a la espera de nuevas pruebas, pero usted y yo sabemos lo que eso significa. Si necesitan pinchar teléfonos, hacer registros o lo que sea, dígamelo. Mi tío puede conseguir el visto bueno del juez siempre y cuando tengan algún indicio, ¿entendido?

—Entendido. Lo tendremos en cuenta y no dude que le mantendré al corriente de las novedades.

—Eso espero. En un par de semanas iré a verle. De aquí a entonces consiga que esto avance, sino me temo que se acabó.

—Pondremos todo de nuestra parte para que así sea. Un saludo.

El subinspector Román cuelga el teléfono y se queda mirando entre las notas y fotografías que cuelgan de la pared de su despacho tratando de ver algo de lo que todavía no ha sido capaz. Aprieta una pelota anti estrés que su mujer le regaló hace años como una broma, pero que en estas últimas semanas ha utilizado habitualmente hasta casi deformarla.

—Salinas tiene razón —piensa en voz alta—. No tenemos nada. Todos parecen inocentes y sospechosos en la misma medida, ¿pero quién puede ser capaz de matar a una chica como Eva que, aparentemente, todos adoraban?

Saca otra pastilla de paracetamol y la engulle. No recuerda cuando fue la última vez que pudo dormir bien ni cuando la última que no siente ese zumbido que retumba en su cabeza. Seguramente antes de que todo este caso irrumpiera en su tranquila vida en la isla. Huyó del incesante ruido de Madrid hace casi veinte años, pero este ruido es mucho peor. Mucho más agotador.

—¿Subinspector? —le asusta la voz de la agente Font que entra en el despacho sin llamar o que no le ha parecido escuchar hacerlo—. Bajo hay alguien que quiere verle, parece importante.

Román sale de su despacho desconcertado y baja a toda prisa por las escaleras hasta llegar al vestíbulo donde busca con gran curiosidad al misterioso individuo hasta que, finalmente, parece reconocerlo.

—Carlos, ¿quería verme? —saluda con sorpresa al padre de Eva en el que detecta un extraño gesto inquieto.

—Buenas tardes, subinspector —responde al saludo—. Sí, quisiera hablar con usted. Creo que hay algo importante que debe conocer.

Capítulo 31

—Carlos, pase por favor —le invita a entrar en su despacho y, tras él, cierra la puerta—. Tome asiento. Soy todo oídos —comenta sin exagerar ni un ápice pues necesita cualquier información que reanime el agotado caso.
—Verá, no sé muy bien cómo decirle esto. Ni tampoco sé si estoy cometiendo un terrible error—muestra un gran nerviosismo que incluso hace titubear su voz.
—Carlos, puede confiar en mi. Los dos queremos, ante todo, que se haga justicia con su hija. Cualquier información o pálpito que puedan tener podría ser clave en su resolución.
—Me duele en el alma tener que decirle esto, pero creo que pudo hacerlo mi pareja, Marta —confiesa tras unos segundos de silencio.
—¿Por qué lo cree ahora? Hace unas semanas estaba completamente seguro de su inocencia. ¿Qué ha cambiado?
—Como usted dice, he tenido un pálpito. Además, debo confesarle que su declaración no fue del todo cierta. Yo mismo la redacté.
—¿Cómo dice? Sabe que eso es un delito, ¿verdad?
—Lo sé y no tendría ningún problema en asumir las consecuencias, pero por encima de todo está mi hija. Era la persona más importante de mi vida —se pone a llorar sin ni si quiera poder terminar la frase.
—Tranquilo, Carlos. Cuénteme todo lo que sepa. Esto quedará entre usted y yo hasta que tengamos alguna prueba consistente.
—Verá, el día 23 de junio yo regresé de Barcelona por la tarde. Pasé por casa a dejar la maleta y ducharme. Sobre las ocho salí de casa y me fui a cenar con unos amigos en Mahón. Le insistí a Marta para que viniera conmigo, pero se negó. Siempre salimos juntos a cenar. La noté muy rara. Estaba, no sé inquieta. Me dijo que no tenía ganas y que prefería quedarse en casa.
—¿Sabe si salió de casa?
—Sí que salió. Cuando yo regresé a casa ella no estaba.
—¿Cómo dice? ¿A qué hora fue eso? —se inclina sobre su silla del despacho incrédulo por todo lo que está escuchando.
—Yo llegué cerca de las dos de la madrugada. Su coche no estaba. La llamé pero no me contestó. Entré en casa para ver si me había dejado alguna nota o algo, pero nada. Salí para ir a buscarla y justo al subirme al coche me llamó.

—¿Qué le dijo?
—Que había tenido que salir a buscar a su hijo y se habían entretenido, perc que ya volvían a casa. Más o menos en veinte minutos escuché su coch llegar.
—¿Qué hablaron? ¿Notó algo extraño en ella? Piénselo bien, puede se importantísimo.
—Nada en especial. Me dijo lo que ya habíamos hablado por teléfono. Yo nc le di más importancia y nos fuimos a la cama. Al día siguiente todo explotó pero en ningún momento se me pasó por la cabeza que ella pudiera tener alg que ver.
—¿Por qué decidió maquillar su declaración? No logro entenderlo.
—Porque pensé que se equivocaban señalándola como posible sospechosa y todavía lo sería más si contaba la verdad. Su coche aparecería en las cámara de Ciutadella como apareció, pero si yo estaba en casa con ella no tendría tiempo suficiente de cometer el crimen. No quería que perdieran el tiempo en una persona en la que yo depositaba toda mi confianza, pero me temo que con el paso del tiempo esa confianza ha ido mermando en mi.
—¿Ella sospecha algo de esto?
—¡No, para nada! —exclama rápidamente.
—Mejor, hagamos que continúe así. Debe hacer vida normal con ella. Trate d buscar alguna prueba, lo que sea. ¿Sabe su contraseña del móvil?
—Sí...
—Bien. Coja su móvil. Busque cualquier indicio. Voy a volver a solicitar qu intervengan su teléfono. Con esto no creo que me lo vuelvan a negar.
—De acuerdo, haré lo que pueda... —responde abatido.
—Otra cosa más. ¿Eva solía subir en el vehículo de Marta?
—¿Perdón? No —responde extrañado—. Ya sabe que no tenían buena relación. Le diría que jamás subió a su coche.
—Hace unos días descubrimos por casualidad que Eva no llegó a coger su coche la noche de los hechos.
—Lo siento, me he perdido.
—Cité para declarar de nuevo a su amiga Gemma. Estuvieron juntas toda la noche y se despidieron a la altura del restaurante *Es Nàutic*. Según nos cuenta Eva se fue sola desde allí hacia su coche que estaba aparcado cerca. No asegura que Eva iba a volver a casa con su coche, pero el coche lo encontraron

unos días después estacionado en el mismo sitio donde ella lo dejó. Decidió subir a otro coche y dejar el suyo allí. No sabemos si voluntariamente o no.
—¿Y si la mataron allí mismo?
—Imposible. Toda la zona del puerto estaba esa noche llena de policías. Tampoco la arrojarían al mar desde el sur porque las corrientes nunca la habrían arrastrado hacia el norte. Hubo una fuerte tramuntana por lo que estamos casi seguros que la arrojaron al norte del puerto de Ciutadella —hace una pausa tratando de dejar que asimile toda la información que está recibiendo y se inclina hacia él—. Escuche, necesito meter a la científica en su coche. Si aparecen restos de su ADN sería una prueba definitiva.
—Si ha sido ella no sé qué hago... De verdad que no sé qué hago...
—Carlos, necesito que mantenga la cabeza fría. No hable de esto con nadie. Cualquier cosa nueva que descubra, me llama inmediatamente. Sea la hora que sea.
Ambos se despiden y Carlos baja las escaleras hasta llegar a la entrada principal y salir a la calle. Camina unos pasos en dirección a su coche. Lo hace pensativo, triste, desolado. Siente que su vida carece de sentido. Todo lo que ha construido en todos estos años se ha desvanecido como un castillo de naipes al que un cruel golpe ha esparcido todas las cartas por el suelo. Saca su *iPhone* del bolsillo y realiza una inusual llamada.
—Sofía, ¿qué tal estás? ¿Te apetece tomar un café?

Capítulo 32

Abril 202

—La próxima peli la elijo yo que me tienes saturado con tantas románticas siempre terminan igual.
—Te las pongo para que veas cómo tiene que ser el chico perfecto —sonri Eva tumbándose encima de Ulises, invadiendo su lado del sofá.
—Yo no quiero ser el chico perfecto, solo el perfecto para ti —la besó y acarició todo su cuerpo desde el cuello hasta posar sus manos en sus glúteos y apretarla contra su ya erecto pene.
Eva tampoco disimuló sus ganas y continuó con el caluroso movimiento qu Ulises le proponía. Únicamente unos finos pijamas separaban el roce de su excitados cuerpos que parecían estar ya sedientos del frecuente sexo al qu ambos los habían acostumbrado.
—Aquí con Valeria no, Ulises.
—Si está dormida. Lo hacemos muy despacito y en silencio.
—No, no. Ven —le cogió de la mano y le invitó a levantarse del sofá.
Con sumo cuidado caminaron, para no despertar a la niña, y le llevó a u cuarto de baño de la misma planta de la casa. Eva le invitó a pasar y, tras él entró y cerró la puerta con pestillo. Empezó a besarle con energía y le quitó l camiseta para seguir haciéndolo mientras acariciaba su pecho y abdomen. É hizo lo propio, dejando al descubierto sus bonitos pechos que acarició y bes intensamente al ver cómo se aceleraba su respiración. No dejaron de besarse la vez que iban despojándose del resto de ropa hasta quedar completament desnudos. Ulises la giró enérgicamente y ella se sujetó de la pila del baño co sus manos. Le levantó su largo pelo dejando el cuello expuesto. Lo besó y lamió apasionadamente, bajando por su espalda hasta llegar a su húmed vagina, donde jugueteó con su lengua haciendo las delicias de su novia. Si poder prolongar mucho más los trabajados preliminares, Ulises se levantó y l introdujo su vigoroso pene. Se agarró de su cadera y comenzó a penetrarla co intensidad. Eva se agarró al lavamanos de mármol blanco para recibir la fuertes envestidas que tanto placer le otorgaban. Levantó la mirada y vio l escena sexual reflejada en el espejo y se gustó, mordiendo sus carnosos labio y acariciando sus propios pechos.

—Me gusta ver cómo me lo haces —confesó Eva—. Míranos, ¿no te gust vernos follar?
—Claro, cariño. Me encanta —aseguró Ulises sintiendo todavía má excitación al ver cómo ella le miraba.
Le cogió las manos para ponerlas en sus pechos y estiró sus brazos para deja resbalar por el espejo las suyas, dejando la estampa de sus dedos marcados d arriba a abajo. Cerró los ojos, sintiendo como el pene se deslizaba por toda su vagina, y llegó a un prolongado orgasmo en el que no tardó en notar que é también terminaba poco después.
Tras varios minutos, abrieron la puerta, ahora bastante más relajados, y regresaron al salón. Valeria seguía dormida profundamente, ajena a cualquie escena de contenido no apto para ella.
—Mírala, cae un meteorito y ella ni se enteraría —bromeó su madre.
—Es una niña buenísima. Cada día la quiero más, te lo prometo.
Eva sonrió y casi lloró al escuchar sus palabras. Le abrazó con todas su fuerzas. Llevaba meses con la idea de haber encontrado al hombre de su vid y esto no hacía más que reforzarla.
—Te lo digo de verdad. Muchas veces siento como si fuera mi hija. Yo no s qué es ser padre, pero creo que no tiene que ser muy diferente a esto.
—Pues no. Me encanta que la cuides tanto. Ella te quiere mucho.
—Eva, ¿qué pasaría si de repente regresa su padre?
—No lo hará —respondió algo nerviosa por la inesperada pregunta.
—¿Cómo estás tan segura? Si eso pasa no sé muy bien dónde encajaría yo — miró hacia el suelo con preocupación.
—¿Estás tonto? Para nosotras tú lo eres todo y no necesitamos a nadie más Además, ya te he dicho que él nunca volverá, confía en mí.
—La verdad es que me parece todo bastante raro. ¿Cómo alguien puede sabe que tiene una hija y desaparecer de esa manera? —insistió.
—Para, por favor. Sabes que no me gusta hablar de ese tema.
—Yo también quiero que confíes en mí. Dijimos que sin secretos entr nosotros, ¿no?
Eva giró la cara para que no pudiera ver cómo había empezado a llora intensamente, pero él no tardó en detectarlo y se levantó corriendo hast agacharse frente a ella.
—Mi amor, ¿qué pasa? —limpió las lágrimas de su cara con sus manos—. T prometo que siempre os voy a cuidar. Te quiero mucho, mi vida. No llores, po

favor. Si te pasa algo solo quiero que me lo cuentes para poder ayudarte.
—Ulises, hay algo que no te he contado, ni a ti ni a nadie —acertó a pronunciar entre angustiosos sollozos que no era capaz de detener.
—¿Qué pasa, Eva? Me estás preocupando.
—Prométeme que nunca le dirás nada a nadie de esto.
—Te lo prometo. Dime qué pasa, por favor —notaba como su corazón se aceleraba por el miedo a conocer algo que pudiera cambiar su idílica relación.
—Te lo digo en serio. Pase lo que pase, ¿nunca se lo dirás a nadie?
—Sí, Eva, te lo prometo. Me estás asustando.
—La historia del hombre que decidió seguir con su vida después de dejarme embarazada es falsa. Yo me la inventé.
—¿Cómo dices? —preguntó sin sorprenderse demasiado por la inverosímil historia de la que siempre dudó—. ¿Qué pasó entonces?
—Verás... —intentó continuar, pero cada vez lloraba más desconsoladamente —. Alguien me drogó y me violó. No recuerdo casi nada de lo que pasó. Lo he pasado muy mal. Te juro que me quería morir —continuó llorando, pero con el extraño alivio de acabar de soltar la carga tan pesada que arrastraba en su interior desde hacía años.
Ulises la abrazó, con la mirada perdida por el salón tratando de encajar la noticia que acababa de recibir. Necesitaba congelar el tiempo y poder pensar en aquella verdad que perseguía con cautela y que ahora, una vez desvelada resultaba enormemente complicada de digerir.
—Cariño, no sé muy bien ni qué decir. No puedo ni imaginarme por lo que has tenido que pasar todos estos años. Tú sola. ¿Por qué no se lo has dicho a nadie? ¿Por qué no lo denunciaste?
—Lo pensé mil veces. Pasé días encerrada en casa llorando sin apenas comer. Todo me daba miedo. Después traté de sacar fuerzas y valoré la idea de buscar ayuda, pero entonces me enteré que estaba embarazada. Algo dentro de mí hizo que debía tener el bebé. Se convirtió en mi prioridad por encima de todo. La pobrecita no tenía ninguna culpa, y mira ahora —observaron ambos a Valeria que todavía dormía, ignorando la montaña rusa de sentimientos por lo que acababa de pasar su madre—. Es la mejor decisión que he tomado en mi vida.
—Desde luego que sí. Tenemos una niña increíble.
—¿Tenemos? —sonrió extrañada entre lágrimas.
—Perdón, tienes. Ya te he dicho que a veces siento como si lo fuera.

Capítulo 33

Los días posteriores a la revelación del oscuro secreto fueron días raros, muy raros. Trataron de continuar con normalidad con sus vidas, pero siempre sobrevolaba por sus mentes como una espesa niebla que no desaparecía Quizás jamás ya lo haría. En la intimidad de la pareja, reinaba una incómoda amalgama de compasión, ternura desmesurada y desconexión emocional que jamás antes habían experimentado. Ambos lo sabían, pero huían de ello con la convicción de que pronto se diluiría con el paso del tiempo. Tampoco fue así Nadie puede normalizar un suceso de tal envergadura.

Pasaron las semanas y la relación se fue volviendo más fría. Ninguno de los dos entendía por qué estaba pasando esto. Tampoco les dolía, su umbral de dolor se había reconfigurado de tal forma que creían no sentirlo. Se alejaron el uno del otro. Ulises pasó más noches que nunca en su apartamento alquilado a las afueras de Ciutadella. Eva volvió a sentir la soledad y rememorar sus miedos del pasado.

Pasaron meses sin saber qué había sido de su relación, si seguía vigente o debían poner el punto final definitivo. Únicamente un pequeño hilo los mantenía unidos. Un hilo que Valeria se encargaba de anudar a cada una de sus manos y que lograba mantener un ápice de esperanza en la pareja.

Era un 22 de abril de 2023, un año después de la desafortunada confesión como ella misma la definía, cuando Eva cogió su coche y condujo hasta Ciutadella. Aparcó su coche en una calle perpendicular a la *Plaça dels Pins* y caminó varios metros hasta llegar al concurrido, como cada sábado noche, restaurante de Ulises. Entró directamente hasta la terraza interior donde los comensales cenaban entre un ambiente distendido. Fue al ordenador desde donde sonaba una mezcla de canciones programadas que ambientaban sin demasiadas estridencias. Buscó entre varias listas la que quería hasta que la encontró. Le dio al play y subió el volumen al máximo.

Ulises, que estaba en la cocina agilizando las comandas, lo escuchó y salió rápidamente para ver qué estaba pasando. No tardó en reconocer los primeros acordes de *Viento de cara* de *Supersubmarina* y una sonrisa se dibujó en su cara. Aquello no podía ser casualidad. La buscó por todas partes hasta que la encontró. Allí estaba, en el mismo sitio donde se conocieron por primera vez bailando y cantando con la misma sensualidad con la que le enamoró nada

más verla. Se acercó a ella con un brillo en los ojos con el que hacía mucho que no le miraba y fue directo a besarla.
—Eres increíble. ¿Qué haces por aquí? —preguntó todavía emocionado por la sorpresa.
—He venido a reescribir nuestra historia y creo que desde aquí es el momento perfecto —hizo una pausa y, tras corroborar en su mirada que seguía tan enamorado de ella como siempre, continuó con su plan—. Ulises Vila ¿quieres casarte conmigo?

Capítulo 34

—¿Te acuerdas de todas las veces que Eva nos hacía venir aquí para jugar con la bici? —recuerda Carlos con su mirada melancólica perdida entre la majestuosidad de la *Catedral de Santa María de Ciutadella*—. No sentábamos justo ahí en las escaleras mientras ella recorría toda la plaza durante horas.

—Claro que me acuerdo. No me puedo creer que todo haya terminado así Carlos. Lo teníamos todo y míranos ahora. No tenemos absolutamente nada —niega Sofía con la cabeza y vuelve a bajar la mirada hacia su café para escapar de unos recuerdos tan felices que ahora le resultan tremendamente dolorosos.

—Desde que pasó esto no paro de pensar si toda mi vida ha sido un error.

—¿A qué te refieres?

—He dedicado todo el tiempo a luchar contra mi propia ambición. Esa siempre ha sido mi prioridad y no me di cuenta de lo verdaderamente importante de la vida. Teníamos una familia maravillosa y un buen trabajo que ya nos permitía vivir cómodamente, pero yo quería más. Siempre quería más —se enfada consigo mismo y se levanta para entrar dentro del *Café Catedral* a por otro sobre de azúcar moreno y regresar a su silla de la terraza.

—Bueno, yo tampoco he sido una mujer ejemplar.

—Lo he pensado muchas veces, Sofía. Igual no habrías hecho lo que hiciste si yo te hubiera dedicado el tiempo que te merecías —vierte el segundo sobre en su café con leche tratando de hacer espabilar su cuerpo a base de cafeína y azúcar.

—No debería haberlo hecho de ninguna de las maneras. Yo destrocé nuestra familia y jamás me lo perdonaré.

—No digas eso —le tiende una mano que ella acepta.

—¿Crees que fuimos buenos padres?

—No lo sé, Sofía, no lo sé. Supongo que un buen padre es capaz de proteger a su hija y a mi me la han matado sin yo poder hacer nada para impedirlo. Lo que sí tengo muy claro es que no voy a parar hasta encontrar al culpable y hacer que pague por ello. Sea quien sea.

—¿Piensas que pudo ser ella?

—Espero y deseo que no, pero ya no confío en nadie. Encontraré a quien lo hizo, con o sin ayuda de la policía, y te prometo que le hundiré la vida tanto

como nos la han hundido a nosotros.
—Eso es imposible, Carlos. Nos han arrebatado a nuestra niña. No existe nad
más cruel.
Tras un amplio abanico de lamentos, que por desgracia comparten desde hac
ya varias semanas, continúan tomando sendos cafés en silencio. Sus mirada
se pierden entre la enorme fachada de piedra de la Catedral mientras el ruido
el aluvión de pensamientos negativos envenenan sus mentes. El dolor les un
tanto o más de lo que jamás lo estuvieron. La muerte de Eva ha provocado qu
hoy sus padres se encuentren sentados juntos en una cafetería en la plaz
donde antes siempre lo hacían. Eva siempre soñó con este reencuentro. Quizá
los esté contemplando feliz desde el otro mundo. Quizás piense que su muert
valió la pena. Quizás exista una pequeña luz de esperanza. Quizás no.

Capítulo 35

Es un domingo de agosto y el sol ya entra con fuerza por las ventanas de la habitación principal. Marta se despierta y se acerca a Carlos reclamando el cariño que tanto escasea desde hace tiempo. Carlos, que no recuerda haber dormido más de dos horas seguidas a pesar del cansancio crónico que padece desde que vive inmerso en esta pesadilla, le corresponde con un beso y fría caricias que para nada la satisfacen.

—Voy a darme una ducha antes de desayunar, ¿vale? Duerme un poco más si quieres —le susurra al oído con la esperanza de compartir un apasionado baño en pareja como antes solían hacer, pero que él rechaza dándose la vuelta para continuar durmiendo.

Marta se sienta en su lado de la cama y se desnuda por completo y, al no recibir respuesta alguna, se levanta y camina hasta llegar al baño. Carlos, lejos de plantearse disfrutar de ninguna escena sexual, espera a escucharla abrir el grifo de la ducha para dar comienzo a su plan. Se levanta en silencio y va hasta el pie de la cama donde Marta ha dejado su móvil sobre una cómoda color chocolate con grandes cajones. Lo desbloquea y alterna rápidos vistazos entre la puerta cerrada del baño de la habitación con la pantalla de su *iPhone* por miedo a ser descubierto. Rápidamente nota como su corazón se acelera y empieza a latir a gran velocidad. Sus manos tiemblan, comportándose de manera errática, y nota como sus axilas empiezan a sudar. Necesita buscar respuestas aunque le aterra la idea de encontrarlas. Empieza a leer conversaciones sin demasiado orden desde un par de semanas anteriores a la muerte de Eva. Al momento abandona la aplicación para abrir la carpeta de fotos. Aparecen imágenes aleatorias, incluso la mayoría enviadas por él mismo. Hay pantallazos de conversaciones que se afana en leer, pero de la que no logra extraer ninguna información relevante. Abandona esta carpeta para volver a buscar entre todas las conversaciones registradas, la mayoría con gente a la que conoce. Se le ocurre escribir en el buscador el nombre de Eva y al momento obtiene un listado de mensajes en los que viene su nombre resaltado. La mayoría de ellos pertenecen a sus propias conversaciones en lo que cita él mismo a su hija. Entre todos ellos le llama la atención uno. Es de 30 de junio, el mismo día que Marta declaró en Comisaría y el destinatario e

Pau, su hijo. Pulsa en el mensaje para abrir la conversación completa y comienza a leer:

"Pau, ha ido todo bien, no te preocupes por nada. Nadie sabe cómo murió ***Eva****. Ya está, se acabó."*

Carlos siente un calor súbito que le nace desde el pecho y recorre todo su cuerpo, como si su corazón hubiera entrado en erupción y su sangre fuera la lava que destruye todo a su paso. Intenta recuperar el sentido para seguir leyendo en esa conversación que parece querer revelarle la verdad, una verdad que ha perseguido sin pausa y que ahora tiene en sus manos, pero que no sabe si se siente capacitado para recibir.

Tras unos segundos en los que cierra los ojos y respira profundamente tratando de bajar pulsaciones, retoma el plan y enciende de nuevo la pantalla que ya se ha vuelto a bloquear. Introduce otra vez el pin y aparece ante sí la conversación desde donde acaba de leer. Sube cuidadosamente hacia arriba para leer todo desde el principio de ese día y no perder ni un detalle.

—Carlos, ¿qué haces con mi móvil? —pregunta desde la puerta ya abierta del baño, con una toalla que cubre su cuerpo desnudo y otra que sujeta su pelo mojado.

—Nada —suelta el teléfono de golpe y se le cae contra la cómoda del tremendo susto que le provoca.

—¿Carlos? ¿Me dices qué pasa? —corre para recoger su teléfono ante un petrificado espía descubierto que simplemente acierta a dejarse caer hacia detrás para sentarse en la cama y cubrir su cara con las manos.

Ella no dice nada. Busca en su móvil lo que estaba leyendo y no tarda en ver la conversación con su hijo. La relee y le mira. Él no levanta la mirada, como si diera la batalla directamente por perdida. Otra más.

—Carlos, ¿me explicas qué hacías con mi móvil? —pregunta en un tono más calmado después de sentarse a su lado y cogerle por el hombro.

—Marta, por favor, dime que no fuiste tú. Dime que tú no lo hiciste —le mira con los ojos inundados de lágrimas y una voz rota de dolor.

—¿Hacer qué, Carlos?

—¡Matar a mi hija! —escupe con un grito la dura frase que le quemaba por dentro y que ahora rebota por toda la habitación, asestando un duro golpe en sus oídos.

Marta se queda inmóvil, en silencio. Trata de asimilar la dura acusación que recibe de la persona que ama, en la que más confía. Siente que su mundo se

rompe en mil pedazos, siendo consciente de que este momento marcará un antes y un después en su vida. Acierta a levantarse con dificultad y tambaleándose regresa al baño, donde se encierra. Carlos vislumbra la puerta entre lágrimas y no tarda en escucharla llorar. Lejos de ir a ofrecerle consuelo permanece sentado a los pies de la cama mirando el suelo y retoma sus llantos que, separados por una puerta de madera lacada en blanco mate, comparten a dúo en una jornada matinal de domingo que a todas luces se presenta larga y desoladora.

Capítulo 36

—¿Nicolás?
—Sí, dime subinspector —contesta con dificultad después de recoger el móvi que le había caído al sofá en un primer intento torpe de descolgar.
—¿Te pillo durmiendo?
—No, no. Estaba con los ojos cerrados intentando que se me pase el dolor d cabeza. Como esto dure mucho más no sé yo si no habrá otra víctima.
—Perdona, hablamos mejor en otro momento.
—No, tranquilo. ¿Alguna novedad? —se incorpora para encajarse entre do cojines hasta quedar sentado en su sofá en el que disfrutaba de una truncad siesta en su día de descanso.
—Algo tenemos. Ya sabes que la semana pasada vino a verme Carlos con la sospechas de su novia.
—Sí, de Marta —le interrumpe—, ¿ha conseguido encontrar algo?
—Espera, déjame contarte. Llamé a los de Mahón y ya tenemos el permis para intervenir su teléfono.
—Bien, buenas noticias. ¿Tenemos algo ya?
—He podido ver algunos mensajes y un par de llamadas, pero nada relevant de momento.
—Entonces seguimos igual, ¿no?
—Hay algo que sí me ha llamado bastante la atención. Recibió varia llamadas desde un número oculto la noche de la muerte de Eva.
—Podemos averiguar a quién pertenece, ¿verdad?
—Sí, ya estoy en ello, pronto me pasarán los datos.
—No pinta bien...
—La verdad es que no. Quiero que la vigiles, asegúrate que no abandona l isla. Habla con Carlos y que nos avise ante cualquier movimiento extraño qu detecte en ella. Ya le he dicho que nos avise si de repente decide hacer un limpieza exhaustiva de su coche, ahí podemos encontrar restos de Eva si l cosa sigue para adelante.
—Hecho —frota sus ojos para terminar de despertarse al ver que el día libr acaba de expirar.
—Bien, en cuanto a su ex...
—¿Sí? ¿Alguna escucha interesante?

—Sí, pero nada incriminatorio. Más bien todo lo contrario.
—¿Y eso?
—Le hemos escuchado hablar con un amigo sobre Eva, directamente Mostraba bastante pena por ella, incluso rabia contra su verdugo. Fantaseaba incluso con la posibilidad de haber vuelto a ser novios en el futuro.
—Descartado entonces, ¿no?
—Puede ser, aunque mantendremos vigilancia, por si acaso —hace una pausa esperando la aprobación de su subordinado que no llega—. Vale, pues te pone tú con lo de Marta y nos vemos mañana por aquí.
Ambos se despiden y Rodes se tumba de nuevo en el sofá mirando aleatoriamente sus redes sociales. Busca un contacto en su agenda y le hace una llamada perdida a modo de señal en clave. Se incorpora de nuevo en su sofá y enciende la *Playstation*.
—Por fin, pensaba que no te ibas a conectar —comenta Rodes a través de su auriculares de los que sale un micrófono que va directo a su boca.
—Estaba llegando a casa. ¿Cómo vas?
—Bien, bastante cansado. Necesito vacaciones ya —sonríe irónicamente a verlas como una meta lejana e inalcanzable ahora mismo.
—Bueno, todo llega.
—Me acaban de decir que te faltó ponerte a llorar por lo de Eva. Tampoco te pases, a ver si nos van a pillar.
—Ah, ¿me escucharon? —sonríe dejando una sonora carcajada en su auriculares—. Te lo he dicho mil veces, tío. Yo no la maté y te juro que con el paso de las semanas cada vez me duele más que acabara así. ¿Te puedes creer que sigo sintiendo algo por ella?
—Sí, ya lo sé, no hace falta que me lo jures.
—En el fondo era una tía de puta madre. Seguro que el novio ese que tenía ha tenido algo que ver.
—No me fío un pelo de ese, pero mi jefe está convencido de que él no ha sido No sé qué cojones le ha dicho para que esté tan seguro de él. Ya ni le están investigando, pero yo no pienso quitarle el ojo de encima. Menudo pieza...
—Si quieres que vayamos a darle un susto me avisas.
—Tú mejor sigue tranquilito como hasta ahora, al menos hasta que todo esto pase.
—Bueno va, ¿pegamos unos tiros?

—Va, dale —se ajusta los cascos y coge de nuevo el mando para dar comienzo a otra larga sesión de *Call of Duty.*

Capítulo 37

Ciutadella amanece con el olor que sus húmedas calles desprenden por la tormenta que durante la noche azotó el oeste de la isla de Menorca. El verano está cerca de bajar la persiana y son habituales las fuertes lluvias en esta época del año. El agente Rodes camina desde su casa, como cada mañana de servicio, hacia la Comisaría, no sin antes hacer una parada obligatoria en alguna cafetería de camino. Las aceras están tremendamente limpias y reflejan en los charcos la inconfundible luz del amanecer que se abre paso entre las nubes más perezosas que todavía cubren el cielo grisáceo. Apenas circulan coches salvo los de algunos trabajadores locales que como él saborean la otra cara de la ciudad, la que pertenece a los menorquines que viven allí todo el año.

Tras tomar un café en *La Reina,* en la misma *Plaça des Born*, continúa andando los apenas cinco minutos que le separan del edificio en el que últimamente tiene la sensación de pasar más horas que en ningún otro sitio. Atraviesa la puerta de la Comisaría y saluda a varios compañeros que han estado de servicio en otra tranquila noche de guardia. Sube las escaleras hasta llegar a su mesa y enciende su ordenador, esperando el sonoro ruido que siempre hace al arrancar y que hoy, siendo fiel a sus costumbres, repite sin falta. En su mochila lleva siempre su portátil en el que prefiere trabajar salvo cuando necesita acceder a la red local, donde no tiene más remedio que utilizar su viejo ordenador de mesa.

—Buenos días, Nicolás.

—¿Qué tal, subinspector? —saluda desde su mesa al recién llegado.

—¿Vamos a mi despacho a seguir con esto?

—Claro —se levanta y sigue sus pasos hasta la estancia formada por dos paredes prefabricadas que, colocadas en una esquina de la misma sala diáfana donde se encuentran el resto de mesas de trabajo, configuran su despacho.

—¿Cómo vas? —pregunta después de dejar que un exagerado suspiro sonara al sentarse en su sillón giratorio— Yo empiezo a estar un poco hasta las narices del caso. Voy a acabar mandando a la mierda a los de la Central. Quieren algo y yo creo que no puedo darles nada más. Me temo que se acabó —Rodes.

—¿De verdad? Al menos valorarán todo lo que hemos hecho por el caso, ¿no? Llevamos ya meses trabajando sin descanso.
—Eso les importa una mierda. Quieren resultados y, la verdad, no les hemos dado nada. Es probable que pidan mi cabeza, si es que no lo han hecho ya. Los Moll son muy poderosos, más de lo que me podía imaginar.
—Son amigos míos, iré a hablar con Carlos. Él sabe todo lo que estamos haciendo por su hija.
—Da igual. Si no encontramos a quién lo hizo irá a por nosotros. Te aseguro que poco le importará que de pequeño jugaras con él en su piscina. Su hija es lo primero y nosotros los responsables de no haberle hecho justicia.
—Pues vamos a darle lo que quiere.
—¿Qué quieres decir? —cambia su expresión derrotista y le mira extrañado.
—Sé quién lo ha hecho, pero todavía no tengo pruebas.
—¿Cómo?
—Ulises la mató, estoy seguro. Esa noche durmió en casa de Eva y no había nadie más. La niña estaba en casa de su abuela. Ella llegó después a su casa pasó algo y él la mató.
—Pero el coche de Eva se quedó aquí en el puerto, ¿cómo fue hasta allí?
—Vendría él a recogerla, tiene todo el sentido del mundo. Piénsalo bien, ¿con quién se iba a ir a esas horas de la noche sola a su casa? Antes hubiera cogido su coche que estaba a pocas calles de donde se despidió de sus amigas. Vino a recogerla, discutieron de camino y ese hijo de puta la mató.
—No sé, Rodes, no sé... —se levanta de su silla y se queda mirando la pared donde tiene resumida toda la investigación entre fotografías y anotaciones pegadas— ¿Por qué iba a hacerlo?
—Ulises es un tipo agresivo. Igual fue por celos o vete tú a saber. Deberíamos ir a por él.
Román se queda varios minutos en silencio mirando con detalle cada una de las imágenes que cuelgan de un enorme tablero de corcho. Por su lado, el agente Rodes permanece sentado esperando que su convincente relato avive la investigación que, hace unos minutos, parecía entrar en estado terminal.
—Nicolás, ¿qué es lo primero que te dije cuando todo esto estalló? —pregunta todavía de pie y dándole la espalda.
—¿Cómo dices? ¿A qué te refieres?
—Tú y yo quedamos en que no te llevarías nada de esto a lo personal ¿verdad?

—Por supuesto, y así está siendo.
—Pues no lo parece —contesta dándose la vuelta y, mirándole fijamente, se sienta de nuevo—. ¿Crees que no sé quién es Ulises Vila? Te recuerdo que llevo en esta Comisaría más años que tú, bastantes más. En ese momento no estábamos en el mismo departamento, pero todos supimos lo tuyo.
—No tiene nada que ver con lo que pasó, de verdad.
—Claro que tiene que ver. Desde entonces se la tienes jurada y me temo que no estás siendo objetivo. La venganza es para los demás, no para nosotros. Nuestro trabajo nos obliga a actuar con cabeza en todo lo que hacemos. Voy a tener que pedirte que abandones el caso, creo que será lo mejor para todos.
—No, por favor. Déjame ayudarte. Solo quiero hacer justicia. Eva era como de mi familia, déjame hacerlo por ella.
—¿Ves? Vuelves a no ser objetivo.
—Puedo hacerlo, dame solo una oportunidad. Déjame hablar con Carlos, él confía mucho en mi y nos puede ser de gran utilidad.
—Mmm... está bien, Nicolás. Tenemos poco tiempo ya. Me veo de una patada en el culo de vuelta a Madrid si no les damos algo pronto.
—Eso no va a pasar, confía en mi.
El agente se levanta de su silla y se despide del subinspector para salir del despacho con celeridad. Baja las escaleras y abandona la Comisaría con paso ligero. No tiene muy claro cómo darle a su jefe lo que necesita, pero sabe que tiene una oportunidad de oro para resolver el caso más mediático que seguramente nunca aterrizará en sus manos y que le puede catapultar hacia un ansiado ascenso. Desde la calle y antes de subir a un coche oficial, se gira y fija la mirada hacia la Comisaría desde donde acaba de salir. Permanece tranquila, como de costumbre, ajena a la tormenta que está a punto de venir.

Capítulo 38

El agente Rodes abandona Ciutadella y se dirige por la *Me-I* hacia Ferreríe con su coche policial. Hace apenas unos minutos que ha colgado el teléfon con Carlos para concertar la improvisada visita. Esta vez será en la sed central de la fábrica, en el polígono industrial muy cerca de su residenci habitual, donde ahora suele pasar gran parte de su tiempo. No tarda más d quince minutos en llegar. Aparca en la calle, fuera de las plazas privadas de l propia empresa y accede al edificio a través de una enorme puerta de crista giratoria. Tras ella, un moderno vestíbulo con techos a doble altura y un cuidada decoración minimalista, dan una idea del nivel de la empresa. En la paredes, de un blanco impoluto con potentes focos que bañan de arriba a baj con luz cálida, destacan numerosos cuadros con imágenes relevantes desd que se fundó allá por los años cincuenta. Nicolás las ojea con curiosida mientras espera que una de las chicas de recepción avise a Carlos de s llegada.

—Qué época tan buena... Por aquel entonces, la vida era mucho más sencilla Todo el mundo vivía bien y a nadie le faltaba un bocado que echarse a la boca

—¿Qué tal, Carlos? —saluda después del sobresalto que le provoca s inesperada presencia a sus espaldas.

—Bueno, vamos tirando... ¿Querías verme?

—Sí, no pretendo robarte demasiado tiempo.

—Sabes que tú siempre eres bienvenido. Acompáñame, vamos a mi despacho. Acepta su propuesta y le sigue hasta unos ascensores que se encuentra ocultos tras la recepción y suben hasta la planta más alta. Caminan por u pasillo enmoquetado hasta su despacho, a juzgar por el nombre que así l indica en una placa grabada sobre el marco superior de la puerta. Le llam poderosamente la atención el silencio que reina en todo el piso, a diferenci del bullicio que se respira alrededor del edificio y en la planta baja.

—Siéntate, por favor.

—Gracias, Carlos. Es impresionante la sede, nunca había estado.

—Me alegro que te guste, ¿vienes para hacerme una oferta? Con todo esto s me ha pasado varias veces por la cabeza la opción de venderlo todo y despeja mi cabeza de tantas preocupaciones. Creo que me estoy quedando sin fuerzas Nicolás.

—Es normal, has sufrido muchísimo. No me puedo ni imaginar lo que se siente al perder a una hija, pero nadie llevaría todo esto como tú. Lleva muchos años demostrando que eres el mejor y sería un palo tremendo para toda la gente de la isla que trabaja para ti.
—Aquí todo el mundo mira por lo suyo. Todos me conocen, pero nadie ha sido capaz de ayudarme con mi pobre niña —deja caer un puño con rabia sobre la robusta mesa de madera—. En fin, ¿qué querías decirme?
—Verás... ya sabes cómo funciona todo esto —hace una pausa tratando de buscar las palabras idóneas—. Sabes que nosotros no hemos descansado ni un día tratando de encontrar al asesino de Eva y, si nos dejaran, así seguiríamos.
—¿Qué? ¿Ya vais a cerrar el caso? —interrumpe.
—Carlos, desde Mahón no paran de meternos presión, imagino que a ellos les están haciendo lo mismo desde más arriba. La verdad es que la investigación lleva semanas sin avanzar, me temo que no tenemos nada nuevo. El juez está a punto de archivar, aunque se muestra dispuesto a reabrirlo en cuanto aparezca algo.
—Sabes igual que yo lo que eso significa, ¿verdad? —se levanta de su sillón para ir al otro lado de la mesa y colocarse a escasos centímetros de él— Escúchame, no lo vamos a permitir. No vamos a parar hasta que el asesino de mi hija acabe entre rejas. ¿Estamos de acuerdo?
—Carlos, yo soy un simple agente de la Nacional. Me asignaron el caso por la buena relación que tenemos y porque podría aportar información relevante aunque no ha sido así.
—Nicolás, tú serás uno de los jefazos de la policía de esta isla y ahora tienes una oportunidad de puta madre para lograrlo. Resuelve este caso y yo mismo me encargaré de que así sea.
—De verdad, creo que ya no nos queda tiempo. Lo siento muchísimo, Carlos.
—Igual no estoy siendo lo suficientemente claro —coge una de las sillas de la habitación y la coloca para sentarse a su lado—. ¿Necesitamos más tiempo? Vale, si lo consigues te doy diez mil euros, me da igual lo que hagas para lograrlo.
—Carlos, no me hagas esto... Sabes que es ilegal y que yo soy un agente de la autoridad.
—El dinero maneja todos los hilos de nuestras vidas. Así funciona el sistema y así nos lo enseñan desde que nacemos.
—No puedo aceptar tu oferta, lo siento.

—Nicolás, no es una oferta. Es lo que haremos, y no te preocupes que esto quedará entre tú y yo. Haz lo que tengas que hacer para que nos den ese tiempo que necesitas. Te aseguro que vas a ganar mucho dinero si me consigues traer al asesino de mi hija.
—Me temo que es imposible decirte que no...
—Empezamos a entendernos, hijo, empezamos a entendernos... —le sujeta firmemente el hombro para después finalizar el gesto cómplice con un par de golpecitos en su nuca.
—Haré lo que pueda, pero te prometo que lo intentaré.
—Esa respuesta me vale —vuelve a su lado de la mesa y abre con una llave uno de los cajones—. Toma, aquí tienes los primeros cinco mil. Sabía que podía confiar en ti.
—Espero no defraudarte, Carlos...
—No lo harás. Seguro que no lo harás.
Se despiden ambos con un abrazo y Rodes regresa solo siguiendo el mismo recorrido. Su cabeza es una montaña rusa de sensaciones e ideas que chocan unas con otras constituyendo un enorme caos. Todo ha ido enrevesándose de tal forma que ya no se siente capaz de distinguir entre el bien y el mal. Lo que sí tiene claro es que se encuentra ante la gran oportunidad de cambiar su monótona vida y la ambición le empuja a insistir en dejar al descubierto la verdad de lo que pasó en aquella fatídica noche de San Juan. Lo que todavía no sabe es que, su propia ambición, le empujará también hacia el abismo.

Capítulo 39

El reloj del Ayuntamiento marca las seis en punto de la tarde y, como cada tarde después del ya iniciado curso escolar, Valeria juega con sus amigas en los columpios de la *Plaça dels Pins* en Ciutadella. Ulises, como siempre, la vigila desde uno de los bancos más alejados de la plaza en el que siempre trata de pasar desapercibido para el resto de los padres que aprovechan estos momentos para socializar unos con otros. Él no necesita que nadie le demuestre sus lamentos por la terrible muerte de Eva ni que alimenten su necesidad de hacer justicia. Simplemente aguarda a solas en uno de los bancos de madera situado estratégicamente tras la pinada, pero desde el que puede verla sin problema.

—Hola, Ulises, ¿qué tal?

—Aaah... hola, Gemma —contesta con un pequeño sobresalto tras no haber sido consciente de su llegada por estar abstraído con su móvil—. Bien, aquí en el parque con la niña. Creo que a los dos nos viene bien tomar un poco el aire de vez en cuando.

—Yo llevo encerrada en casa toda la semana. He salido a pasear un rato porque también lo necesitaba. No sé si alguna vez conseguiré superar esto Ulises. ¿Puedo?

—Claro, claro —se echa hacia un lado y le deja hueco para que se siente asumiendo que la soledad ha terminado.

—¿Cómo lo lleva ella?

—Bueno, supongo que lo mejor que puede llevarlo una niña de ocho años que ha perdido a su madre. Cuando está en el cole o por aquí jugando con sus amigas la veo bien, pero luego en casa es otra historia. La echamos mucho de menos, muchísimo.

—Qué injusta es la vida, Ulises. No paro de darle vueltas a qué pudo pasar esa noche. Todo era normal hasta que de repente desapareció —se tapa la boca con sus manos tratando de contener un llanto difícil de sujetar.

—Tú fuiste la última que estuviste con ella, ¿verdad? ¿O había alguien más?

—No, algunas se quedaron en el puerto y otras se fueron para el otro lado. Subimos las dos solas por las escaleras aquellas y la acompañé casi hasta el restaurante *Es Nàutic* —le señala desde allí el lugar exacto por donde llegaron aquella noche, muy cerca de la misma plaza donde hoy se encuentran.

—¿La pudiste ver subiendo a su coche?
—No, me dijo que lo tenía muy cerca de allí y que me volviera ya para casa Se ofreció a llevarme, pero le dije que no para que no tuviera que dar mucha vuelta porque estaba todo el centro cortado. Insistió y le dije que no. Te juro que no me lo perdonaré en la vida.
—Gemma, tú no tienes culpa de nada. Fuiste la única que se preocupó en acompañarla aunque luego tuvieras que volverte tú sola.
—Ya, pero yo lo podría haber evitado... —intensifica sus lloros a los que él trata de calmar acariciando su espalda—. Era la persona más importante de mi vida.
—Ella te quería mucho, Gemma. No paraba de hablarme de ti.
—Ya, pero no me quería de la misma forma que yo a ella.
—¿Cómo? —sonríe con cierta incredulidad.
—Pues eso —le mira sonriendo con los ojos repletos de lágrimas—. Estaba bueno y estoy, enamoradísima de ella. Te prometo que no siento que me atraigan las mujeres, pero con ella todo era diferente. Era la persona con la que me sentía feliz. Muy feliz.
—¿De verdad? Entonces yo no te debería caer demasiado bien, ¿no?
—Bueno, sabía que la cuidabas mucho y que ella estaba loca por ti, aunque no te negaré que al principio me fastidió un poco. Bueno un poco no, bastante — deja escapar una sonrisa nerviosa tras su íntima confesión.
—No sabía que me veías como tu rival, lo siento por la parte que me toca — continúa bromeando.
—Que va, ya casi lo tenía asumido. Oye, ¿se te ocurre quién pudo hacerlo?
—No lo sé, me temo que estamos todos igual de perdidos. ¿A ti sí?
—Lo he pensado mucho y me viene algún nombre, por ejemplo su ex, con el que hemos tenido unas cuantas escenas bastante fuertes, pero no creo que fuera capaz y me parece que la Policía tampoco tiene nada contra él.
—Sí, creo que lo tienen prácticamente descartado. Solo pido que al final se sepa la verdad y que quién lo hizo pague por ello.
—Ya, pero puede ser que nunca se sepa.
—Pues que la culpa se enquiste en su conciencia y que jamás pueda vivir en paz, ¿no crees?
—Si tú lo dices...
Gemma, tras su vaga respuesta, se despide y se levanta para irse caminando con paso fatigado por mitad de la plaza hacia su casa. Ulises, algo

desconcertado por su repentina marcha, divisa a lo lejos a Valeria que incansablemente como el resto de niños que abarrotan las escaleras de un tobogán, continúa jugando con una preciosa sonrisa dibujada en su demasiadas veces triste cara. Decide quedarse un rato más por ella, como por quién hace seguramente todo desde que desapareció su madre.

Aprovecha este rato para pensar en la conversación que acaba de mantener con Gemma. Se esfuerza en buscar algún sospechoso sobre el que poder investigar. Por su mente pasan todas las imágenes de las mismas personas que ya cuelgan desde hace meses en la pared del despacho del subinspector Román. ¿Y si no es ninguno de ellos? De repente un recuerdo irrumpe con fuerza en su cabeza. ¿Tuvo algo que ver aquella terrible violación que Eva sufrió en su propia casa? Cabe la posibilidad de que ella terminara descubriendo a su agresor y éste la matara. ¿Será solo cosa del hombre que la dejó embarazada o habrá alguien más implicado?

Capítulo 40

—Rodes, pasa a mi despacho, por favor.
—Claro, subinspector —baja la tapa de su portátil y se levanta enérgicamente de su mesa para obedecer las órdenes de su superior—. Dime, ¿alguna novedad?
—Más o menos. Cierra y siéntate. Me acaban de llamar de Mahón. En cuanto he visto que eran ellos me temía que ya estaba la orden del juez sobre la mesa para archivar el caso, pero no. Nos dan quince días más. Los últimos quince.
—Buenas noticias entonces, ¿no?
—Sí, de no ser por cómo lo hemos conseguido. Bueno, mejor dicho, por cómo lo has conseguido —su tono de voz va mostrando su enfado conforme va pronunciando la frase.
—Subinspector, verás... era la única forma de mantener el caso con vida.
—¡No me toques las narices, Nicolás! Me has dejado a mi como a un imbécil ¿Se puede saber qué es lo que tenemos tan relevante que puede resolver el caso en los próximos días? Porque es exactamente el argumento que le han hecho llegar al juez de nuestra parte. Bueno, más bien de mi parte como responsable de la investigación.
—Les he tenido que mentir para que, todo en esto en lo que llevamos tanto tiempo trabajando, no quede en nada.
—Justo lo que me temía. ¿Te das cuenta que si ahora no les damos absolutamente nada nos van a quitar de en medio? ¡La has cagado, pero bien —le grita apoyado sobre su mesa para después sentarse de nuevo y quedarse un rato en silencio tratando de buscar una salida que se le antoja ya imposible.
—Señor... —pronuncia tras el incómodo silencio— Lo siento muchísimo. Te prometo que voy a trabajar las veinticuatro horas del día durante estos quince días si hace falta para resolver este caso. Eva era mi amiga, casi nos hemos criado juntos y no puedo dejar que no se le haga justicia.
—Nicolás, debes aprender que nuestro trabajo es así. No siempre hay un final feliz, con los malos entre rejas —comenta con un tono imperativo aunque más conciliador—. Me recuerdas a mi cuando tenía tu edad. ¿Sabes cómo aprendí? Pues a base de hostias —se contesta a sí mismo—. Yo también quería hacer justicia a toda costa y me obsesionaba con resolver cualquier caso que pasara por delante de mis narices, pero llega un momento en el que te das cuenta que

lo más importante es saber que has hecho todo lo que está en tu mano
Algunas veces eso no será suficiente, pero tu conciencia estará tranquila y
podrás dormir como un bebé todas las noches. ¿Te queda claro?
—Absolutamente.
—Bien, pues tienes quince días para conseguir la gloria o para que nos den
una patada a cada uno y nos envíen al culo del mundo. ¿Qué prefieres?
—Lo conseguiremos, ya lo verás.
El agente Rodes se despide, sin demasiada pleitesía, y sale del despacho para
volver a su mesa. Allí permanece unos minutos pensando en el encuentro que
acaba de tener con su superior. Entiende su enfado, pero también sabe que era
la única manera de prolongar una investigación que, para la gran mayoría
tenía todas sus líneas agotadas. Ha logrado su objetivo y se siente satisfecho
profundamente satisfecho.
Trata de disimular una leve sonrisa que asoma entre su incipiente barba
mientras mira de reojo hacia la silueta del subinspector que se adivina entre
las ventanas traslúcidas de su despacho, moviéndose nervioso de lado a lado
Se levanta de su silla y coge la chaqueta para bajar al vestíbulo donde se
encuentra la única máquina de café que funciona en todo el edificio. Pulsa en
el botón del café con leche, con extra de azúcar, y sale a la calle para
tomárselo.
Camina unos pasos hasta llegar al muro desde donde tiene unas vistas
privilegiadas de todo el puerto de Ciutadella. Se queda un rato observando
cómo los barcos descansan en sus amarres sobre las tranquilas aguas del
embarcadero. Saborea un café industrial con un aroma de lo más artificial
pero que ahora le sabe a gloria. Siente que está ante una oportunidad de oro
Todo el mundo conoce ya al agente Nicolás Rodes, sobre todo la gente que le
interesa. Está a un paso de ocupar el puesto que merece, seguramente con
mayor mérito que su hasta ahora superior, del que poco le importa si no
consigue alcanzar su soñada jubilación a bordo de alguno de esos veleros que
tanto anhela. De repente, suena su teléfono.
—¿Sí?
—Nicolás, soy Carlos.
—Ah, Carlos, no me aparecía tu número.
—Te llamo desde una extensión de mi despacho, prefiero no usar mi móvil.
—Entiendo. Justo estaba pensando en llamarte. Tengo buenas noticias —deja
una pequeña pausa para provocar mayor interés.

—¿Sí? Cuéntame.
—Ya te dije que por aquí están todos deseando archivar, pero he conseguido que nos den quince días más. No voy a parar hasta encontrar al asesino de Eva —pronuncia las palabras que Carlos estaba deseando escuchar.
—Sabía que podía contar contigo. Lo sabía —toma unos segundos para celebrar la noticia desde su despacho en Ferreríes—. Te invito esta noche a cenar. Nos vemos a las nueve en el *Cafè Balear*. Allí te daré los cinco mil restantes de nuestro trato y te contaré cómo serán los siguientes que vamos a tener.
—Vale, Carlos, allí nos vemos. Hace mucho que no voy por allí a cenar.
—Pues ves acostumbrándote. Vas a poder comer langosta hasta para desayunar.
—Eso espero —contesta con una sonora sonrisa.
—No te rías, no. Así será.

Capítulo 41

Son casi las diez de la mañana y Ulises sigue durmiendo plácidamente. Lo viernes doblan turnos y siempre suele ser el último que abandona su restaurante, pasadas la una de la madrugada. No está solo, desde que desapareció Eva comparte cama con la pequeña Valeria que únicamente utiliza su habitación para jugar y hacer los deberes. Pasan la mayoría del tiempo juntos y esa unión ya se les antoja a ambos indispensable para hacerle frente a tremendo vacío que ella ha dejado en sus vidas, vacío que ni sus propios abuelos consiguen completar a la pequeña Valeria, no al menos como lo hace Ulises.

—Papá... —le susurra al oído— Ya no quiero dormir más.

—Buenos días... ¿Tienes hambre? ¿Bajamos a desayunar? —se despierta con una sonrisa como cada vez que escucha esa voz tan dulce.

—Sí, tengo mucha hambre. Hoy no hay cole, ¿nos vamos al bar a desayunar papá?

—Pero... ¡Qué mal te estoy acostumbrando! —la coge para hacerle cosquillas mientras ella intenta escapar en vano.

—¡Para, para! ¡Que me hago pipí!

—Corre, ves. Yo voy a darme una ducha rápida y nos vamos a desayunar donde tú quieras, ¿te parece bien?

Comienzan los preparativos y en poco más de media hora salen desde su casa en *Cala Morell* en dirección a Ciutadella. Aparcan en la *Avinguda de Jaume I* justo en la puerta del restaurante *Katú*, y pasean hasta el *Ulisses*, en la misma plaza del Mercado. A Valeria le encanta ir allí porque le hace gracia que los dos se llamen igual y porque allí mismo está la pescadería de sus padres donde siempre termina jugando entre cajas de marisco con sus otros abuelos que casi la consienten más que los suyos propios.

—Ulises, cariño, llévate la bolsa que te he preparado para comer hoy —comenta Eugenia.

—Mamá, no me pongas tantas cosas que se nos va a salir el pescado por las orejas —gesticula y representa la escena con un par de salmonetes que coge del mostrador, provocando en Valeria una sonora risa imposible de parar.

—La niña tiene que comer el mejor pescado de la isla. ¡Mira qué sano y fuerte has salido tú! —le abraza y besuquea como si todavía fuera un niño, aunque

así lo es y seguirá siendo para ella—. Si te sobra algo lo congelas.
—Vale, mamá...
—¿Ya os vais? —pregunta Arnau, que acaba de atender a una señora que se apresura en cerrar su abarrotado carro de bolsas, dando por terminada la compra del día.
—Sí, papá. Nos vamos a comer a casa. Quedamos mañana sobre las dos en la vuestra, si necesitas que lleve algo me dices.
—A casa ya no, papá...
—Valeria, vamos a comer y luego tienes que terminar los deberes.
—¿Podemos ir a ver a mis amigos los policías?
—Ahora no, que llevamos el pescado y se estropea.
—¡Jolín, nunca me dejas ir! —se cruza de brazos y pone una cara triste, de la más forzada, y se queda mirando hacia el suelo.
—Bueno, va. Vamos un segundo, los saludas y nos vamos, ¿trato hecho?
—¡Sí! ¡Bien!
Tras un fuerte abrazo que sella el pacto entre ambos, se despiden de Eugenia y Arnau para volver hacia el coche cargados con bolsas de la pescadería. Conduce, los apenas cinco minutos que le separan de la Comisaría, y aparca en la misma acera, frente al *Hotel Patricia*.
Valeria baja corriendo del coche y, con una sonrisa nerviosa y unos colorete que la vergüenza pinta en sus mejillas, coge la mano de Ulises y caminan a paso ligero hasta la puerta.
—¿Entramos o ahora te da vergüenza?
—Vamos los dos juntos —sugiere sin poder dejar de sonreír.
—Hola, Valeria lleva un montón de días pidiéndome venir a saludaros —anuncia Ulises a una pareja de policías que se encuentran en el vestíbulo.
—¿Está Nicolás? —pregunta directamente por el agente del que tanto se acuerda desde la última vez que estuvo.
—Hola, guapa. Claro, voy a llamarle que estará arriba —comenta una de las agentes que rápidamente sube las escaleras para buscarle en su departamento.
—Pero, ¿a quién tenemos aquí? La niña que algún día será la mejor policía del mundo —dice mientras baja las escaleras con una sonrisa al verla—. ¿Qué tal Ulises?
—Bien, estaba deseando venir a veros. Lleva pidiéndomelo desde que estuvimos aquí —se saludan con más cordialidad que nunca.
—Pues claro, ya le dije que puede venir cuando quiera a visitarnos.

—No os queremos robar mucho tiempo, además tengo el coche en la puert con la compra.
—No te preocupes, lo dicho, podéis venir cuando queráis.
—Te agradezco mucho que, después de todo, te portes así con nosotros, sobr todo con la niña.
—El pasado, pasado está, o eso dicen, ¿no?
—Gracias, de verdad. Sé que estás trabajando muy duro con lo de Eva, te l agradezco mucho.
—Ulises, es lo mínimo que puedo hacer. Se nos agota el tiempo y es ahora nunca.
—Ya, eso me dijo Carlos, que no nos queda demasiado.
—La verdad es que no, pero yo voy a hacer todo lo posible para que esto s resuelva antes de que llegue ese día.
—Ojalá lo consigas, ojalá. Gracias de nuevo —se dan de nuevo un apretón d manos y vuelve a coger a Valeria que ha vuelto con ellos tras pasar de u policía a otro admirando sus uniformes—. Valeria, nos vamos a casa Vendremos otro día, ¿vale?
Se despiden todos y regresan al coche para volver a *Cala Morell*. El agent Rodes permanece en la puerta observándolos, entre cientos de pensamiento inculpatorios que lleva meses tejiendo en su mente contra Ulises, hasta qu desaparecen por el final de la calle. De camino, Ulises se queda embobado co el cielo, que combina su habitual azul mediterráneo con espesas nubes negra que se aproximan desde el norte amenazando, quién sabe si de maner premonitoria, una enorme tormenta.

Capítulo 42

—Buenos días, Carlos, ¿en qué puedo ayudarle?
—Subinspector, ¿qué tal? —pregunta sin demasiado interés— ¿Alguna novedad?
—En ello estamos, ya le dije que si hay algo importante será el primero en saberlo en cuanto se nos permita comunicarlo.
—Ya, ya... Empiezo a perder la fe en la llegada de esa llamada.
—Hacemos todo lo posible, Carlos, créame.
—¿Qué hay de lo de Marta? Ella sabe que no confío demasiado en ella y me temo que esto va a acabar con lo nuestro.
—Lo siento mucho. Es probable entonces que sospeche que pinchamos su teléfono porque le diría que casi ni lo ha utilizado.
—No lo sé, puede ser. ¿Saben ya algo de esas misteriosas llamadas con número oculto?
—Sí. El teléfono pertenece a un joven que vive en Alaior. Indagamos con la esperanza de haber encontrado algo suculento, pero resultó ser de un amigo de su hijo con el que estuvo esa noche. Creemos que perdió el móvil o se quedó sin batería y se puso en contacto con Marta mediante este otro teléfono. Desconocemos el motivo por el que se hicieron en número oculto.
—Muy normal no parece, ¿no? ¿Han hablado con el chico?
—No, pondría en alerta a Marta, una de las investigadas, y eso no nos interesa.
—¡Me importa una mierda! —exclama con gran violencia— Lleváis meses tratando de encontrar al asesino de mi hija, así que no me vengas con gilipolleces.
—Tranquilícese, déjenos hacer nuestro trabajo. Le aseguro que estamos haciendo todo lo posible.
—Pues me temo que no es suficiente. ¿Cuánto nos queda? —pregunta con resignación y un agotamiento palpable desde la otra línea.
—Carlos, no le voy a mentir. Están a punto de archivarnos. Tengo aquí a mi equipo trabajando las veinticuatro horas del día para lograr llegar a tiempo pero no sé si será suficiente.
—¿Se da cuenta de lo injusta que es la vida?
—Lo sé, créame que lo sé. Me pongo en su piel y de verdad que no creo que yo fuera capaz de tener ni una cuarta parte de la entereza que usted demuestra.

—Nadie está preparado para perder una hija —hace una larga pausa tratando de asimilar sus propias palabras—. La vida te hace andar por unos caminos en los que no siempre puedes retroceder cuando no tomas el correcto. Hay gente que lo llama destino, pero yo no creo en el destino. Yo creo en nuestro instinto animal, por el que nos dejamos guiar siguiendo nuestros propios impulsos innatos.

Carlos cuelga el teléfono sin opción a réplica o despedida, dejando al subinspector Román completamente petrificado del otro lado con el móvil pegado a su oreja, repitiéndose una y otra vez las palabras que acaba de escuchar que, sin todavía comprender su significado, le dejan helado.

Capítulo 43

Es un martes de principio de noviembre cuando Ulises está terminando d comer mientras escucha las noticias de fondo en el telediario. Ya nadie habl del misterioso asesinato de Menorca que tantas tertulias y programa especiales copó en todas las cadenas de televisión. Ahora una terrible DANA que ha sumido en el caos a numerosas poblaciones de la provincia de Valenci con centenares de fallecidos e incontables daños materiales, acapara toda l atención de los medios. Cada día se siente más resignado a asumir que el fina de esta historia no será el que deseaba, o al menos no el más justo.

Coge el mando y apaga la televisión. Permanece un rato mirando el plato, co la mente totalmente en blanco, en el que ya solo descansa la piel de un plátan sobre manchas aleatorias del tomate que bañaba unos macarrones hervido con atún sin demasiadas florituras. De repente, el ruido que provoca l vibración de su móvil contra la mesa de madera, le despierta de su estado d letargo.

—¿Dígame?

—Hola, Ulises, soy el subinspector Román. ¿Le cojo en buen momento?

—Sí, sí —se incorpora sobre su silla al recibir una llamada inesperada.

—Verá, querría saber si le va bien venir esta tarde a mi despacho. Quisier hablar con usted.

—Sí, tengo una reunión en media hora con un proveedor, pero si es necesari la cancelo. ¿Ha ocurrido algo?

—No, no se preocupe. Yo también tengo que hacer ahora unas cosas. ¿L parece bien a las seis?

—Sí, pero por favor no me deje así. Necesito saber qué ha pasado.

—Simplemente quiero charlar con usted en persona, nada urgente.

—Vale, nos vemos esta tarde en Comisaría.

Cuelga el teléfono y se levanta, con toda la energía que le faltaba hace apena unos minutos, y sale de casa para acudir a su cita en una fábrica del polígon de Ciutadella, pero con la mente puesta en el posterior encuentro.

Se alarga más de lo deseado y, casi a las seis, sube a su coche para llegar toda velocidad a la inesperada reunión a la que el subinspector le h convocado. Toma la *Ronda* para evitar el posible tráfico del centro y, pasada las seis, consigue aparcar muy cerca de la Comisaría. Entra a toda prisa y

pregunta por él a uno de los agentes que siempre escolta la entrada, quien l
invita a aguardar sentado en una pequeña sala de espera hasta que, pasado
unos minutos, lo ve aparecer.
—Hola, Ulises. ¿Me acompaña arriba a mi despacho?
—Claro, le sigo.
—¿Qué tal? ¿Cómo está la niña? —formula varias preguntas para romper e
hielo mientras suben ambos por las escaleras.
—Bien, su abuela la recogía hoy del cole. En un rato iré a por ella.
—Subinspector, tiene una llamada —interrumpe una agente que justo le
recibe al final de la escalera—. Es su mujer, dice que no le contesta al móvil.
—¿Mi móvil? Mierda, es verdad, me lo habré dejado en el coche. Páseme po
favor la llamada a mi despacho. Ulises, perdona, ¿me permite un segundo'
Siéntese por aquí y salgo enseguida a buscarle.
Ulises obedece y toma asiento en una de las muchas sillas que se encuentra
libres tras terminar el turno de la mayoría de los agentes. El subinspecto
Román acaba de entrar, con cierto hartazgo, a atender la llamada personal qu
ha interrumpido su encuentro. Ulises hace girar de lado a lado la silla d
escritorio y curiosea lo que tiene a su alrededor. Contempla las vistas que ha
desde los grandes ventanales y puede ver su coche aparcado a unos metros d
allí, bajo la luz amarillenta de una farola que dibuja en el suelo la silueta de u
raquítico árbol carente de hojas. Voltea de nuevo la silla y se queda frente a l
mesa, donde hay varias carpetas etiquetadas con la palabra expediente seguid
de largas numeraciones. A un lado, un teclado junto a un monitor que s
levanta sobre un paquete de folios y en el que puede verse una imagen con e
escudo de la Policía Nacional y un pequeño recuadro en el que se pid
introducir las credenciales de acceso. Le llama la atención un walkie que s
encuentra en posición vertical sobre su base de carga y por el que se escuch
algún pitido aleatorio. Al otro lado de la mesa, la pantalla de un portátil refle
en su pantalla negra la poco acogedora luz que desprenden los viejo
halógenos del techo, golpeándole de lleno en sus ojos cada vez que mira haci
ese lado. Tiene la tentación de bajar la pantalla y cerrarlo, pero no quiere qu
nadie que pase por allí le vea toqueteando nada.
Pasan varios minutos y el subinspector sigue sin salir a buscarle. La inquietu
y el aburrimiento empiezan a hacer mella en su paciencia, por lo que comienz
a ojear más en detalle los documentos que encuentra esparcido
aleatoriamente por la mesa y sobre un pequeño mueble auxiliar donde s

apoya una vieja impresora. Hay fotografías de lo que parecen ser delincuentes a juzgar por su aspecto, con garabatos estampados por encima de algunas de sus caras. Vuelve la vista de nuevo hacia el despacho del subinspector que permanece con la puerta todavía cerrada y por donde se adivina su silueta inmóvil a través de la traslúcida cristalera. De nuevo, percibe la molesta luz que rebota con fuerza sobre la pantalla oscura del portátil y Ulises, sin pensarlo ni un segundo, decide tocar una tecla al azar para comprobar si está apagado. De repente, la pantalla se enciende y muestra una foto en el fondo de escritorio que le revela rápidamente a quién pertenece el puesto de trabajo en el que ya lleva un buen rato esperando. Es un retrato de Nicolás Rodes, que posa perfectamente uniformado en lo que parece ser el acto de juramento de su promoción. Desde cierta distancia puede ver lo que aparenta ser el escritorio de cualquier ordenador personal, con carpetas y varios accesos directos. Lee el nombre de varios archivos de texto en los que vuelven a aparecen numeraciones parecidas a los expedientes de las carpetas que tiene sobre la mesa. Arriba del todo y en una esquina, ocupando la primera posición de todos los numerosos iconos que prácticamente tapan la fotografía de fondo le llama poderosamente la atención el título de una carpeta: 'EMB'. Coincide exactamente con las siglas del nombre completo de Eva, las mismas con la que ella solía firmar muchos de los documentos de la empresa de los que no era difícil encontrar por casa. Por un momento piensa que seguramente sea una simple coincidencia, pero tras un impulso alimentado por la confianza de estar varios minutos allí sentado a solas, decide pinchar en la carpeta para ver su contenido. Al instante, decenas de fotografías en miniatura llenan toda la pantalla y, en apenas unos segundos, los ojos de Ulises se abren exageradamente tratando de engullir toda la información que ya llega a su cerebro como un tsunami. No duda ni un instante en empujar con virulencia la silla hasta quedar a casi un palmo del portátil para tomar el control definitivo y ahora, sin ningún temor a ser descubierto husmeando entre los enseres personales de un policía, comienza a examinar una a una las inéditas imágenes. Son fotografías en las que en todas aparece Eva. Algunas de hace bastante tiempo, de cuando era una adolescente e incluso algunas anteriores de niña. Ninguna de ellas las ha visto jamás, ni en alguna de aquellas tardes de domingo en las que pasaban el rato viendo fotografías y contándose mutuamente historias de su pasado ni las que aparecían en alguna de sus redes sociales. No son imágenes cotidianas que formen parte de cualquier álbum de

recuerdo. En su conjunto desprenden un aura de lo más siniestra. No parec
que en ninguna de ellas sea consciente de estar siendo retratada y, en la gra
mayoría, aparece en bañador, con poca ropa y con el foco puesto en algun
parte de su cuerpo que enfatiza la intención sexual y enfermiza del fotógrafo.
Por un instante se queda completamente en shock, buscando si existe algun
explicación lógica a lo que acaba de ver en el ordenador personal de u
policía, aunque éste fuera su amigo desde la infancia. No la hay. Voltea la sill
para buscar tras la ventana algo de lucidez que le permita ordenar su caótic
cabeza. Coloca ambas manos tras su cabeza y cierra por un momento los ojos
De repente y atravesando sus párpados, una potente luz azul llega hasta su
retinas. Los abre y descubre que proviene de un coche de la Policía Naciona
que emana una intensa luz que ilumina por completo la apenumbrada calle
Casi a la par, el walkie que permanecía en reposo sobre la mesa parece cobra
vida y comienza a escuchar la monótona voz de una mujer que parece esta
dando indicaciones a los agentes desde una centralita. Se gira sobresaltado a
escucharla mientras vuelve a ver una de las fotos de Eva semidesnuda qu
todavía aparece congelada en la pantalla del portátil. Es precisamente en est
instante cuando un poderoso y oscuro recuerdo emerge a la superficie entr
toda la amalgama de ideas y pensamientos. Revive el ordenado, aunqu
abstracto relato, de la recurrente pesadilla que Eva revivió tantas noches y qu
en una ocasión le detalló y dejó marcada a fuego en lo más profundo de s
memoria:
*"Fuera de la jaula de cristal hay oscuridad, una oscuridad estremecedora
espantosa. Solo la luz azul potente y cegadora de un faro ilumina su cara
como si quisiera guiarle igual que a un barco en una noche cerrada, pero sol
le deslumbra y le obliga a proteger sus ojos con sus manos. De repente, un
voz le habla. Es una mujer. Pronuncia palabras sin sentido, casi de maner
robótica, que no logra entender aunque se esfuerza en descifrarla. Es en vano
Cierra los ojos y está flotando en el mar. Hay mucho oleaje y deja su cuerp
inerte a merced del vaivén de las olas"*
No hay ninguna duda. Todos los aleatorios detalles que ella revivió noche tra
noche y que posteriormente le relató, acaban de cobrar sentido ante Ulises
Siente, con total seguridad, que constituyen el vago recuerdo que su droga
cerebro logró retener durante el trayecto en el coche oficial, un oscur
recorrido entre las curvas de la carretera hacia *Cala Morell* y
desgraciadamente, hacia su fatal destino.

Capítulo 44

Sus manos se agitan con gran violencia, fruto de la sobredosis de adrenalina que ya corre por sus venas, impulsada por un corazón que late a una velocidad y fuerza con la que nunca antes lo había hecho. Ulises trata de asimilar el golpe brutal que acaba de recibir, como si hubiera sufrido el peor de los accidentes y debiera resetear cada uno de los mecanismos autónomos que lo mantienen con vida. Fuerza sus pulmones para que inhalen el oxígeno que ahora su sobreexcitado cuerpo demanda con voracidad y masajea su cuello con ambas manos con la intención de aliviar la presión que sus carótidas ejercen con el objetivo de irrigar un cerebro necesitado de lucidez.

Permanece sentado, tratando de recomponerse y de dibujar una estructura mental que le guíe en los siguientes pasos a tomar. Ya no juega con el movimiento rotatorio de la silla, sino que se queda inmóvil con los codos apoyados sobre la mesa y sus manos ancladas a su cuello y mandíbula. Únicamente su pierna derecha rebota sobre la punta del pie, canalizando el nerviosismo que todavía le mantiene preso al asiento. Por su mente comienzan a pasar imágenes perfectamente reconocibles del rostro de Eva y de Valeria. Corresponden a instantáneas de momentos reales que ha vivido con ellas, pero en los que sus caras se transforman en miradas de pánico, como si en ese momento compartieran los tres la escalofriante verdad que acaba de descubrir y que destruye de un plumazo cualquier aspecto positivo de sus vidas. Vislumbra la posibilidad de que Eva terminara descubriendo esta verdad, una verdad que le condenó a muerte. No puede ni imaginar el dolor que sintió en el momento que fue consciente de ello, probablemente mucho mayor que el que finalmente terminó con su vida. En alguna ocasión comentaron, con grandes tintes de resignación, que probablemente lo mejor era nunca saber quién había sido y dejar en la ignorancia un hecho aislado que con el tiempo pretendían olvidar. Tampoco pensaban que el agresor fuera tan conocido y cercano para los dos, aunque nadie sabe realmente cómo es la gente que circula a nuestro alrededor.

Vuelve a pensar en Valeria y revive el mágico momento que esa misma mañana tuvo cuando la dejó en el colegio y ésta le despidió con un tierno abrazo seguido de un interminable beso. Así era cada mañana y así desea que sea siempre, pero ahora no sabe en qué lugar queda él después de saber quién

es realmente su padre. ¿Cambia en algo la inseparable relación que tienen
Ahora sabe que esa preciosa niña que tanto quiere es fruto de una desalmad
violación y que su cuerpo y alma están construidos por la persona que más h
amado, pero también por la que más ha odiado, a partes iguales. Valeria n
puede conocer nunca la verdad. Una vez hizo una promesa y está dispuesto
pelear por ella, aunque ésta sea su única misión en la vida. No puede permiti
que ella sienta ese vacío que ahora mismo habita en su pecho y qu
difícilmente pueda alguna vez llegar a olvidar. Prometió que la cuidaría y qu
la protegería pase lo que pase. Ahora es el momento. Por Valeria. Por Eva.

Capítulo 45

—¿Ulises? —repite elevando ostensiblemente el tono de voz.
—¿Sí? —contesta finalmente levantando la cabeza y dejando ver su desencajado rostro con los ojos congestionados y la mirada perdida.
—¿Todo bien? —se acerca Román hacia él con bastante preocupación tra encontrarlo totalmente cambiado respecto a cómo lo dejó hace unos quinc minutos.
—No.
—¿Qué pasa? —coge la primera silla que encuentra y se sienta junto a Ulise
— Entiendo que todo esto está siendo durísimo para ti y es por eso que quería que vinieras para decírtelo en persona. Nos cierran ya el caso. Lo siento muchísimo, de verdad. Te prometo que permaneceremos siempre alerta ant cualquier nueva pista —le tiende una mano que posa sobre la rodilla qu todavía se agita con frecuencia constante—. Espero que quien lo hizo termin pagando por ello.
—Fue él... fue él —le susurra mirándole a los ojos, incapaz de alzar la voz tra encontrarse todavía inmerso en el tremendo choque emocional que recorr todo su cuerpo, aletargando sus capacidades motoras y dejando una enorm vena marcada en medio de su frente.
—¿Cómo dices? ¿Quién es él?
—El hijo de puta de Nicolás la mató.
El subinspector da un salto hacia detrás, como si una bomba acabara d explotar y saliera despedido por el efecto de su onda expansiva. Una bomb que lleva el nombre escrito de la persona que menos espera y que le deja u aura de incredulidad que alimenta el desconcierto que siente, a pesar de hace un primer intento de conectar esa idea con alguna de las muchas hipótesis qu ha ido desarrollando a lo largo de toda la investigación.
—¿Por qué dices que fue él? No entiendo a qué viene esto, Ulises.
—Ese cabrón estaba obsesionado con Eva —trata de recomponerse par explicar el necesario relato inculpatorio—. Ha estado desde siempr enamorado de ella, pero está claro que Eva pasó de él. Y por eso la mató.
—Ulises, eso no tiene ningún sentido. No puedes hacer una acusación ta grave basándote en que él estaba enamorado y como no fue correspondido l mató. Estaría el mundo lleno de asesinatos por ese motivo. Tengo que esta

perdiéndome algo porque no puedo entender que de repente estés así cuando hace un rato parecías normal. Dame algo más porque con esto no vamos a ninguna parte. Con todo esto he pasado mucho tiempo al lado del agente Rodes y la verdad es que no tengo ni idea de su vida amorosa ni si estaba tan enamorado de Eva como dices, pero de ahí a matarla...

—Prométeme que esto quedará entre tú y yo —pronuncia con autoridad después de permanecer un rato callado.

—Te lo prometo. Dime qué sabes, Ulises.

—Te lo pido por favor, al menos la familia de Eva no puede enterarse, sobre todo Valeria.

—Tienes mi palabra.

—Una vez Eva me contó que hace unos años alguien la violó —comienza a relatar en voz baja, obligando al subinspector a permanecer pegado a él—. Fue hace nueve años. Estaba de fiesta aquí en el puerto después de su turno en el *Jazzbah,* como otras muchas noches de ese verano. Al parecer la drogaron y la llevaron hasta su casa donde la violaron. Ella se despertó al día siguiente desnuda y tirada en su sofá. No recordaba nada, salvo pequeños detalles que estuvo reviviendo en pesadillas que tuvo que sufrir noche tras noche.

—¡Dios mío! —interrumpe— ¿Por qué no lo denunció inmediatamente?

—Eso fue lo primero que yo le pregunté y que, posteriormente, entendí.

—Continúa, por favor.

—Fue terrible para ella. Pasó días encerrada, asustada por si volvía y sin saber qué hacer y a quién contárselo. Unas semanas después, cuando estaba casi decidida a acudir a vosotros, se enteró que estaba embarazada.

—¿Qué? ¿La dejó embarazada?

—Sí. Ella me dijo que de repente todo cambió y sintió que quería tener el bebé.

—¿Es Valeria? —pregunta de manera retórica echándose las manos a la cabeza.

—Por favor, nunca lo puede saber. No le hagamos esto.

—No, no. Tranquilo —se queda unos segundos asimilando la tremenda historia—. Tuvo que ser horrible. ¿Alguien más lo sabe?

—No, solo me lo contó a mi. En algún momento barajamos la posibilidad de indagar en los detalles que ella vagamente recordaba y realizar una investigación por nuestra cuenta, pero creo que ninguno de los dos queríamos

saber realmente quién era por cómo podía afectarnos. No sería fácil ponerl cara al padre de su hija, por lo que decidimos afianzar nuestra propia familia.
—¿Me estás queriendo decir que fue Nicolás el que la violó? —contest después de asimilar sus intenciones.
—Sí, fue ese animal —siente el dolor que le provoca cada vez que piensa e ello, aún más ahora al verbalizarlo—. Los detalles que describía siempre e sus pesadillas coinciden a la perfección con él. Me contaba que se veía dentr de una jaula de cristal, desde donde podía ver una intensa luz azul y escucha la monótona voz de una mujer de la que no lograba entender sus palabras Tengo muy claro que corresponden al momento en el que él la llevo esa noch en uno de vuestros coches hasta su casa. Acabo de escuchar la voz de un mujer salir por ese walkie y suena exactamente igual a como ella la describía.
—Pero, ¿cómo estás tan seguro que fue él? Me cuesta entenderlo, Ulises.
—Míralo tú mismo.
Ulises vuelve a pulsar una tecla aleatoria del portátil que permanece sobre l mesa y la pantalla se enciende justo por donde se quedó, con una enfermiz fotografía en la que pueden verse los pechos de Eva desnudos con apena quince años. El subinspector Román no tarda en coger el ordenador y ponerl frente a él para comenzar a explorar cada una de las muchas imágenes qu guarda, todas ellas con la misma intención sexual y violenta. Ulises mira haci otro lado para evitar volver a verlas, aunque permanecen ya ancladas en s mente.
—¿Y esto? ¿Por qué cojones tiene todas estas fotos?
—Te lo he dicho. Estaba obsesionado con ella hasta el punto que decidi drogarla para poder violarla. Es un puto enfermo. Estoy seguro que en l noche de San Juan ella lo descubrió y, antes de poder denunciarlo, la mató.
—Si tu teoría es cierta simplemente bastaría con hacerle una prueba d paternidad. Podemos hacerla sin que Valeria se entere. Con cualquier excus podrías tú mismo tomarle una muestra de saliva con un bastoncillo.
—Estoy seguro que ha sido él.
—Vamos a ir paso a paso. No le cuentes nada de esto a nadie. Yo me encarg de él. Por cierto, ¿alguien sabe dónde está?

Capítulo 46

—Oye, ¿has visto a Nicolás por aquí?
—No, creo que tenía la tarde libre, subinspector —contesta la agente Font qu
es la única persona que hay a estas horas en el Departamento de Científic
junto a ellos dos—. ¿Ha pasado algo?
—No, nada. Lo necesito en mi despacho ya —ordena con gran nerviosismo—
Voy bajo a ver si alguien lo ha visto o sabe dónde está.
El subinspector Román baja las escaleras con un par de saltos, demostrand
un envidiable estado físico que enmascara su verdadera edad, y comienza s
interrogatorio a todos los agentes que encuentra en la planta principal. Por s
parte, la agente Font, abandona la sala donde se encuentra también Ulises
saca su móvil para hacer una llamada.
—Nico, te están buscando por aquí como locos. Creo que es por lo de Eva
Está aquí Ulises. Creo que lo saben, joder. No, por favor, por favor... —
pronuncia a través de unos carnosos labios que ahora tiemblan con gra
nerviosismo mientras sujeta su despejada frente, resultante de un cabello bie
cepillado hacia atrás y asegurado con una fuerte coleta, con la mano que n
sostiene el teléfono.
—¿Qué? Tranquilízate. No me va a pasar nada. Fue un accidente, ya te lo dije.
—Te van a encerrar y yo te juro que me muero.
—Cariño, eso no puede pasar. Dime qué te han dicho. ¿Ha sido e
subinspector?
—Pues claro. No me ha dicho nada. Ha estado un rato hablando con Ulises e
tu mesa y de repente se ha puesto hecho una fiera y ha salido corriendo
buscarte. Vete, por favor. Yo estoy dispuesta a dejarlo todo por ti y empezar d
cero donde sea.
—¡Joder! —se escucha un fuerte grito de desesperación que incluso hace a l
agente separarse el móvil del oído instintivamente—. Escúchame bien. Teng
que deshacerme de mi móvil porque no tardarán nada en rastrearlo. Voy
buscar la forma de salir de esta maldita isla. Cuando consiga estar en un siti
seguro te llamaré. No le cuentes a nadie lo nuestro, sigue como hasta ahora
Todo saldrá bien, confía en mi.
—Ten mucho cuidado, por favor. Dime algo cuando puedas y yo me cojo e
primer vuelo que haya para ir contigo. Hasta muerta no nos va a dejar esta

juntos la muy zorra.
—Tengo que dejarte. Te llamaré. Te lo prometo.
El agente Rodes cuelga el teléfono mientras Font permanece unos segundo con el móvil pegado a su oído, tratando de exprimir al máximo la estela que su voz ha dejado, con la incertidumbre de si volverá alguna vez a escucharla.
—¿Has hablado con él? —pregunta el subinspector con la respiración acelerada, fruto de la carrera que lleva tras recorrer toda la Comisaría y que ahora se acentúa después de volver a subir las escaleras a toda velocidad.
—No, no... ¿Con Rodes? —contesta entre tartamudeos—. Era mi madre. Está algo malita y quería ver cómo iba.
El subinspector casi no espera ni a terminar de escucharla y entra corriendo en su despacho. Se sienta sobre la mesa y coge el teléfono fijo para llamarle. Está apagado. Vuelve a intentarlo, pero con el mismo infructuoso resultado. Cuelga con rabia y coge su chaqueta para abandonar de nuevo el despacho.
—Ulises, me voy a buscarlo. Vuelve a casa y te mantengo informado —le invita a levantarse de la silla en la que ya empezaba a hacérsele cuesta arriba permanecer en reposo cuando su cuerpo lleva varios minutos demandando acción.
—Déjame ir contigo. Yo te ayudo en lo que haga falta.
—No —contesta tajantemente—. Esto es cosa nuestra. Haz lo que te digo.
—Vale. Coge a ese cabrón, por lo que más quieras.
—Eso dalo por hecho, pero no nos adelantemos hasta que tengamos el análisis y su declaración —contesta mostrando su pensamiento racional, aunque su instinto profesional ya haya dictado sentencia.
Abandonan ambos la ya desértica sala de trabajo de la Policía Científica y se dirigen hacia las escaleras donde vuelven a toparse con la agente que continúa por allí merodeando sin rumbo.
—Font, te vienes conmigo —ordena con autoridad el subinspector—. Vamos a ver dónde se ha metido éste hoy.
Abandonan los tres el edificio casi al mismo tiempo y Ulises se queda inmóvil presenciando como ambos policías suben a un coche oficial para comenzar la búsqueda del desaparecido agente Rodes. Conduce el subinspector y a su lado de copiloto, la agente Font. Pasa por la *Plaça dels Pins* y recorre toda la *Avinguda de Jaume I* con la esperanza de encontrarlo en alguna de las terrazas en las que muchos de los habitantes de Ciutadella toman algo bajo el abrigo de estufas de gas después de expirar la jornada laboral en este frío martes de

noviembre. Circula a baja velocidad mirando a un lado y a otro, tratando d reconocer a Nicolás Rodes entre alguno de los transeúntes. La agente Fon sigue sus órdenes y hace lo mismo, pero con la esperanza de obtener todo l contrario. Tras no encontrarlo, continúa hacia la parte alta de Ciutadella donde Nicolás vive en un pequeño apartamento en el *Carrer del Pinto Torrent.*

El subinspector baja del coche y, tras él, la agente Font. Llama varias veces a timbre de su casa, pero no obtiene respuesta, únicamente la del ladrido de perro del vecino que desde un pequeño balcón se asoma tratando de ahuyenta a los extraños que invaden su territorio.

—¿Dónde cojones se ha metido éste? —pregunta mientras saca su móvil de bolsillo para volver a llamarle—. Nada, lo tiene apagado.

—No sé, igual ha salido a correr. ¿Tan urgente es? Si libraba esta tard mañana estará a las ocho en Comisaría.

—Necesito encontrarlo ya —sentencia a la vez que vuelve a coger su móvi para hacer otra llamada—. Soy el subinspector Román. Quiero que todos lo que estáis en Comisaría os pongáis a buscar al agente Rodes con carácter d urgencia. Dejad todo lo que estéis haciendo y os ponéis todos a trabajar e ello. Quien lo encuentre que me avise inmediatamente, ¿entendido? —cuelg el teléfono tras la afirmativa del agente que acaba de recibir su orden e Comisaría—. Vámonos. No puede andar muy lejos.

Capítulo 47

Pasan las horas y, el ahora hombre más buscado de la isla y principa sospechoso de la muerte de Eva, sigue sin aparecer. Son varias las patrulla que lo buscan por todos aquellos lugares que suele frecuentar mientras un pa de agentes montan guardia en su domicilio esperando por si regresa una ve ya entrada la noche, pero con el mismo resultado negativo. Nadie en el Cuerp conoce el motivo de su urgente búsqueda, únicamente el subinspector y, d manera encubierta, la agente Font.

Son las tres de la madrugada y el operativo sigue en marcha. El subinspecto decide hacer una parada para comprar un par de sandwiches de una gasolinera antes de volver a Comisaría para continuar dirigiendo las operaciones desd allí. La agente Font permanece a su lado en silencio, aunque por su cabez circula un ruidoso torrente de dudas y nervios. A pesar de llevar sin come muchas horas, lucha por terminarse el triste sandwich que su superior le ofrec para no levantar sospechas.

Llegan a Comisaría y el subinspector sube rápidamente a su despacho. Vuelv a llamar a Rodes y, tras continuar apagado, solicita a través de un buen amig de la Brigada Central de Investigación Tecnológica que le facilite la coordenadas gps de su última localización registrada y el informe de llamada y mensajes de las últimas horas. Éste, a pesar de las intempestivas horas y tra asegurarle que se trata de una gran emergencia, acepta y le garantiza que l llamará en cuanto obtenga resultados. Tras colgar, el subinspector se acomod en su silla y se queda un rato mirando el panel con toda la investigación qu ya forma parte de la decoración de su despacho y que esa misma mañan estaba ya convencido de desmantelar. Da sorbos al enésimo café de la longev jornada y piensa, en el silencio de la madrugada, en cómo Nicolás ha sid capaz de cometer un crimen semejante y en la cantidad de horas que ha pasado trabajando en el caso codo con codo durante meses. Pretende aferrars a su presunción de inocencia, pero ésta se desvanece conforme sigue acumulándose las horas que lleva desaparecido.

—Ulises, perdona si te he despertado.

—No, dime. Estaba esperando tu llamada. ¿Lo tenéis?

—No, todavía no. Creemos que puede estar escondido en alguna parte. S coche tampoco está en casa. Vamos a seguir con la búsqueda. En cuant

amanezca nos resultará más fácil.
—¿Y si abandona la isla?
—Lo tengo en cuenta. Ya he dado aviso en el aeropuerto y en los puertos de Mahón y Ciutadella.
—Pero, ¿cómo ha sabido que ibais a por él?
—Eso mismo llevo yo un rato preguntándome. No se lo has dicho a nadie ¿verdad? Ni tampoco lo comentaste con nadie en el momento que descubriste todo.
—No, para nada. Solo te lo dije a ti.
—Vale. Una de dos, o alguien de aquí sabe algo y le ha avisado o está en casa de alguna que ha conocido sin enterarse de nada. Pronto lo sabremos, estoy a la espera de recibir información de su teléfono.
—No se nos puede escapar este cabrón.
—Eso no va a pasar, te doy mi palabra.
Cuelga con menos convicción que sus palabras y pone sus piernas encima de la mesa para descansar unos minutos. Cierra los ojos y, casi sin darse cuenta se queda dormido. Está agotado después de tantos meses recortando horas de sueño tras perseguir numerosas pistas que siempre terminaron en decepción pero que ahora siente que es la definitiva, aunque ese sentimiento ya lo ha experimentado en las últimas ocasiones que pretendía cerrar el caso de forma gloriosa. Sueña con ello, con las múltiples conversaciones que ha mantenido en todo este tiempo con Nicolás Rodes, con todas las horas que han trabajado juntos y con la gran implicación que ha mostrado desde el primer día en la investigación. En este sueño tiene un mayor acercamiento afectivo hacia él casi paternal, como si su subconsciente quisiera recordarle el importante vínculo que ambos han formado, más allá de lo meramente profesional. Se siente identificado con él, mezclándose con recuerdos de su pasado cuando él también era un joven policía repleto de ambición.
De repente, la vibración de su móvil le despierta y le lleva de vuelta a la realidad como si cayera sobre una enorme piscina de agua helada. Puede ver que ya son casi las seis de la mañana y su contacto en la Brigada le está llamando.
—Dime —contesta completamente aturdido.
—¿Me tienes toda la noche currando mientras tú duermes como un angelito?
—Qué va, tío. Estoy en el despacho y me he quedado frito. Esto va a termina conmigo. Dime que tienes algo.

—¿Lo dudas? Sabes que soy el mejor —hace una pausa esperando recibi elogios.
—Venga, suéltalo. Precisamente tiempo no me sobra.
—Ayer estuvo todo el día en Ciutadella hasta que cerca de las siete y media d la tarde recibió una llamada. A partir de aquí dejó de tener señal hasta que s volvió a conectar hace dos horas entre Alaior y Mahón, desde donde realiz una llamada, esta vez más larga, de casi diez minutos.
—¿Podemos escucharlas? —pregunta con energía tras estar ya totalment despierto.
—Me temo que no. Podríamos si perteneciera a un teléfono intervenido, ¿l es?
—No. ¿Algún mensaje?
—Ninguno desde la llamada que desencadenó en la desconexión de dispositivo. Si quieres te envío los anteriores, pero los he leído y no hay nad interesante.
—Sí que sabremos a quién pertenecen los dos teléfonos, ¿verdad?
—Esa es fácil. El primero pertenece a una tal Úrsula Font, ¿la conoces?
—¿Qué? —da un salto de su silla tras escuchar un nombre que acentúa más s cabe el desconcierto al que los últimos acontecimientos le han empujado— Claro, ¡es una de las mías!
—¿Policía? Estoy deseando que me cuentes el lío que tenéis ahí montado.
—Ni te lo imaginas. Dame el otro nombre.
—Voy, espera que lo tenía por aquí apuntado —hace una interminable paus en la que se escucha su respiración mientras remueve papeles y pulsa co velocidad las teclas de un ordenador—. Aquí lo tengo. Pertenece a... Matía Costa.

Capítulo 48

—Matías, nos tenemos que ir ya —le repite por tercera vez desde la pequeña escalera que conduce hacia el interior del velero.
—Tío, entiende que no tenía el barco preparado para ir hasta Palma a esta horas. Déjame que cargue combustible si no quieres que nos quedemos en mitad del mar tirados. Las condiciones no son las mejores para llegar solo a vela. No sé a qué viene de repente tanta prisa.
—Hemos hecho un trato, ¿no? Yo te doy la pasta y tú me llevas ya hasta allí sin hacer más preguntas.
—Vale, ya casi está. Ponte cómodo que nos vamos.
Matías suelta amarres y comienza a alejarse poco a poco del muelle, en el puerto de Mahón, para poner rumbo a la isla de Mallorca. El mar está totalmente en calma aunque el frío húmedo se cala a través incluso de las abultadas chaquetas de plumas de ambos. Nicolás no tarda en ponerse a cubierto y evita pensar que está navegando por el pánico que siempre le ha dado, aunque bien es cierto que ahora mismo siente que el vaivén de las olas son sus aliadas, empujándole hacia su improvisada escapada.
Mira un reloj digital que hay sobre lo que parece ser un mapa que seguramente solo un marinero como Matías pueda llegar a entender. Marca las 07:37 y casi al instante comienza a entrar luz natural por los portillos que rodean todo el casco. Se tumba en un pequeño sofá construido con un par de colchones sobre una tapa de madera que esconde un compartimento con diversos productos y herramientas para el mantenimiento de la embarcación. No es capaz ni de cerrar los ojos, a pesar de llevar toda la noche vagando por la isla tratando de idear su plan de fuga. Recuerda, con una perversa sonrisa repleta de orgullo su intrépido recorrido hasta completar su huída, burlándose de la vigilancia de sus hasta ahora compañeros. En cuanto la agente Font le dio el aviso, huyó con su coche en dirección hacia el Monte Toro, donde se escondió en una antigua quesería ya abandonada. Allí pudo pensar más tranquilamente la mejor forma de salir de la cárcel en la que se había convertido para él la isla de Menorca. Ahí fue cuando se acordó de su amigo Matías y, sobre todo, de su precioso velero. Sabía que el viaje no sería gratis, pero bastaría con uno de los paquetes repleto de billetes de cincuenta euros que Carlos le ha ido entregando

en las últimas semanas y que ahora viajan con él para abordar los primero gastos sin dejar rastro.

Repasa una y otra vez qué ha podido pasar para que de repente toda su brillante actuación a lo largo de todos estos meses haya quedado en nada Todo iba a la perfección, sin levantar la más mínima sospecha. El caso estab a punto de cerrarse sin lograr colocar la etiqueta de asesino sobre ninguno d los sospechosos que tan audazmente había ido colocando sobre la mesa de su superior. Además, había conseguido posicionarse, al menos a ojos de poderoso padre de Eva, muy por encima de su superior, al cual sin duda relegarían de su cargo, dejándole una vacante que llevaría ya escrita su nombre y apellidos. Tampoco puede menospreciar la importante suma d dinero que ha estado recibiendo, regularmente y ya sin ningún tipo de pudor de manos de Carlos. No siente ningún tipo de remordimiento, realmente es e dinero que, a su juicio, debe percibir por todo el trabajo que desempeña día a día en la Comisaría de Ciutadella y que tan mal pagado entiende que está Todo ha salido mucho mejor de lo que hubiera podido imaginar, todo hast hoy. Las dudas le abordan de nuevo y comienza una dura batalla interna entr su ego y su lado más racional. Es muy probable que, de no haber forzado e caso a nuevas prórrogas para colmar su avaricia con dinero y una fals sensación de poder, ahora su posición sería muy diferente. Vuelve al punto d inicio y sigue sin encontrar el cabo suelto desde el que han conseguido tira hasta dar con el verdadero nombre del asesino. Ya no hay marcha atrás. N está dispuesto a quedarse para comprobarlo. Se acerca a uno de los portillos y tira de una pequeña palanca de madera hasta, con algo de esfuerzo, abatirlo Rápidamente entra una fría corriente del viento que golpea por ese lado de barco y que se cuela por la pequeña abertura, haciendo sonar un agudo silbido Se acerca y cierra los ojos saboreando el aroma del mar que rodea la isla, un isla que muy probablemente jamás vuelva a pisar. Permanece unos segundos recordando con nostalgia toda su vida anclada a aquel lugar.

—¡Nicolás! —se escucha desde el puente de mando— No te puedes perder u amanecer como este. Súbete un par de birras y algo de picar.

—Voy —acepta tras recordar que lleva muchas horas sin comer y que est muerto de hambre.

—Ahora entiendes porqué tengo el mejor trabajo del mundo, ¿no? —coment después de brindar con su botellín y dar el primer trago— Tú todo el dí encerrado entre papeles y yo disfrutando de estas maravillosas vistas.

—Tengo que reconocer que no está nada mal, pero ya sabes que a mi no me mola mucho el mar. Prefiero pisar sobre tierra firme.
—El mar es increíble, tío. Un día tienes que venirte conmigo a bucear fliparías con el mundo que hay ahí abajo.
—Eso ya te digo que no —contesta con una carcajada—. Como mucho te dejo que me pongas algún vídeo y ya me hago yo la idea de haber estado, pero vamos, ni loco me meto yo ahí.
—Pues no sabes lo que te pierdes. Te aseguro que los habitantes que viven ahí son mucho mejores que los que estamos en tierra.
—En eso sí te doy la razón, aunque bueno, tampoco lo tienen muy difícil.
—También es verdad que tú tienes curro gracias a todos los que la liamos de vez en cuando.
—Eso es cierto, sin gente como tú mi curro sería un coñazo —sonríen ambos —. ¿Otra birra?
—Si no me haces soplar...
Baja de nuevo, ahora ya con gran soltura, las escaleras que conducen a la diminuta cocina y prepara la segunda ronda de aperitivos con sus respectivas cervezas. Parece ya abstraerse de los miedos y nervios que conllevan la desesperada huída, y su mente empieza a normalizar la situación como si de un delincuente profesional se tratara, si es que no lo era ya.
—Voy a contratarte de asistente personal, así da gusto navegar —bromea con la segunda cerveza ya en sus manos—. Oye, ¿sabes cuánto tiempo me tengo que esperar en Palma?
—No. Me dejas y tú te vuelves.
—¿Te quedas allí? Tío, ¿no me vas a contar para qué tienes tanto interés en ir?
—¿Otra vez? Cada vez que me preguntes te voy a ir restando cincuenta pavos.
—Esto solo puede ser por una tía. Dile que se traiga alguna amiga y vamos los dos, como en los viejos tiempos —bromea.
—Que no. No te preocupes que al final te enterarás.
—¿Cómo? No te pillo. ¿Enterarme de qué?
—Nada, movidas. En mi curro siempre es así. Los de arriba tienen que cargarle el muerto a alguien para salvar su culo.
—Cabrón, ¿nos estamos fugando de la poli? Solo me falta eso a mi.
—Tú no te preocupes, no tienes nada que ver en esto. Ya me encargué yo en su momento de que no te lo cargaran a ti.

—¿A mi? —pregunta totalmente extrañado, dejando atrás el tono irónico qu siempre acompañan sus palabras— ¿Es por lo de Eva? Pensaba que eso ya s había acabado, tú mismo me lo dijiste.
—No se acaba hasta que tienes un culpable.
—¿Y van a por ti? No entiendo nada, si no tienen ningún motivo, ¿no?
—No lo sé, pero no pienso quedarme para averiguarlo.
—¿Tuviste algo que ver? —formula la pregunta que se pierde entre la suav brisa del mar y que no recibe ninguna respuesta, solo la de un silencio qu parece gritar una respuesta afirmativa ya imposible de esconder.
—Fue un accidente.
—¿Qué? ¿Me lo estás diciendo en serio? —contesta dejando ver su gra enfado.
—Yo no la maté. Discutimos y ella se cayó, pero bueno ya te lo contaré co más tranquilidad.
—Espera, espera... ¿Has estado todo este tiempo buscando a un culpabl cuando tú habías sido el cabrón que te la cargaste?
—Que ya te lo contaré, no le des más vueltas.
—No, no. Se acabó. Nos volvemos.
—Ni de coña, tenemos un trato.
—El trato se acaba de romper. Ya no quiero tu puto dinero. Nos volvemos — afirma con rotundidad mientras comienza a hacer virar el velero para toma rumbo a Mahón.
—Creo que no estoy siendo lo suficientemente claro. A ver si así lo entiende —saca del bolsillo de su chaqueta una pistola que coloca sobre la cabeza d Matías—. Tenemos un trato. Tú me dejas en Mallorca y después te vuelves ta feliz con el bolsillo lleno de billetes y disfrutando de tus pececitos de mierda ¿Lo entendemos ahora?
—¿Me vas a pegar un tiro? ¿Así la mataste, hijo de puta? Eva era una tí increíble —rompe a llorar, en una mezcla de gritos, enfado y tristez acumulada.
—Eva pasaba de ti, entérate de una vez. Le importaba una mierda todo. Yo l cuidé desde que era una niña y mira luego cómo me lo paga. Pasó de ti y pas de mi —le reprocha enfatizando cada frase con la pistola pegada a su sien.
—¡Eres un puto enfermo! —exclama mirándole directamente a los ojos.
Golpea con fuerza su brazo y hace que la pistola caiga sobre el suelo d madera del barco. Nicolás trata de recuperarla, pero recibe un fuerte puñetaz

en las costillas y cae de rodillas. Matías se acerca hacia la pistola y, de una precisa patada, la tira al mar. Nicolás, preso de la desesperación por el grave error que acaba de cometer al confesar su crimen, hace un esfuerzo por recuperar el aliento y se levanta enérgicamente para abalanzarse con fuerza sobre él hasta lograr derribarlo. Desde el suelo comienzan un duro intercambio de golpes que no cesa hasta que ambos escuchan un inesperado sonido. Nicolás es el primero en levantarse y, tras él y visiblemente magullado, Matías hace lo propio. Se acercan hacia el lado de estribor y Nicolás se sujeta firmemente en el pasamanos mientras con la otra mano trata de tapar el sol que tiene de cara y que le impide adivinar un sonido que parece acercarse desde esa dirección. En apenas unos segundos, un majestuoso helicóptero se adivina en el horizonte avanzando a gran velocidad hacia su posición. No tarda en reconocer el *Airbus H135* de la Policía Nacional que sobrevuela por encima de sus cabezas, provocando el vaivén del velero a merced de las olas que sus aspas generan. Nicolás mira a Matías, ahora con una mirada vacía, sin la agresividad que hace apenas unos minutos tenía. No dice nada, simplemente se sienta y esconde su cabeza entre las rodillas, con sus brazos rodeando las piernas formando una bola en la que desearía desaparecer. Poco después, el fuerte estruendo de los motores de un par de lanchas junto con las sirenas encendidas se mezcla con el ya instalado ruido de las hélices del helicóptero que ya permanece fijo justo encima de ellos. Nicolás permanece inmóvil, no mira a su alrededor. La fuga ha terminado y, con ella, su vida también.

Capítulo 49

El regreso a puerto, escoltado por un par de agentes de la Policía Nacional d Mahón, es mucho más rápido y sobre todo mucho menos distendido de lo qu estaba siendo el viaje de ida. Nicolás permanece todo el trayecto sentado e uno de los asientos de la cubierta, con la cabeza bajada y los brazo escondidos entre sus piernas, que no han dejado de temblar desde que lo policías asaltaron el velero para llevárselo detenido. Siente como el motor, qu lleva unos minutos empujándole hacia un destino nada alentador, reduce s potencia. Levanta la mirada y no tarda en reconocer la *Fortaleza de la Mola* Avanzan, escoltados por la otra embarcación y el helicóptero que le acompaña durante todo el viaje, hasta acercarse a uno de los muelles dond cerca de una docena de coches de la Policía Nacional les esperan con la sirenas encendidas. No quiere ni mirar por miedo a reconocer a alguno de lo que hasta ahora han sido sus compañeros y con los que tantas horas de trabaj y ocio ha compartido a lo largo de todos estos años. A los pocos minutos siente como la embarcación golpea suavemente con sus defensas contra e muelle y vuelve a levantar la cabeza. Mira con gran cautela y reconoce a instante la figura de un hombre que se clava delante de él y que parece esta deseando recibirle.

—Nicolás Rodes, te vienes conmigo —ordena el subinspector Román co gran autoridad tras acceder a la embarcación y situarse justo frente a él.

No pronuncia ni una palabra. Se limita a obedecer y se levanta para abandona el barco con la ayuda de los dos agentes que le llevan esposado. Camina varios pasos y lo introducen en los asientos traseros de uno de los coches qu tantas otras veces ha conducido. Delante, el subinspector acompaña a otr compañero de la Policía Nacional de Ciutadella que es quien conduce.

—Menuda nos has liado, amigo.

—Déjalo —ordena el subinspector—. Ya tendremos tiempo de hablar e Comisaría.

—Es que me parece increíble que hayamos tenido a este mierda tanto tiemp entre nosotros —murmulla entre dientes mientras toma el desvío para coger l *Me-1* con dirección a Ciutadella.

De camino prácticamente no intercambian más palabras. Viajan en silenci dejando todo el protagonismo a la multitud de sirenas que les rodean que, a s

paso, van anunciando la trascendencia del detenido. Recorren la carretera principal hasta tomar todo el convoy la *Ronda*, que rodea Ciutadella, para después acceder por el *Carrer de la República Argentina* hasta la Comisaría. Acceden en segunda posición hasta la puerta donde una multitud de periodistas, que ya se han hecho eco del increíble giro de los acontecimientos, toman posiciones para llevar a sus redacciones las mejores instantáneas que acompañarán todos los titulares. Baja primero el subinspector y se dirige a la puerta trasera del coche patrulla para abrirla y acompañar al detenido al interior del edificio. Nicolás trata de esconder su rostro con su abultado abrigo de plumas de la continua ráfaga de flashes que comienzan a disparar desde que pone el primer pie en el suelo. Un par de agentes le acompañan mientras otros tantos le protegen de los improperios e insultos que le regalan desde el otro lado de las vallas con las que se ha preparado su llegada. Casi en la puerta y apoyado en la columna roja de la entrada escucha la voz de alguien que reconoce rápidamente.

—¡Nicolás! —le grita con una voz grave que se abre paso entre el bullicio— ¡Te juro por Dios que acabaré contigo!

—Carlos... —susurra al pasar justo a su lado— lo siento mucho.

Acceden al vestíbulo y allí se encuentra con sus compañeros que se limitan a mirarle en silencio, todavía perplejos por la inesperada noticia. Caminan hasta el final del pasillo donde el subinspector le invita a pasar a la sala de interrogatorios mientras el resto de la comitiva permanece fuera.

—Siéntate. Ya conoces como funciona esto —le ofrece una silla para después sentarse él en la otra, justo en frente, separados por una alargada mesa de madera—. Por fin, aquí estamos, tú y yo frente a frente. Quiero que sepas que voy a intentar hacer un gran esfuerzo para no llevarme nada de esto a lo personal, aunque tampoco sé si ni siquiera mereces algo de amabilidad.

—Lo siento, subinspector. No quería que esto terminara así —acierta a pronunciar.

—Vas a tener que disculparte con mucha gente, pero no creo que ninguno la aceptemos. Esto se nos queda demasiado grande, ¿no crees?

—Puede ser...

—Solo espero que al menos a partir de ahora seas sincero y no quieras alargar todo esto mucho más. Acabemos cuanto antes, por favor.

—Está bien —contesta a la vez que se incorpora en la silla para dejarse caer con sus brazos sobre la mesa.

—¿Dónde ibas con Matías en su velero? Tenía entendido que odiabas el mar ¿Y con él? ¿Qué relación tenéis?
—Nos conocemos desde hace muchos años. Coincidimos en el equipo de fútbol de Mahón cuando éramos unos críos y luego ya mantuvimos la relación.
—Me parece alucinante, la verdad. Estuvimos investigándolo y vosotros erais amigos —niega continuamente con la cabeza sin dejar de mirarle a los ojos— Repito, ¿dónde ibais tan temprano?
—Le pedí que me llevara a Palma, a cambio de dinero, claro.
—¿Qué tenías que hacer allí tan urgente? ¿Huías de nosotros?
—Así es, ya lo sabes.
—Quiero que tú me lo digas. ¿Cómo sabías que te buscábamos?
—Soy policía, recibí la alerta.
—Mientes —responde al instante—. No emití ninguna alerta precisamente para que tú no la recibieras. ¿Quién te avisó?
—Nadie.
—Yo te ayudo, ¿la agente Font?
—Ella no tiene nada que ver en esto —contesta visiblemente alterado tras escuchar su nombre.
—Vale, pues cuéntamelo tú. Hemos dicho que vamos a ser sinceros, ¿verdad?
—Sí, ella me avisó —termina admitiendo—, pero que quede bien claro que ella no tiene absolutamente nada que ver.
—De acuerdo —hace unas anotaciones en varios papeles que tiene sobre la mesa—. ¿Y por qué huías?
—Porque no quiero pasar el resto de mi vida encerrado en una cárcel. No soy un asesino.
—Eso no lo decidiré yo, pero antes de llegar a eso quiero que me digas una cosa: ¿Matías ha tenido algo que ver?
—Tampoco. Le dije que me llevara, pero no le dije el motivo. Simplemente le ofrecí dinero por el viaje con la condición de no tener que contarle nada. De camino discutimos porque se lo acabé confesando y no le sentó muy bien que digamos.
—Al final va a resultar que el celoso y agresivo merece más la pena que tú aunque bueno tampoco se lo pones muy difícil —hace una pausa en la que no recibe réplica de su interrogado—. Nicolás, ¿mataste a Eva?
—Fue un accidente, pero sé que nunca me crearás —vuelve a llorar.

—Cuéntame qué pasó la noche del 23 de junio de 2024.
—Como bien sabes esa noche estábamos todos de guardia —se frota los ojo
y nariz con un pañuelo que el subinspector le ofrece—. Estuve patrullando co
mi compañera, la agente Font, desde el mediodía hasta bien entrada l
madrugada. No recuerdo a qué hora regresamos a Comisaría, serían las dos
media o tres de la madrugada. Nos quedamos aquí esperando por si hab
algún aviso. Al rato, me saqué un café de la máquina y salí a la calle
tomármelo. Ahí vino ella, volvía de fiesta y yo me ofrecí a llevarla.
—¿Y qué pasó después?
—Ella aceptó y cogí un patrulla para llevarla. Cuando estábamos casi llegand
a *Cala Morell*, de repente algo le pasó que se volvió loca. Se puso mu
agresiva conmigo y se tiró del coche en marcha. Bajé a buscarla por miedo
que la atropellaran o que le pasara algo. Creo que había bebido bastante. Sali
corriendo y fui tras ella gritándole que parara. Fue entonces cuando se volvi
hacia a mi y comenzó a golpearme. Traté de tranquilizarla, pero se resbaló
cayó por el acantilado. Bajé como pude y vi que tenía mucha sangre. L
incorporé y vi que tenía una herida enorme en la cabeza que sangraba si
parar. Debió golpearse contra una roca. Ya estaba muerta... —retoma lo
llantos que prácticamente no ha dejado desde que ha empezado e
interrogatorio.
—Y en vez de actuar como debes, a pesar de ser policía, la tiraste al mar.
—No sabía qué hacer, estaba muerto de miedo... Fue un accidente, te l
prometo.
—Ya. Yo tengo otra teoría —contesta dando golpecitos con un bolígrafo sobr
la mesa—. ¿Sabes lo que le pasó a Eva hace casi diez años?
—No. No sé de qué me hablas —responde con gran asombro.
—¿No? Bueno, yo te lo cuento. A Eva la drogaron y la violaron en su propi
casa.
—¿Cómo? No sabía nada.
—¿Seguro?
—Claro, ¿por qué tendría yo que saberlo? No recuerdo que tuviéramos es
denuncia.
—No, no la tuvimos porque ella nunca lo denunció. Iba a hacerlo, pero d
repente algo pasó.
—¿El qué? —pregunta con mucho interés.

—Ese hijo de puta la dejó embarazada. Valeria es la niña que nació de aquell cruel agresión.
—¿Cómo dices? —pregunta echándose las manos a la cabeza y levantándos de su silla— No puede ser, no puede ser —llora con gritos desgarradores.
—¿Qué pasa, Nicolás? Fuiste tú, ¿verdad?
—No puede ser, no puede ser... Me quiero morir —se sienta en el suelo de un esquina de la inhóspita habitación, donde se encoge como una pelota deseand desaparecer.
—No te negaré que me sorprende que no supieras que eres el padre de la niña Yo creo que no es necesario que ella lo sepa, por lo que espero que no le haga pasar por una prueba de paternidad. Bastante le has jodido ya la vida —s acerca a él y le pide que regrese a su silla, a lo que no tarda en obedecer— Nicolás, ¿la drogaste y la violaste?
—Verás, fue una época de mierda en mi vida. Empecé a consumir cocaín porque no estaba bien. No sé qué me pasó, de verdad —comienza a relatar tra una larga pausa en la que llora y grita desconsoladamente.
—¿Te atraía Eva?
—Ya sabes que nos conocíamos desde críos. Los dos nos queríamos.
—Ya, pero de distinta manera, ¿no?
—No lo sé.
—Verás, hemos encontrado unas cuantas fotos de Eva en tu portátil, y no so precisamente las típicas de recuerdo. ¿Sabes de lo que te hablo?
—¿Habéis mirado mi portátil? —pregunta sin ningún interés en la respuesta más bien para darse un tiempo en asimilar que aquellas enfermizas imágenes que conservaba como un tesoro al que solía acudir para satisfacer sus fantasía sexuales, han sido las detonantes de su detención.
—Repito, Nicolás, ¿drogaste a Eva para después violarla en su casa?
—Sí —resuena la respuesta afirmativa por todas las paredes de la sala—. Y lo hice.
—Cuéntame cómo.
—Coincidimos esa noche en el *Jazzbah* —empieza a relatar, ahora ya con má soltura tras liberar el delito que tantos años ha encerrado en su interior—. No tomamos unos chupitos y estuvimos bailando. La intenté besar, pero ella m rechazó, incluso riéndose de mi —confiesa con rabia—. Al poco rato estab liándose con otro tío. Me enfadé muchísimo y me fui. Tomé algo más d

cocaína y llamé a un amigo que sabía que vendía escopolamina. Volví a entra
y le invité a una copa. El resto ya lo sabes.
—¿Le metiste burundanga y te la llevaste hasta su casa?
—Sí. La llevé en un coche patrulla para evitar que me pararan si había algú
control. Llegamos a su casa y lo hicimos —recuerda con cierto agrado—. Yo
sentí que ella también quería. Ahí le dije que siempre había estado enamorad
de ella. Recuerdo verla sonreír, jamás lo olvidaré —pronuncia mirando haci
el techo con una sonrisa que deja ver todos sus dientes.
—¡Estás enfermo! —golpea con su puño sobre la mesa y se levanta para darl
la espalda—. La drogaste, la violaste y, nueve años después, ella te descubri
y tú la mataste. No fue un accidente. Eva esa noche hizo el mismo trayect
contigo en el coche patrulla, pero esta vez no iba drogada y de repente pud
recordarlo todo. No tuviste más remedio que matarla para que no te delatara
¿verdad?
—Creo que ya es suficiente, subinspector. Llévame ya con el juez o mejo
déjame que me pegue un tiro, te lo suplico.
—No voy a darte ese placer. Por fin se hará justicia. Por fin, Eva y su familia
descansarán.

Capítulo 50

—Valeria, ¿llevas el regalo de mamá?
—Sí, papá —contesta con una mezcla de alegría y melancolía al ser ya consciente de que serán sus primeras navidades sin su madre—. Las dejé en el mueble de bajo, en el jarrón que preparamos con un poquito de agua.
—Estupendo. Le van a encantar. Las orquídeas blancas son sus preferidas, ya lo sabes. Además, seguro que le gusta mucho el toque personal que les ha dado con las hojas de acebuche del jardín.
—Es mi árbol preferido y a mamá también le gustaba —sonríe dejando ver el hueco que ha dejado uno de los caninos de leche que hace unos días perdió tras varias semanas tambaleándose, dejando una sonrisa todavía más simpática—. Papá, ¿cómo sabremos si le ha gustado o no?
—Porque seguro que nos lo hace saber con una señal en el cielo. Siempre lo hace así.
—Pero... ¿y si desde tan lejos no puede vernos?
—Claro que puede. ¿Verdad que tú sí la ves cuando duermes o cuando te acuerdas de ella?
—Sí... —responde con voz dulce.
—Pues si tú puedes verla, ella a ti también —le da un abrazo y une sus caras dejando que una lágrima, que no ha sido capaz de detener, termine balanceándose por la suave mejilla de la niña.
—¿Por qué estás triste?
—Porque la echo mucho de menos, cariño.
—Yo también, papá —se une con más intensidad a sus llantos.
—No llores, cariño. Venga, vamos a llevarle el regalo de Navidad. Seguro que le va a hacer mucha ilusión.
Bajan las escaleras cogidos de la mano y salen de casa, bien abrigados con guantes y bufanda, para coger el coche en dirección a Ferreríes, donde se encuentra enterrada Eva por expresa petición de su padre. De camino, Valeria pega su cara contra la ventanilla del coche buscando las vacas que siempre aguardan a orillas de la carretera. No tarda en divisar un buen grupo de rese menorquinas que, aprovechando la perfecta combinación del frío de diciembre con el estupendo día despejado, saborean la agradable sensación de los rayos de sol incidiendo sobre su fresco y húmedo cuero.

—Papá, quiero tener una vaca.
—¿De verdad? —sonríe tras la inesperada demanda— ¿Y dónde la meteremos? ¿En tu habitación?
—Sería muy guay, no me lo negarás.
—No, no. Muy guay sería, eso está claro —bromea sin parar de reír.
—De mayor quiero ser veterinaria.
—Eso tiene mucho más sentido. De mayor serás lo que tú quieras ser —contesta con orgullo frotando su cabeza mientras mantiene la otra en el volante.
Dejan atrás la enorme llanura de manto verde que se extiende a ambos lados de la carretera para comenzar a subir la pendiente que precede a la gran rotonda, en las puertas de Ferreríes. Toma la tercera salida y enseguida el desvío a la izquierda para entrar al Cementerio Municipal. No le resulta complicado estacionar en el aparcamiento exterior, ahora bastante desértico.
Valeria baja corriendo del coche y abre el maletero para coger el ramo que con sumo cuidado han colocado. Con la otra sujeta con fuerza la mano de Ulises y comienzan a caminar en silencio hacia la entrada del camposanto. Ambos conocen el recorrido a la perfección. Lo han visitado asiduamente desde el primer día que se vieron obligados a hacerlo, allá por finales de junio de este año. Suelen pasar horas allí sentados, en un pequeño bordillo blanco, hablando con Eva frente a su nicho. Saludan al hombre de pelo canoso, quien se encarga del mantenimiento del recinto y que siempre les recibe con una cariñosa bienvenida, y continúan hasta llegar frente a los restos de Eva. No resulta complicado adivinar cuál es ya que siempre destaca por estar repleta de flores, fotografías y emotivas notas que cubren la lápida casi al completo. Se acercan en silencio y Valeria deposita el regalo que con tanto amor le ha preparado.
—Mamá, hemos venido para darte tu regalo de Navidad. Son unas flores muy bonitas, ¿verdad? Papá dice que son tus preferidas. Ahora también son mis preferidas —acompaña el regalo con un precioso beso sobre una fotografía en la que están las dos sonriendo, felices como siempre que se les veía juntas— Mamá, te echo mucho de menos. Ojalá estuvieras aquí con nosotros. Ojalá todo fuera como antes.
Ulises rompe a llorar y la abraza con todas sus fuerzas. Valeria hace lo mismo y ambos se funden en un llanto que irradia el amor común que sienten hacia Eva y que ahora les une en un vínculo tan poderoso como indestructible.
—Papá.

—Dime, cariño.
—¿Por qué mi amigo el policía le hizo daño a mamá?
—Porque es una mala persona. El mundo está lleno de muchas persona buenas, pero siempre hay gente mala entre todos nosotros. Yo siempre estaré aquí para protegerte de los malos.
—¿Sabes qué? Ya no es mi amigo, ahora es la persona que más odio de mundo —sentencia con tremenda rabia, dando ya ciertos atisbos de la madurez con la que una niña de nueve años se ha visto obligada a asumir. Lo que no sabe es que, quien había sido su héroe al que idolatraba con su impoluto uniforme y al que ahora odia con todas sus fuerzas, lleva su misma sangre corriendo por las venas. Lo desconoce, al menos hasta ahora.

Menorca está llena de historias increíble

Historias que te dejarán anclado a ella para siempr

La isla mágic

La isla del viento